

LA SOBERANÍA DE DIOS

Arturo W. Pink

Introducción

1. LA SOBERANÍA DE DIOS Y NUESTRA ÉPOCA
2. DEFINICIÓN DE LA SOBERANÍA DE DIOS
3. LA SOBERANÍA DE DIOS EN LA CREACIÓN
4. LA SOBERANÍA DE DIOS EN SU PROVIDENCIA
5. LA SOBERANÍA DE DIOS EN LA SALVACIÓN
6. LA SOBERANÍA DE DIOS EN OPERACIÓN
7. LA SOBERANÍA DE DIOS Y LA VOLUNTAD DEL HOMBRE
8. LA SOBERANÍA DE DIOS Y LA ORACIÓN
9. NUESTRA ACTITUD HACIA LA SOBERANÍA DE DIOS
10. LA SOBERANÍA DE DIOS EN LA REPROBACIÓN
11. EL VALOR DE ESTA DOCTRINA

Conclusión

INTRODUCCIÓN

Se ha observado frecuentemente que uno de los requisitos fundamentales en la exposición de la Palabra de Dios es la necesidad de preservar el “equilibrio de la verdad”. Estamos plenamente de acuerdo con ello.

Hay dos cosas que están por encima de toda discusión: Dios es soberano, el hombre es responsable. En este libro hemos procurado exponer lo uno, así como en otras obras hemos puesto mucha importancia en lo otro. Reconocemos sin dudar que existe un verdadero peligro tanto en enfatizar demasiado lo primero como en ignorar lo segundo; de ello, la historia nos ofrece numerosos ejemplos. Hacer énfasis en la soberanía de Dios, sin sostener al mismo tiempo la responsabilidad de sus criaturas, tiende al fatalismo; dar a la responsabilidad del hombre tal importancia que se pierda de vista la soberanía de Dios, es exaltar a la criatura y deshonrar al Creador.

A fin de cuentas, casi todos los errores doctrinales provienen, realmente, de la perversión de la verdad, de la verdad mal trazada, de la verdad defendida y enseñada sin la debida armonía. El rostro más hermoso de la tierra, poseedor de los rasgos mas atractivos, pronto se convertiría

en algo feo y deforme si una de sus partes continuara creciendo mientras las demás permaneciesen atrofiadas. La belleza es, primordialmente, cuestión de armonía. Lo mismo ocurre con la Palabra de Dios: su perfección y santidad se perciben mejor cuando su sabiduría infinita es expuesta en sus verdaderas proporciones. En este intento es en el que tantos hombres fallaron en el pasado. Algunos quedaron tan hondamente impresionados por algún aspecto aislado de la Verdad de Dios, que concentraron sobre él toda su atención; en menosprecio de casi todos los demás. Cuando una porción de la Palabra de Dios ha sido constituida en “doctrina favorita”, se ha convertido muchas veces en emblema distintivo de algún partido o grupo. Pero el deber de todo siervo del Señor es anunciar “todo el consejo de Dios” (Hech.20:27).

Cierto es que en los tiempos degenerados en que nos ha tocado vivir, cuando por donde quiera se exalta al hombre y la expresión “superhombre” ha llegado a ser común, existe una auténtica necesidad de resaltar incuestionablemente el hecho glorioso de la supremacía de Dios. Tanto más cuanto que está siendo negada de manera muy clara. Sin embargo, aun para esta defensa de la verdad se necesita gran sabiduría, pues existe el peligro de que nuestro celo “no sea de acuerdo con un conocimiento pleno”. Las palabras “alimento a tiempo” han de ser tenidas siempre en cuenta por el siervo de Dios. Lo que para una congregación puede ser necesidad de primer orden, para otra puede que no lo sea. Allí donde uno ha sido precedido por predicadores arminianos, deberá exponerse la verdad olvidada de la soberanía de Dios; aunque con precaución y cuidadosamente, para que los “niños” no reciban demasiado “manjar sólido”. Conviene tener en cuenta el ejemplo de Cristo en Juan 16:12; “Todavía tengo que deciros muchas cosas, pero ahora no las podéis sobrellevar.” Por otra parte, si soy llamado a ocupar un púlpito reconocido como calvinista, podrá ser beneficioso hacer énfasis en la verdad de la responsabilidad del hombre (en sus muchos aspectos). Lo que el predicador necesita dar no es lo que la congregación gusta más de oír, sino lo que más necesita, es decir, aquellos aspectos de la verdad que le son menos familiares, o que menos se demuestran en su andar.

Poner en práctica, de hecho, lo que hemos observado, hará probablemente al predicador víctima de la acusación de ser voluble. Pero, ¿que importa esto, si tiene la aprobación de su Señor? No ha sido llamado a ser “consecuente” consigo mismo, no con precepto alguno redactado por el hombre; su obligación es ser consecuente con la Sagrada Escritura. Y en la Escritura cada una de las partes o aspectos de la verdad queda balanceada por otro aspecto de la misma. Todas las cosas tienen sus dos caras, incluso el carácter de Dios; El es “Luz” (1Juan 1:5) lo mismo que “amor” (1Juan 4:8), y somos llamados, pues, a mirar “La bondad y la severidad de Dios” (Rom.11:22). ¡Predicar continuamente sobre la primera, ignorando la segunda, equivale a trazar una caricatura del carácter Divino!.

Cuando el Hijo de Dios se hizo carne y vino a la tierra en “forma de siervo” (Fil.2:7, aún en el pesebre era “Cristo el Señor” (Luc.2:11). La Escritura dice: “Sobrelleved los unos las cargas de los otros” (Gál.6:2), pero el mismo capítulo insiste en que “cada cual llevará su propia carga” (Gál.6:5)., se nos manda que no nos afanemos “por el día de mañana” (Mat.6:34), pero “si alguien no tiene cuidado de los suyos, y especialmente de los de su casa, ha negado la fe y es peor que un incrédulo” (1Tim.5:8). Ninguna oveja del rebaño de Cristo perecerá (Juan 10:28,29), pero al mismo tiempo se exhorta al cristiano a que haga firme su llamamiento y elección (2Ped.1:10). Y así podríamos multiplicar las ilustraciones. No se trata de contradicciones, sino de enseñanzas complementarias: la una se equilibra con la otra. De este modo, las Escrituras ponen de relieve tanto la soberanía de Dios como la responsabilidad del hombre.

Sin embargo, en la presente obra nos ocupa la soberanía de Dios, y aunque reconocemos gustosamente la responsabilidad del hombre, no nos detenemos en cada página para insistir sobre

ello; antes al contrario, hemos procurado subrayar aquel aspecto de la verdad que en nuestros días esta siendo casi universalmente descuidado. Puede decirse que el 95 por ciento de la literatura religiosa actual esta dedicada a poner de relieve los deberes y las obligaciones de los hombres. Pero ocurre que los que se dedican a exponer la responsabilidad humana son precisamente los mismos escritores que han perdido “el equilibrio de la verdad” al ignorar, en gran parte, la soberanía de Dios. Es perfectamente permitido insistir en la responsabilidad del hombre; pero, ¿y Dios? ¿acaso no tiene derechos y privilegios?. Para recuperar el “equilibrio de la verdad”, sería preciso que se escribieran cien obras como esta, y que se predicaran diez mil sermones sobre este tema en todas partes. Se ha perdido este “equilibrio de la verdad”. perdido por el énfasis desproporcionado que se hace del aspecto humano, minimizando, cuando no excluyendo, el aspecto Divino. Admitimos que este libro es parcial, pues sólo procura tratar de un aspecto de la verdad, el aspecto olvidado, el aspecto Divino.

Capítulo 1

LA SOBERANÍA DE DIOS Y NUESTRA ÉPOCA

¿Quién ordena los asuntos en la tierra hoy día, Dios o el diablo? Se admite generalmente que Dios reina supremo en los cielos; pero se niega casi universalmente, si no directa, indirectamente, que lo haga en este mundo. Los hombres, en sus filosofías y teorías, tratan cada vez más de relegar a Dios a segundo término. Tomemos el asunto en lo material. No sólo se niega que Dios lo creó todo mediante su acción personal y directa, sino que pocos creen que El se ocupe directamente en ordenar las obras de sus propias manos. Se supone que todo está ordenado conforme a “leyes naturales” impersonales e inconcretas. De esta manera se destierra al Creador de su propia creación. No debemos pues sorprendernos de que los hombres, en sus conceptos degradados, excluyan a Dios de la esfera de los asuntos humanos. En toda la cristiandad, con excepciones casi insignificantes, se sostiene la teoría de que el hombre determina su suerte y decide su destino por su propio “libre albedrío”. Satanás tiene la culpa de gran parte del mal que existe en el mundo, según afirman alegremente aquellos que, teniendo mucho que decir de la “responsabilidad del hombre”, niegan frecuentemente su propia responsabilidad, atribuyendo al diablo lo que de hecho procede de sus propios corazones malignos (Mar.7:21-23).

Pero, ¿quién está dirigiendo los asuntos de la tierra en la actualidad? ¿Dios o el diablo?. Traten de observar el mundo de manera seria y total. ¡Qué escena de confusión y caos se nos ofrece por todos lados! El pecado se comete descaradamente; abunda la ilegalidad; los malos hombres y los engañadores van de mal en peor (2Tim.3:13). Hoy día todo parece estar desconcertado. Los tronos crujen y se tambalean, las antiguas dinastías están siendo derribadas, las naciones se sublevan, la civilización es un fracaso demostrado; la mitad de la cristiandad estaba abrazada no hace mucho en mortal combate; y ahora, cuando el titánico conflicto ha terminado, en vez de tener un mundo “salvaguardado para la democracia”, hemos descubierto que este sistema inspira muy poca seguridad para el gobierno del mundo. La inquietud, el desconcierto, y la ilegalidad brotan por todas partes, y nadie puede decir cuando comenzará otra

gran guerra. Los estadistas están confundidos y aturcidos. “Los hombres se desmayarán a causa del terror y la expectación de las cosas que sobrevendrán al mundo habitado” (Luc.21:26). ¿Dan a entender estas cosas que Dios lo dirija todo?

Pero concentremos nuestra atención en el aspecto religioso. Después de diecinueve siglos de predicación del Evangelio, Cristo es aún “Despreciado y desechado entre los hombres”. Peor aun, muy pocos son los que proclaman y engrandecen al Cristo de la Escritura. En la mayoría de los púlpitos modernos se le deshonra y niega. A pesar de los frenéticos esfuerzos que se hacen para atraer a las multitudes, la mayoría de las Iglesias tienden a vaciarse en vez de llenarse. ¿Y que diremos de las grandes multitudes que no asisten a la iglesia? A la luz de la Escritura nos vemos obligados a creer que los “muchos” están en el camino espacioso que lleva a la perdición, y que “pocos” son los que están en el camino angosto que lleva a la vida. Muchos afirman que el cristianismo es un fracaso, y la desesperación embarga multitud de corazones. No pocos de los que son del pueblo del Señor están confundidos, y su fe se halla sometida a seria prueba. ¿Y qué decir de Dios? ¿Ve y oye? ¿Es impotente o indiferente? Algunos de los considerados como líderes del pensamiento cristiano nos han dicho que Dios no pudo evitar que viniera la terrible segunda guerra, como tampoco acelerar su terminación. Se decía, y abiertamente, que la situación estaba más allá de su control. ¿Dan estas cosas la impresión de que fuera Dios quien estaba dirigiendo el mundo?.

¿Quién gobierna las cosas de la tierra actualmente? ¿Dios o el diablo? ¿Cuál es la impresión que sacan los hombres del mundo que a veces asisten a un culto evangélico? ¿Cuáles son los conceptos que se forman aun los que oyen a predicadores considerados como “ortodoxos”? ¿Acaso esta impresión nos es la de que los cristianos creen en un Dios decepcionado? Si oímos lo que dice el típico evangelista de nuestros días, ¿no está obligado cualquier oyente reflexivo a concluir que el tal profesa representar a un Dios lleno de intenciones benévolas, pero incapaz de llevarlas a cabo; que está deseando de veras bendecir a los hombres, mas estos no se lo permiten? Si es así, ¿no debe, acaso, el oyente ordinario deducir que el diablo ha sacado ventaja, y que Dios es mas digno de compasión que de culto?.

¿No es cierto, pues, que todo parece indicar que el diablo tiene, en efecto, mucho más que ver con los negocios de la tierra que Dios? ¡Ah! Todo depende de si andamos por fe o por vista. Lector: ¿están basados tus pensamientos sobre este mundo y la relación de Dios con el mismo, en lo que ves? Enfréntate seria y honradamente con esta pregunta. Y si eres cristiano, muy probablemente tendrás motivos para agachar la cabeza, avergonzado y reconocer que efectivamente es así. Es lamentable que en realidad andemos tan poco “por fe”. Pero, ¿que significa andar “andar por fe”? Significa que nuestros pensamientos son formados, nuestras acciones reguladas, y nuestras vidas moldeadas por las Sagradas Escrituras, pues, “la fe es por el oír, y el oír por la Palabra de Cristo” (Rom.10:17). Es la Palabra de Verdad, y solo ella, que podemos aprender cuál es la relación de Dios con este mundo.

¿Quién está dirigiendo los asuntos de esta tierra hoy? ¿Dios, o el diablo? ¿Qué dice la Escritura? Antes de pasar a considerar la respuesta directa a esta pregunta, conste que las Escrituras predijeron exactamente lo que ahora vemos y oímos. La profecía de Judas se está cumpliendo. Ampliar ampliamente esta afirmación nos apartaría demasiado del asunto que nos ocupa, pero lo que tenemos particularmente en mente es lo que nos dice el versículo 8 de dicha epístola: “De la misma manera, también estos soñadores mancillan la carne, rechazan toda autoridad y maldicen las potestades superiores”. Si, “critican” a la Autoridad Suprema, al “solo Poderoso, Rey de reyes y Señor de Señores”. La irreverencia es el sello característico de nuestra época, y como resultado, el espíritu de desobediencia, que no conoce freno y que arroja de sí

todo lo que impide el libre curso del propio albedrío, está invadiendo la tierra arrollándolo todo como un gigantesco aguacero. Los miembros de la nueva generación son los transgresores más flagrantes, y en la decadencia y la desaparición de la autoridad de los padres sobre los hijos tenemos un precursor seguro del derrumbamiento de la autoridad cívica. Por tanto, en vista de la creciente falta de respeto por las leyes humanas y de la negativa a “dar honra a quien se debe honra”, no debemos sorprendernos de que el reconocimiento de la majestad, la autoridad y la soberanía del Omnipotente Legislador quede relegado cada vez más a segundo término, y que las masas tengan cada vez menos paciencia para con los que insisten en tales cosas.

¿Quién ordena actualmente todo lo que ocurre aquí abajo? ¿Dios, o el diablo? ¿Qué dicen las Escrituras? Si creemos en sus declaraciones claras y positivas, no hay lugar para la incertidumbre. Afirman una y otra vez que Dios se sienta en el trono del universo; que la Autoridad está en sus manos; que El lo dirige todo “según el consejo de su voluntad”. Nos lo presentan, no solo como el Hacedor de todo lo creado, sino también como el Gobernante y Rey de las obras de sus manos. Afirman que Dios es el “Todopoderoso”, que su voluntad es irrevocable, que es soberano absoluto en todas las esferas de sus vastos dominios. E indudablemente es preciso que así sea. Sólo hay dos alternativas posibles: que Dios dirija o que sea dirigido; que domine o que sea dominado; que haga su propia voluntad o que sus criaturas se lo impidan. Si admitimos el hecho de que El es el “Altísimo”, el solo Poderoso y Rey de reyes, revestido de su perfecta sabiduría y poder ilimitada la conclusión de que ha de ser Dios de hecho, tanto como de nombre, es ineludible.

En relación de todo cuanto hemos referido brevemente, hemos de decir que la situación actual exige permanentemente nuevo examen y nueva presentación de la omnipotencia, suficiencia y soberanía de Dios. Es preciso que desde todos los pulpitos se predique a gran voz que Dios vive todavía, y que todavía ve y reina. La fe está actualmente sometida a la prueba del fuego, y no hay lugar alguno de reposo firme y suficiente para el corazón y la mente sino en el Trono de Dios. Lo que ahora se necesita, como nunca antes, es un énfasis pleno, positivo y constructivo en el hecho de que Dios es Dios. A grandes males grandes remedios. Las congregaciones están hartas de palabras huecas y simples generalizaciones; es preciso que se les de algo concreto y específico. El jarabe tranquilizante quizá pueda servir para los niños de carácter nervioso; pero los adultos necesitan un tónico de hierro, y no conocemos nada mejor para infundir vigor espiritual en nuestro ánimo que una comprensión espiritual del pleno carácter de Dios. Está escrito: “El pueblo que conoce a su Dios se esforzará y actuará” (Dan.11:32).

No cabe duda de que está a punto de producirse una crisis mundial, y la alarma se apodera donde quiera de los hombres. ¡Pero no de Dios! A El nunca se le toma por sorpresa. No tiene que tratar con una emergencia inesperada, pues El es quien “realiza todas las cosas conforme al consejo de su voluntad” (Efe.1:11). Por eso, aunque el mundo esté sobrecogido por el terror, la palabra para el creyente es “no temas”. “Todas las cosas” están sujetas a Su control directo; “todas las cosas” se desarrollan conforme a su eterno propósito, y, por tanto, todas las cosas “ayudan a bien a los que aman a Dios, a los que son llamados conforme a su propósito”. Es preciso que sea así, pues “Porque de El, y por medio de El y para El son todas las cosas” (Rom.11:36). Sin embargo, ¡Cuán poco se comprende esto hoy, incluso por los del pueblo de Dios! Muchos suponen que El es poco más que un espectador observando desde lejos sin tomar parte directa en los asuntos de la tierra. Es cierto que el hombre tiene voluntad, pero también la tiene Dios. Es cierto que el hombre está dotado de poderes, pero Dios es Todopoderoso. Es cierto que, hablando en general, el mundo material está regido por leyes; pero tras esas leyes está el Legislador y Ejecutor. El hombre no es más que una criatura. Dios es el Creador; y siglos

incontables antes que el hombre viera la luz por primera vez, “el Dios fuerte” (Isa.9:6) existía ya; y antes que el mundo fuera fundado trazó Sus planes. Siendo infinito en poder -el hombre sólo finito- su propósito y designio no pueden ser resistidos u obstaculizados por las criaturas de sus manos.

Reconocemos sin contradicción que la vida es un problema profundo, y que por todas partes nos rodea el misterio; pero no somos como las bestias del campo, ignorantes de su origen e inconscientes de lo que está ante ellas. No; “tenemos también la palabra profética mas firme”, de la que se dice: “hacéis bien en estar atentos a ella como a una antorcha que alumbra en lugar oscuro hasta que aclare el día y el lucero de la mañana se levante en vuestros corazones” (2Ped.1:19). Y es a esta Palabra de Profecía que ciertamente hacemos bien “de estar atentos”, a esta Palabra que no tuvo su origen en la mente del hombre sino en la de Dios; “porque jamás fue traída la profecía por voluntad humana; al contrario, los hombres hablaron de parte de Dios siendo inspirados por el Espíritu Santo” (2Ped.1:21). De nuevo decimos que es a esta “Palabra” que hacemos bien de estar atentos. Al volvernos a esta Palabra y ser instruidos por ella, descubrimos un principio fundamental que es preciso sea aplicado a todos los problemas: en vez de empezar con el hombre y su mundo y retroceder hasta Dios, es necesario que empecemos con Dios y descendamos luego hasta el hombre... “¡En el principio... Dios!” Aplíquese este principio a la situación actual. Comiéncese con el mundo tal como esta hoy, trátese de retroceder hasta Dios, y todo parecerá demostrar que el Supremo Hacedor no tiene relación alguna con el mundo. Pero empiécese con Dios, sígase después hacia abajo, y la luz, luz en abundancia, iluminará el problema. Debido a que Dios es Santo, su ira se enciende contra el pecado. Debido a que Dios es justo, sus juicios descienden contra los que contra El se rebelan; Debido a que Dios es fiel, se cumplen las solemnes amenazas de su Palabra; Debido a que Dios es Omnipotente, ninguno puede resistirse a El con éxito, y menos aun destruir su Propósito; Debido a que Dios es Omnisciente, no hay problema que escape a su conocimiento ni dificultad que confunda su sabiduría. Es precisamente porque Dios es quien es y lo que es, que ahora contemplamos lo que está ocurriendo en la tierra: el principio del derramamiento de sus juicios. Conociendo su inflexible justicia e inmaculada santidad, no podíamos esperar otra cosa que lo que hoy se ofrece a nuestros ojos.

Sin embargo conviene decir muy enfáticamente que el corazón solo puede hallar consuelo y gozo en la bendita verdad de la soberanía absoluta de Dios en tanto que se ejercite la fe. La fe se ocupa continuamente de Dios, Ese es su carácter; eso es lo que la diferencia de la teología intelectual. La fe se sostiene “como quien ve al invisible” (Heb.11:27); soporta los desengaños, las dificultades, y todos los pesares de la vida, reconociendo que todo viene de la mano de Aquel que es infinitamente sabio para errar e infinitamente amante para ser cruel. Si atribuimos lo que ocurre a cualquier otra causa que no sea Dios mismo, no habrá reposo para el corazón ni paz para el espíritu. Mas si recibimos todo cuanto afecta a nuestras vidas como de su mano, entonces, sean cuales fueren las circunstancias o lo que nos rodea, tanto si estamos en una choza como encerrados en una prisión o en la hoguera del martirio, nos será dado poder para decir: “Los linderos me han tocado en lugar placentero;” (Sal.16:6). He aquí el lenguaje de la fe, y no el de la vista ni de los sentidos.

Sin embargo, si en vez de someternos al testimonio de la Sagrada Escritura, si en vez de andar por fe, andamos en pos de la evidencia de nuestros ojos, y razonamos sobre esta base, caeremos en el lodazal de un ateísmo silencioso, Asimismo, nuestra paz se acabará si somos guiados por las opiniones y los puntos de vista de otros. Aún admitiendo que hay muchas cosas en este mundo de pecado y sufrimiento que nos desaniman y entristecen; aun admitiendo que

muchos aspectos de la providencia de Dios nos sobrecogen y aturden, no es razón suficiente para que nos unamos al incrédulo y al hombre del mundo que dice: “Si yo fuera Dios, no permitiría esto ni toleraría aquello”. Es mucho mejor, en presencia del misterio que nos deja perplejos, decir con el salmista: “Enmudecí; no abrí mi boca, porque tu eres quien lo hizo” (Sal.39:9). La Escritura nos dice que los juicios de Dios son “incomprensibles”, y sus caminos “inescrutables” (Rom.11:33). Así debe ser si la fe ha de ser probada, si la confianza en Su sabiduría y justicia ha de ser fortalecida, y la sumisión a Su santa voluntad ha de ser sostenida.

Esta es la diferencia fundamental entre el hombre de fe y el incrédulo. Este es “del mundo”, todo lo mide por la vara de lo mundano, considera la vida desde el punto de vista del tiempo y los sentidos, y todo, lo pesa en la balanza de su propio entendimiento carnal. Mas el hombre de fe tiene la mente de Dios, todo lo mira desde Su punto de vista, valora las cosas según la medida espiritual, y considera la vida a la luz de la eternidad. De esta forma, acepta todo como proviniendo de la mano de Dios, su corazón vive tranquilo en medio de la tormenta, y se goza en la esperanza de la gloria del Altísimo.

Sabemos perfectamente que lo que acabamos de escribir está en abierta oposición a la mayor parte de lo que normalmente se enseña hoy en día tanto en la literatura religiosa como en los púlpitos representativos. Admitimos gustosamente que el postulado de la Soberanía de Dios, con toda su consecuencia, contradice en forma directa las opiniones y pensamientos del hombre natural. En verdad, la mente carnal es completamente incapaz de pensar en estas cosas; no está capacitada para evaluar debidamente el carácter y los caminos de Dios, y es por esto que Dios nos ha dado una revelación con toda claridad: “mis pensamientos no son vuestros pensamientos, ni vuestros caminos, son mis caminos, dice Jehová. Como son mas altos los cielos que la tierra, así mis caminos son mas altos que vuestros caminos, y mis pensamientos mas altos que vuestros pensamientos” (Isa.55:8,9). A la luz de este texto, solo cabe esperar que gran parte del contenido de la Biblia choque con el sentir de la mente carnal, que es enemistad contra Dios. Por consiguiente, no apelamos a las creencias hoy día populares, ni a los credos de las Iglesias, sino a la Ley y al Testimonio de Jehová: Todo lo que pedimos es un examen imparcial y atento de lo que hemos escrito, y que esto se haga en oración, a la luz de la Lámpara de la Verdad. Que el lector esté atento a la exhortación Divina: “Examinadlo todo, retened lo bueno” (1Tes.5:21).

Capítulo 2

DEFINICIÓN DE LA SOBERANÍA DE DIOS

“Tuyos son, oh Jehová, la grandeza, el poder la gloria, el esplendor y la majestad; porque tuyas son todas las cosas que están en los cielos y la tierra. Tuyo es el reino, oh Jehová, y tu te enalteces como cabeza sobre todo” (1Crón.29:11).

La Soberanía de Dios es una expresión que en otros tiempos era generalmente entendida. Era una expresión usada comúnmente en la literatura religiosa. Era un tema frecuentemente expuesto en el púlpito. Era una verdad que consolaba a muchos corazones, y daba virilidad y estabilidad al carácter cristiano. Mas, actualmente, mencionar la soberanía de Dios es en muchos

sectores hablar en lengua desconocida. Si anunciáramos desde el púlpito típico de hoy que el tema de nuestro mensaje iba a ser la soberanía de Dios, nuestro anuncio sonaría como algo totalmente ininteligible, como si hubiésemos sacado la frase de una de las lenguas muertas. Es lamentable que sea así. Es lamentable que la doctrina que es llave de la historia, intérprete de la providencia, trama y urdimbre de la Escritura, y fundamento de la teología cristiana, sea tan poco entendida, y tan tristemente descuidada.

¡La soberanía de Dios! ¿Qué queremos decir con esta expresión? Queremos decir la supremacía de Dios, que Dios es Rey, que Dios es Dios. Decir que Dios es soberano es declarar que es el Altísimo, el que hace todo conforme a su voluntad en las huestes de los cielos y entre los habitantes de la tierra, de modo que nadie puede detener Su mano ni decirle: ¿Qué haces? (Dan.4:35). Decir que Dios es soberano es declarar que es el Omnipotente, el Poseedor de toda potestad en los cielos y en la tierra, de modo que nadie puede hacer fracasar Sus consejos, impedir Sus propósitos, ni resistir Su voluntad (Sal.115:3). Decir que Dios es soberano es declarar que “se enseñoreará de las naciones” (Sal.22:28), levantando reinos, derrumbando imperios y determinando el curso de las dinastías según le agrada. Decir que Dios es soberano es declarar que es el “solo Poderoso”, Rey de reyes, y Señor de señores” (1Tim.6:15). Tal es el Dios de la Biblia.

¡Cuán diferente es el Dios de la Biblia del Dios de la moderna cristiandad! El concepto de la Deidad que hoy día predomina más ampliamente, aun entre los que profesan estar atentos a las Escrituras, es una pobre caricatura, sentimental imitación de la Verdad. El Dios del siglo XX, es un ser impotente, frágil, que no inspira respeto a nadie que tenga dos dedos de frente. El Dios del sentir popular es creación de un sentimentalismo lloroso. El Dios de muchos púlpitos de la actualidad es mas digno de compasión que de temor reverente. Decir que Dios padre se ha propuesto la salvación de toda la humanidad, que Dios Hijo murió con la intención expresa de salvar a toda la raza humana, y que Dios Espíritu Santo está ahora procurando ganar el mundo para Cristo, cuando, según puede observarse comúnmente, es obvio que la gran mayoría de nuestros semejantes está muriendo en pecado y está pasando a una eternidad sin esperanza, equivale a decir que Dios Padre ha sido decepcionado, que Dios Hijo ha quedado insatisfecho, y que Dios Espíritu Santo está derrotado. Quizá hayamos planteado el asunto crudamente, pero la conclusión es inevitable. Argumentar que Dios está “haciendo todo lo que puede” para salvar a la humanidad entera, pero que la mayoría de los hombres no le deja que lo haga, equivale a decir que la voluntad del Creador es impotente, y que la voluntad de la criatura es omnipotente. Echar la culpa al diablo, como muchos hacen, no resuelve la dificultad, pues si Satanás esta frustrando el propósito de Dios, es que Satanás es todopoderoso y Dios ya no es el Ser Supremo.

Declarar que el plan original del Creador ha sido frustrado por el pecado, es destronar a Dios. Sugerir que Dios fue tomado por sorpresa en el Edén y que ahora está tratando de remediar una calamidad imprevista, es degradar al Altísimo al nivel de un mortal finito y falible. Argumentar diciendo que el hombre es el que determina exclusivamente su propio destino, y que por tanto tiene poder para oponerse a su hacedor, es despojar a Dios del atributo de la omnipotencia. Decir que la criatura ha rebasado los límites impuestos por su Creador, y que Dios es ahora prácticamente un impotente espectador del pecado y el sufrimiento acarreados por la caída de Adán, es rechazar la declaración expresa de la Sagrada Escritura: “Ciertamente la ira del hombre te traerá reconocimiento, y te ceñirás con los sobrevivientes de las iras” (Sal.76:10). Resumiendo: negar la soberanía de Dios es entrar en un sendero que, de seguirse hasta su conclusión lógica, lleva al ateísmo.

La soberanía del Dios de la Escritura es absoluta, irresistible, infinita. Cuando decimos

que Dios es soberano, afirmamos su derecho a gobernar el universo, que ha hecho para su propia gloria, según le agrade. Afirmamos que su derecho es el derecho del alfarero sobre el barro: El puede moldear ese barro en la forma que quiera, haciendo de la misma masa un vaso para honra y otro para vergüenza. Afirmamos que El no está sujeto a norma ni ley alguna fuera de su propia voluntad y naturaleza, que Dios es ley así mismo, y que no tiene obligación alguna de dar cuenta a nadie de sus asuntos.

La soberanía caracteriza a todo el Ser de Dios. El es soberano en todos sus atributos. Es soberano en el ejercicio de su Poder. Lo ejerce según quiere, cuando quiere y donde quiere. Este hecho está probado en cada página de la Escritura. Durante largo tiempo ese poder parece estar dormido, pero de repente surge con potencia irresistible. Faraón se atrevió a poner impedimentos a que Israel saliese a adorar a Jehová en el desierto, y, ¿qué ocurrió? Dios ejerció su poder, Su pueblo fue liberado, y sus crueles capataces muertos. Pero poco después los amalecitas se atrevieron a atacar a estos mismos israelitas en el desierto; y, ¿qué ocurrió entonces? ¿interpuso Dios su poder en esta ocasión y extendió su mano como lo hizo en el Mar rojo? ¿Fueron estos enemigos de Su pueblo inmediatamente abatidos y destruidos? No, antes al contrario, Jehová juró que tendría “guerra con Amalec de generación en generación” (Exo.17:16). Asimismo, cuando Israel entró en la tierra de Canaán, el poder de Dios fue manifestado nuevamente de forma memorable. La ciudad de Jericó impedía el avance de los suyos; ¿qué sucedió? Israel no uso un solo arco ni dio un solo golpe: Jehová alzo su mano y los muros cayeron a plomo. ¡Mas este milagro no se repitió jamás! Ninguna otra ciudad cayó de forma semejante. ¡Todas las demás tuvieron que ser tomadas a espada!.

Declarar que el plan original del Creador ha sido frustrado por el pecado, es destronar a Dios. Sugerir que Dios fue tomado por sorpresa en el Edén y que ahora está tratando de remediar una calamidad imprevista, es degradar al Altísimo al nivel de un mortal finito y falible. Argumentar diciendo que el hombre es el que determina exclusivamente su propio destino, y que por tanto tiene poder para contrarrestar a su Hacedor, es despojar a Dios del atributo de la omnipotencia. Decir que la criatura ha rebasado los límites impuestos por su Creador, y que Dios es ahora prácticamente un impotente espectador del pecado y el sufrimiento acarreados por la caída de Adán, es repudiar la declaración expresa de la Sagrada Escritura: “Ciertamente la ira del hombre te acarreará alabanza: tú reprimirás el resto de las iras” Salmo 76:10). Resumiendo: negar la soberanía de Dios es entrar en un sendero que, de seguirse hasta su conclusión lógica, lleva al puro ateísmo.

La soberanía del Dios de la Escritura es absoluta, irresistible, infinita. Cuando decimos que Dios es soberano, afirmamos su derecho a gobernar el universo, que ha hecho para su propia gloria, según le agrade. Afirmamos que su derecho es el derecho del Alfarero sobre el barro: EL puede moldear ese barro en la forma que quiera, haciendo de la misma masa un vaso para honra y otro para vergüenza. Afirmamos que EL no está sujeto a norma ni ley alguna fuera de su propia voluntad y naturaleza, que Dios es ley a si mismo, y que no tiene obligación alguna de dar cuenta a nadie de sus asuntos.

La soberanía caracteriza todo el Ser de Dios. EL es soberano en todos sus atributos. Es soberano en el ejercicio de su poder. Lo ejerce según quiere, cuando quiere y donde quiere. Este hecho está probado en cada página de la Escritura. Durante largo tiempo ese poder parece estar dormido. pero de repente surge con potencia irresistible. Faraón se atrevió a poner impedimentos a que Israel saliese a adorar a Jehová en el desierto, y, ¿qué ocurrió? Dios ejerció Su poder, Su pueblo fue liberado, y sus crueles capataces muertos. pero poco después los amalecitas osaron atacar estos mismos israelitas en el desierto; y, ¿qué ocurrió entonces? ¿Interpuso Dios su poder

en esta ocasión y extendió su mano como había hecho en el Mar Rojo? ¿Fueron estos enemigos de Su pueblo prontamente abatidos y destruidos? No, antes al contrario, Jehová juro que tendría “guerra con Amalec de generación en generación” (Exo.17:16). Asimismo, cuando Israel entro en tierra de Canaán, el poder de Dios fue desplegado nuevamente de manera memorable. La ciudad de Jericó impedía el avance de los suyos; ¿qué sucedió? Israel no tenía un solo arco ni asestó un solo golpe: Jehová alzó Su mano y los muros cayeron a plomo. ¡Mas este milagro no se repitió jamás! Ninguna otra ciudad cayo de forma semejante. ¡Todas las demás tuvieron que ser tomadas a espada!.

Podrían mencionarse otros muchos ejemplos para ilustrar el ejercicio soberano del poder de Dios. Dios interpuso su poder y David fue librado del gigante Goliat; las bocas de los leones fueron tapadas y Daniel es capó ileso; los tres jóvenes hebreos fueron echados en el horno de fuego y salieron sin daño ni quemadura. Pero este poder de Dios no siempre se interpuso para liberación de su pueblo, pues leemos: “Otros experimentaron vituperios y azotes; y a mas de esto prisiones y cárceles; fueron apedreados, aserrados, tentados, muertos a cuchillo; anduvieron de acá para allá cubiertos de pieles de ovejas y de cabras, pobres, angustia dos, maltratados” (Hebreos 11:36,37). Pero, ¿por qué? ¿Por qué estos hombres de fe no fueron librados como los demás? ¿Por qué a aquellos se les permitió seguir viviendo y a éstos no? ¿Por qué había de interponerse el poder de Dios, y rescatar a unos y no a otros? ¿Por qué permitió EL que Esteban fuese apedreado hasta la muerte, y luego libro a Pedro de la cárcel?.

Dios es soberano en la delegación de su poder a otros. ¿Por qué dio a Matusalén una vitalidad que le permitió sobrevivir a todos sus contemporáneos? ¿Por qué concedió a Sansón tal fuerza que nadie jamás ha podido igualar? Porque está escrito: “Al contrario, acuérdate de Jehová tu Dios, El es el que te da poder para hacer riquezas” (Deut.8:18). Pero es evidente que Dios no derrama este poder por igual sobre todas las criaturas. ¿Por qué no? He aquí la única y suficiente respuesta a estas preguntas: Porque Dios es soberano y, siéndolo, hace según le agrada.

Dios es soberano en el ejercicio de su misericordia Es necesario que sea así, pues la misericordia está regida por la voluntad de Aquél que es misericordioso. la misericordia no es un derecho del hombre. La misericordia es el adorable atributo de Dios por medio del cual muestra compasión y socorro hacia los infelices. Sin embargo bajo el justo gobierno de Dios nadie es infeliz sin merecerlo. La misericordia se derrama por tanto sobre los desgraciados, siendo la gracia el resultado del pecado; luego los desgraciados merecen castigo, y no misericordia. Hablar de merecer misericordia es una contradicción de términos.

El ejercicio soberano de la misericordia de Dios, la compasión demostrada hacia los desventurados, se mostró cuando Jehová se hizo carne y habitó entre los hombres. Tomemos una ilustración. Durante una de las fiestas de los judíos, el Señor Jesús subió a Jerusalén llegó al estanque de Betesda donde se encontraban “multitud de enfermos, ciegos, cojos y paralíticos que estaban esperando el movimiento del agua”. Entre esta “multitud” se encontraba allí “cierto hombre que había estado enfermo durante treinta y ocho años”. ¿Qué sucedió? “Cuando Jesús lo vio tendido y supo que ya había pasado tanto tiempo así, le preguntó” ¿Quieres ser sano? Y este hombre impotente para moverse, le respondió: “Señor no tengo a nadie que me meta en el estanque cuando el agua es agitada; y mientras queme nuevo yo, otro desciende antes que yo. Jesús le dijo -Levántate toma tu cama y anda. Y enseguida el hombre fue sanado, tomo su cama y anduvo.” (Juan 5:1-9). ¿Por qué este hombre fue escogido entre todos los demás? No se nos dice que clamara: “Señor ten misericordia de mí”. No hay ni una sola palabra en este relato que sugiera que este hombre poseía algo que le diese derecho a recibir favor especial. Se trataba,

pues, de un caso del ejercicio soberano de la misericordia divina, pues a Cristo le era exactamente igual de fácil curar a toda aquella “multitud”, como a este “un hombre”. Pero no lo hizo. Mostró su poder aliviando la desventura de este infortunado en particular; y por alguna razón, solo por El conocida, se abstuvo de hacer lo mismo por los demás.

Dios es soberano en el ejercicio de su gracia. Es necesario que sea así, pues gracia es el favor mostrado hacia el que nada merece, más aún, al que merece el infierno. La gracia es lo contrario de la justicia. Esta exige que la ley sea aplicada imparcialmente. Exige que cada uno reciba lo que legítimamente merece, ni más ni menos. La justicia no concede favores ni hace acepción de personas. La justicia, como tal, no muestra compasión ni muestra misericordia. Sin embargo la gracia divina no se ejerce sobrepasando la justicia, antes bien “la gracia reina por la justicia” (Rom.5:21); y si la gracia “reina”, es que es gracia soberana.

La gracia ha sido definida como favor inmerecido de Dios²; y si es inmerecido, nadie puede reclamarlo como derecho inalienable (que no puede ser pasado a otro). Si la gracia no se gana ni se merece, es que nadie tiene derecho a ella. Si la gracia es un don, es que nadie puede exigirla. Por consiguiente, puesto que la salvación es por gracia, don gratuito de Dios, El la concede a quien quiere. Ni aun el más grande de los pecadores escapa al alcance de la misericordia divina. Así pues, la jactancia es excluida y toda la gloria es de Dios.

El soberano ejercicio de la gracia se ilustra en caso todas las páginas de la Escritura. Se permite que los gentiles anden en sus propios caminos, mientras que Israel se convierte en el pueblo del pacto de Jehová. Ismael, el primogénito, es desechado relativamente sin bendición, mientras que Isaac, hijo de la vejez de sus padres, es hecho hijo de la promesa. Se niega la bendición al generoso Esaú, mientras que el gusano Jacob recibe la herencia y es formado en vaso para honra. Lo mismo ocurre en el Nuevo Testamento. La verdad divina está oculta a los sabios y prudentes, pero es revelada a los niños. Se permite que los fariseos y saduceos vayan por sus propios caminos, mientras los publicanos y las ramerías son atraídos por los lazos del amor.

La gracia divina actuó de manera notable en tiempos del nacimiento del Salvador. La encarnación del Hijo de Dios fue uno de los mas grandes acontecimientos de la historia del universo, y, sin embargo, el hecho y el momento del suceso no fueron dados a conocer a toda la humanidad; en cambio, fueron especialmente revelados a los pastores de Belén y a los magos de oriente. todos estos detalles tenían un sello profético que apuntaba al carácter de esta dispensación, pues aún hoy Cristo no es dado a conocer a todos. Habría sido cosa fácil para Dios enviar una legión de ángeles a toda nación a anunciar el nacimiento de su Hijo. Pero no lo hizo. Dios pudo fácilmente haber atraído la atención de toda la humanidad hacia la “estrella”; pero tampoco lo hizo. ¿Por qué? Porque Dios es soberano y concede sus favores como le agrada. Obsérvense particularmente las dos clases de personas a quienes se dio a conocer el nacimiento del Salvador -las clases más inapropiadas-: pastores y gentiles de un país lejano. ¡Ningún ángel se presentó ante el Sanedrín a anunciar el advenimiento del Mesías de Israel! ¡Ninguna estrella se apareció a los escribas y doctores de la ley cuando estos, en su orgullo y propia justicia, escudriñaban las Escrituras! Escudriñaron diligentemente para descubrir dónde había de nacer, y sin embargo no les fue dado a conocer que El ya había venido. ¡Qué demostración de la soberanía divina! ¡Humildes pastores escogidos para un honor particular, mientras los eruditos y eminentes son pasados por alto! ¿Y por qué el nacimiento del Salvador fue revelado a estos magos extranjeros, y no a aquellos en medio de los cuales había nacido? Vean en esto una maravillosa prefiguración del proceder de Dios con nuestra raza a través de toda la dispensación cristiana; soberano en el ejercicio de su gracia, otorgando sus favores a quién El quiere;

frecuentemente, a los más inapropiados e indignos.

Capítulo 3

LA SOBERANÍA DE DIOS EN LA CREACIÓN

“Digno eres tú, oh Señor y Dios nuestro, de recibir la gloria, la honra y el poder; porque tú has creado todas las cosas, y por tu voluntad tienen ser y fueron creadas” (Apoc.4:11).

Habiendo visto que la soberanía caracteriza al Ser entero de Dios, observemos ahora como este carácter soberano imprime su sello sobre todos sus caminos y su proceder.

En el gran espacio de la eternidad, que se extiende más allá de Génesis 1:1, el universo no había nacido aún y la creación existía tan sólo en la mente del Gran Creador. En su majestad soberana, Dios vivía solo. Nos referimos a aquel período, tan distante, antes de la creación de los cielos y la tierra. Pero aún en aquel tiempo, si tiempo puede llamarse, Dios era soberano. Podía crear o no crear conforme a su buena voluntad. Podía crear en este sentido o en aquél; podía crear un mundo o un millón de mundos, ¿y quién habría de resistir su voluntad?. Podía llamar a la existencia a un millón de criaturas diferentes, y colocarlas en absoluta igualdad, dotándolas de las mismas facultades y colocándolas en el mismo ambiente; o podía crear un millón de criaturas, todas diferentes entre sí, sin más característica común que su carácter de criaturas; ¿y quién habría de discutir su derecho a hacerlo?. Si quería, podía llamar a la existencia a un mundo tan inmenso que sus dimensiones escaparan por completo al alcance del cálculo finito, como crear un organismo tan pequeño que ni aún el más poderoso microscopio hubiera podido revelar su existencia al ojo humano. Quedaba dentro de su derecho soberano tanto el crear al exaltado serafín para que brillara en torno a Su trono, como al diminuto insecto que muere en la misma hora en que nace. Si el Dios poderoso, en lugar de una uniformidad completa, decidía crear una vasta graduación en su universo, desde el más sublime serafín al reptil que se arrastra silencioso, desde los mundos que giran en torno a sus ejes a los átomos que flotan en el espacio, del macrocosmos al microcosmos, ¿quién habría de disputar su soberana voluntad?. Consideren, pues, la acción de la soberanía divina mucho antes de que el hombre viera la luz. ¿Con quién consultó Dios en la creación y disposición de sus criaturas?. Vean los pájaros volando por el aire, las bestias vagando por la tierra, los peces nadando en el mar, y luego pregunten: ¿Quién los hizo diferentes entre sí? ¿No fue su Creador el que soberanamente les asignó sus diversos lugares y adaptaciones?.

Levanten los ojos al cielo y observen los misterios de la soberanía divina que allí se enfrentan con el observador pensativo: “Una es la gloria del sol, otra es la gloria de la luna, y otra la gloria de las estrellas; porque una estrella es diferente de otra en gloria.” (1Cor.15:41). Pero, ¿por qué? ¿Por qué había de ser el sol más glorioso que los planetas que giran alrededor suyo? ¿Por qué había de haber estrellas de primera magnitud y otras inferiores? ¿Por qué tan sorprendentes desigualdades? Y, por qué había de haber “estrellas fugaces”, “exhalaciones”, “estrellas erráticas” (Judas 13), en resumen, estrellas arruinadas?. La única respuesta posible es ésta: “Y por tu voluntad tienen ser y fueron creadas” (apóc.4:11).

Bajen ahora sus ojos a nuestro propio planeta. ¿Por qué dos terceras partes de su superficie habían de estar cubiertas de agua, y por qué tan enorme extensión de la otra tercera

parte restante había de ser inadecuada para el cultivo o la vivienda? ¿Por qué había de haber vastas porciones de pantanos, desiertos y bancos de hielo? ¿Por qué un país habría de ser tan inferior topográficamente a otro? ¿Por qué uno habría de ser fértil y otro casi estéril? ¿Por qué uno habría de ser rico en minerales y otro no producir ninguno? ¿Por qué el clima de uno habría de ser grato y saludable, y el de otro todo lo contrario? ¿Por qué habría de abundar el uno en ríos y lagos, y otro estar casi desprovisto de ellos? ¿Por qué uno habría de estar constantemente sacudido por terremotos, y otro no conocerlos? ¿Por qué? Porque así agradó al Creador y Sustentador de todas las cosas.

Contemplan el reino animal y observen la maravillosa variedad del mismo. ¿Es posible comparar entre el león y el cordero, el oso y el cabrito, el elefante y el ratón? Algunos como el caballo y el perro, están dotados de gran inteligencia; mientras otros, como las ovejas y los cerdos, casi carecen de ella. ¿Por qué? Algunos están destinados a ser bestias de carga, mientras otros disfrutan de una vida de libertad. ¿Por qué la mula y el asno habrían de estar encadenados a una vida de afanoso trabajo, mientras se permite que el león y el tigre vaguen por la selva a su gusto? Algunos sirven de alimento al hombre, otros no; algunos son hermosos, otros feos, algunos están dotados de gran fortaleza, otros parecen ser completamente impotentes; algunos son ligeros en el andar, otros apenas pueden arrastrarse -por ejemplo, la liebre y la tortuga-; algunos son útiles al hombre, otros parecen carecer de todo valor; unos viven muchos años, otros unos cuantos meses; unos son mansos, otros son feroces. Y, ¿por qué todas estas variaciones y diferencias?

Cuanto hemos dicho sobre los animales cuadrúpedos, se puede aplicar igualmente a las aves y peces. Pero ahora consideren el reino vegetal. ¿Por qué las rosas habían de tener espinas, mientras los lirios no las tienen? ¿Por qué una flor había de exhalar aroma fragante y otra no tener ninguno? ¿Por qué un árbol había de llevar fruto comestible y otro venenoso? ¿Por qué una planta había de resistir la helada, y otra marchitarse con ella? ¿Por qué un manzano había de ir cargado de manzanas y otro árbol de la misma edad y en el mismo huerto ser casi estéril? ¿Por qué una planta había de florecer doce veces al año y otra sólo una vez cada siglo? Verdaderamente “Jehová ha hecho todo lo que ha querido, en los cielos y en la tierra, en los mares y en todos los océanos” (Sal.135:6).

Consideren las huestes angélicas. Era de creer que aquí hallaríamos uniformidad; pero no es así. Como en otros campos, también en este se muestra la misma voluntad soberana del Creador. Algunos de estos seres tienen más elevado rango que otros; son más poderosos, y están más cerca de Dios. La Escritura revela una gradación concreta y bien definida en las filas angélicas. De arcángel pasando por serafín y querubín, llegamos a los “principados y autoridades” (Ef.3:10), y de los principados y potestades a los “gobernantes” (Ef.6:12), y luego a los propios ángeles, y aun entre ellos leemos de “los ángeles escogidos” (1Tim.5:21). De nuevo preguntamos: ¿Por qué esta desigualdad, esta diferencia en rangos y orden? Y todo cuanto podemos decir es: ¡Nuestro Dios está en los cielos! ¡Ha hecho todo lo que ha querido!. (Sal.115:3).

Por tanto si vemos la soberanía de Dios desplegada en toda la creación, ¿por qué ha de considerarse cosa extraña si la contemplamos actuando en medio de la familia humana? ¿Por qué ha de tenerse por extraño que Dios se complazca en dar cinco talentos a uno, y a otro solamente uno? ¿Por qué ha de tenerse por cosa extraña si uno nace con una constitución robusta, y otro hijo de los mismos padres es débil y enfermizo? ¿Por qué ha de tenerse por cosa extraña que Abel sea muerto en la flor de su juventud, mientras que se permite que Caín siga viviendo durante años? ¿Por qué ha de considerarse extraño que unos nazcan negros y otros blancos; unos

idiotas y otros con elevadas dotes intelectuales; unos pasivos y otros rebosantes de dinamismo; unos con temperamento egoísta, rebelde, ambicioso, y otros abnegados, sumisos y desprendidos? ¿por qué ha de tenerse por extraño que la naturaleza dote a algunos para dirigir y gobernar, mientras otros son solamente aptos para seguir y servir? La herencia y el medio ambiente no pueden explicar todas estas variaciones y desigualdades. No; es Dios quien hace la diferencia. ¿Por qué? “Si, Padre, porque así te agradó.” (Mat.11:26), ha de ser nuestra respuesta.

Debemos aprender esta verdad básica: el Creador es soberano absoluto, ejecuta su propia voluntad, efectúa lo que le agrada, y no considera sino su propia gloria. “Todo lo ha hecho Jehová para SU PROPIO PROPOSITO” (Prov.16:4). ¿Y acaso no tenía perfecto derecho a hacerlo? Puesto que Dios es Dios ¿quién pretenderá disputar Su prerrogativa? Murmurar contra El es pura rebelión. Discutir sus caminos es contradecir su sabiduría. Criticarlo es pecado de la peor especie. ¿Hemos olvidado quién es El? “Todas las naciones son como nada delante de El; son consideradas por él, como cosa vana, y como lo que no es. ¿A qué, pues, haréis semejante a Dios” (Isa.40:17,18).

Capítulo 4

LA SOBERANÍA DE DIOS EN SU PROVIDENCIA

“Jehová estableció en los cielos su trono, y su reino domina sobre todo.” (Sal.103:19).

Ante todo, una palabra referente a la necesidad de que Dios gobierna el mundo material. Supongamos lo contrario por un momento. Supongamos que Dios creó el mundo, designó y estableció ciertas leyes (lo que los hombres denominan “las leyes de la naturaleza”), y que, habiéndolo creado, se retiró abandonándolo a su suerte y al juego de estas leyes. Si así fuera, tendríamos un mundo sobre el cual no habría ningún Administrador inteligente que lo presidiera, un mundo controlado solamente por leyes impersonales, concepto digno del materialismo burdo y el ateísmo puro. Sin embargo, digo, supongámoslo por un momento; y a la luz de tal suposición, ponderemos con detenimiento la siguiente pregunta: ¿Qué garantía tenemos de que día, puede ser mañana, el mundo no sea destruido? “El viento de donde quiera sopla” (de donde le agrada), lo cual significa que el hombre no puede sujetarlo ni obstaculizarlo. A veces sopla con gran furor, y bien podría aumentar repentinamente en volumen e intensidad, hasta convertirse en un huracán de proporciones mundiales. Si no hay otras leyes que las de la naturaleza para regular el viento, quizá mañana pueda producirse un tornado tremendo que barra y destruya todo lo que existe sobre la superficie de la tierra. ¿Qué garantía tenemos contra semejante calamidad? En los últimos años hemos oído y leído mucho sobre nubes que se descargan e inundan comarcas enteras, causando espantosos estragos en vidas y haciendas. Si el hombre es impotente ante estas cosas, si la ciencia no puede poner remedio alguno a que esto ocurra, ¿como sabremos que estas nubes no van a multiplicarse indefinidamente y que la tierra toda no será inundada por el torrente? De todas formas no sería nada nuevo; ¿por qué no habría de repetirse el diluvio de los tiempos de Noé? ¿Y qué decir de los terremotos Cada cierto número de años, alguna isla o alguna gran ciudad es barrida de la faz de la tierra por uno de ellos; y ¿qué

puede el hombre hacer? ¿Dónde está la garantía de que dentro de poco un terremoto de colosales proporciones no va a destruir el mundo entero? Confiamos en que todo lector comprenda lo que estamos procurando demostrar: Niéguese que Dios está gobernando la materia, niéguese que El es “quién sustenta todas las cosas con la palabra de Su poder” (Heb.1:3), ¡y desaparecerá todo sentido de seguridad!.

Sigamos un razonamiento similar en lo que respecta a la raza humana. ¿Está Dios gobernando este mundo nuestro? ¿Está El rigiendo los destinos de las naciones, controlando la marcha de los imperios, determinando la duración de las dinastías? ¿Ha prescrito El los límites de los malhechores diciendo “Hasta aquí llegarás” y basta? Supongamos por un momento lo contrario. Supongamos que Dios ha dejado la dirección en manos de sus criaturas, y veamos a dónde nos conduce tal suposición. Supongamos que todo hombre viene a este mundo dotado de una voluntad completamente libre, y que es imposible controlarlo sin destruir su libertad. Mas, si así fuera, no tendríamos garantía alguna de que la raza humana no cometería un suicidio moral. Si se eliminaran todos los frenos divinos y el hombre quedara absolutamente libre para hacer lo que gustase, todas las distinciones éticas pronto desaparecerían, la barbarie predominaría universalmente, y un caos infernal enseñorearía sobre la tierra. ¿Por qué no? Si una nación quita a sus gobernantes y repudia su constitución, ¿qué impide que todas las naciones hagan lo mismo? Si hace poco mas de cien años la sangre de los revoltosos corría por las calles de París, ¿qué certeza tenemos que antes de terminar el presente siglo cada ciudad de este mundo no va a presenciar un espectáculo similar?. ¿Qué impide que el desorden y la anarquía lleguen a ser universales? Y es debido a estos interrogantes que nos hemos propuesto demostrar la necesidad, la permanente necesidad, de que Dios ocupe el trono, tome el principado sobre su hombro, y controle las actividades y destinos de sus criaturas.

Habiendo demostrado de manera resumida la necesidad imperiosa de que Dios reine sobre este mundo, observemos ahora, además, el hecho de que Dios efectivamente gobierna; y que su dominio se extiende a todas las cosas y todas las criaturas, y es ejercido sobre ellas. Dios gobierna la materia inanimada.

El hecho de que Dios gobierna la materia inanimada, y que esta materia cumple Su deseo y lleva a cabo Sus decretos, se demuestra claramente en el propio hecho de la revelación divina. Dijo Dios: “Sea la luz”, y “fue la luz“. Dijo Dios: “Reúnanse las aguas que están debajo del cielo en un solo lugar, de modo que aparezca la parte seca. Y fue así“. Y de nuevo dijo Dios: “Produzca la tierra hierba, plantas que den semilla y árboles frutales que den fruto según su especie, cuya semilla esté en él, sobre la tierra. Y fue así“. Como declara el salmista: “Porque El dijo, y fue hecho; El mandó y existió“. Lo que declara en el primer capítulo del Génesis, se ilustra después en toda la Biblia. Cuando las iniquidades de los antediluvianos habían alcanzado su plenitud, Dios dijo: “Y Yo, he aquí que Yo traigo un diluvio de aguas sobre la tierra, para destruir toda carne en que haya espíritu de vida debajo del cielo; todo lo que haya en la tierra “; y en cumplimiento de esto leemos :” El año seiscientos de la vida de Noé, en el mes segundo, a diecisiete días del mes, aquel día fueron rotas todas las fuentes del grande abismo, y las cataratas de los cielos fueron abiertos; y hubo lluvia sobre toda la tierra cuarenta días y cuarenta noches” (Génesis 6:17 y 7:11,12). Obsérvese el control absoluto (y soberano) de Dios sobre la materia inanimada en las plagas de Egipto. A su mandato, la luz fue convertida en tinieblas, y un río de sangre; cayó granizo, y la muerte se cebó sobre el impío país del Nilo, hasta que incluso su altivo monarca se vio obligado a clamar pidiendo liberación. Nótese particularmente cómo el texto inspirado hace énfasis aquí en el control absoluto de Dios sobre los elementos: “Moisés extendió su vara hacia el cielo, y Jehová envió truenos y granizo. El fuego se descargó sobre la tierra, y

Jehová hizo llover granizo sobre la tierra de Egipto. Hubo, pues, granizo y fuego centelleante mezclado con el granizo, y era tan pesado que nunca lo hubo como aquél en toda la tierra de Egipto desde que comenzó a ser nación. El granizo destruyó en toda la tierra de Egipto todo lo que estaba en el campo, tanto los hombres como los animales. El granizo también arruinó toda la hierba del campo y destrozó todos los árboles del campo. Sólo en la tierra de Gosén, donde habitaban los hijos de Israel, no cayó granizo” (Exo.10:21-23).

Los mencionados ejemplos no son en modo algunos casos aislados. Ante el decreto de Dios, el fuego y el azufre descendieron del cielo y las ciudades del llano fueron destruidas, al tiempo que un fértil valle quedaba convertido en un nauseabundo mar de muerte. A su mandato, las aguas del Mar Rojo se dividieron para que los israelitas pasaran en seco, y a Su palabra se volvieron a juntar destruyendo a los egipcios que los perseguían. Una palabra Suya, y la tierra abrió sus fauces para tragarse a Coré y a su grupo de rebeldes. El horno de Nabucodonosor fue encendido “siete veces tanto” su temperatura normal, y en él fueron echados tres hijos de Dios; pero el fuego ni siquiera chamuscó sus ropas, aunque mató a los hombres que se habían acercado a él.

¡Qué formidable demostración del poderoso gobierno del Creador sobre los elementos nos fue ofrecida cuando, hecho carne, habitó entre los hombres! Véanle dormido en la barca. Se levanta la tormenta. El viento ruge y las olas azotan con furor. Los discípulos están con El, temerosos de que su pequeña embarcación zozobre, despiertan a su Señor, diciendo: “¡Maestro! ¿No te importa que perecemos?” Y entonces leemos: “Y despertándose, reprendió al viento y dijo al mar: —¡Calla! ¡Enmudece! Y el viento cesó y se hizo grande bonanza” (Mar.4:39). Observen también cómo el mar, ante la voluntad de su Creador, lo sostuvo sobre sus olas. A su palabra la higuera se secó; a su contacto la enfermedad huía instantáneamente.

Las grandes luminarias celestes son también gobernadas por su Hacedor y obedecen Su voluntad soberana. Tomemos dos ilustraciones. Al mandato de Dios el sol retrocedió diez grados en el reloj de Acaz para ayudar a la débil fe de Ezequías. En tiempos del Nuevo Testamento, Dios hizo que una estrella anunciara la encarnación de su Hijo: la estrella que se apareció a los magos de oriente, de la cual se nos dice que: “iba delante de ellos, hasta que llegó y se detuvo sobre donde estaba el niño” (Mat.2:9).

¡Cuán descriptiva declaración la que sigue!: “Envía su mensaje a la tierra; velozmente corre su palabra. Pone la nieve como lana, y derrama la escarcha como ceniza. Echa su hielo como migas de pan. ¿Quién se mantendrá ante su frío? Envía su palabra y los derrite; hace que sople su viento, y corren las aguas” (Sal.147:15-18). Las mutaciones de los elementos están sujetas al control soberano de Dios. El Dios quien retiene la lluvia, y es Dios quien la da cuando quiere, como quiere y a quien quiere. Los observatorios meteorológicos se atreven a predecir el tiempo, pero ¡cuán frecuentemente se burla Dios de sus cálculos! Las “manchas” solares, las actividades cambiantes de los planetas, la aparición y desaparición de los cometas (a los cuales se atribuye a veces el tiempo anormal), las perturbaciones atmosféricas, son simples causas secundarias, pues tras ellas está Dios mismo. Habla su Palabra una vez más: “<También os detuve la lluvia faltando tres meses para la siega. Hice llover sobre una ciudad, y sobre otra no hice llover. Sobre una parcela llovió, y la parcela sobre la cual no llovió se secó. Acudían dos o tres ciudades a otra ciudad para beber agua, y no se saciaban. Pero no os volvisteis a mí>, dice Jehová. <Yo os golpeé con tizón y añublo. La langosta comió vuestros muchos huertos, vuestras viñas, vuestras higueras y vuestros olivos. Pero no os volvisteis a mí>, dice Jehová. <Envié entre vosotros una plaga, como en Egipto. Maté a espada a vuestros jóvenes, mientras vuestros caballos eran capturados. Hice que el hedor de vuestros campamentos subiese a vuestras narices.

Pero no os volvisteis a mí>, dice Jehová” (Amós 4:7-10).

He aquí pues, que Dios gobierna verdaderamente la materia inanimada. La tierra y el aire, el fuego y el agua, el granizo y la nieve, los vientos tormentosos y los mares alborotados. Todos cumplen la palabra de Su potencia y realizan Su voluntad soberana. Por consiguiente, cuando nos quejamos del tiempo, estamos en realidad murmurando contra Dios.

Dios gobierna las criaturas que carecen de razón.

¡Qué ilustración tan sorprendente del gobierno de Dios sobre el reino animal encontramos en Gén.2:19!: “Jehová Dios, pues, formó de la tierra todos los animales del campo y todas las aves del cielo, y los trajo al hombre para ver cómo los llamaría. Lo que el hombre llamó a los animales, ése es su nombre“. Si se objetara que esto ocurrió en el Edén, y antes de la caída de Adán y la maldición consiguiente sobre toda criatura, acudiríamos al hecho histórico del Diluvio, donde otra vez Dios mostró evidentemente su gobierno soberano sobre los animales. Observen en este texto cómo Dios hizo que viniera a Noé toda suerte de criaturas vivientes: “De todo ser viviente, de toda carne, meterás en el arca dos de cada especie, para que sobrevivan contigo. Serán macho y hembra: de las aves según su especie; del ganado según su especie; de todo animal que se desplaza en la tierra, según su especie. Dos de cada especie vendrán a ti para sobrevivir” (Gén 6:19-20). Todos estaban bajo el control soberano de Dios. El león de la selva, el elefante del bosque el oso polar; la terrible pantera, el lobo indomable, el tigre sanguinario, el águila de altísimo vuelo, y el cocodrilo que se arrastra, todos, con su ferocidad nativa, ¡se someten dócilmente a la voluntad de su Creador, y vienen al arca de dos en dos!

Nos hemos referido a las plagas enviadas sobre Egipto como ilustración del control del Creador sobre la materia inanimada; pero volvamos de nuevo a ellas para ver cómo hablan del perfecto dominio de Dios sobre las criaturas irracionales. A Su palabra el río produjo ranas en abundancia que penetraron en el palacio de Faraón y en las casas de sus siervos; y, contrariamente a sus instintos naturales, se introdujeron en las camas, en los hornos y en los recipientes para amasar el pan (Ex.8:3). Enjambres de moscas invadieron la tierra de Egipto, ¡mas sin embargo no las hubo en tierra de Gosén! (Ex.8:22). Después, el ganado enfermó repentinamente, y leemos: “He aquí la mano de Jehová traerá una terrible peste sobre tu ganado que está en el campo: caballos, asnos, camellos, vacas y ovejas. Pero Jehová hará distinción entre el ganado de Israel y el de Egipto, de modo que no muera nada de todo lo que pertenece a los hijos de Israel. —Jehová fijó un plazo diciendo—: <Mañana Jehová hará esto en el país>. Al día siguiente Jehová hizo esto, y murió todo el ganado de Egipto. Pero del ganado de los hijos de Israel no murió ni un solo animal” Ex.9:3-6). De manera semejante Dios envió nubes de langostas para plagar a Faraón y a su tierra, designando el tiempo de su visitación, determinando su marcha destructora, y marcando los límites de sus destrozos.

No son los ángeles los únicos que obedecen los mandatos de Dios, sino que también las bestias hacen según El quiere. He aquí que el arca sagrada, el arca del pacto, está en el país de los filisteos. ¿Cómo ha de ser devuelta a su tierra? Noten los medios de que Dios se valió, y cuán completamente estaban bajo su control:” Entonces los filisteos llamaron a los sacerdotes y adivinos, y les preguntaron: —¿Qué haremos con el arca de Jehová? Dadnos a conocer cómo la hemos de enviar a su lugar. Ellos respondieron....< Haced, pues, una carreta nueva; luego tomad dos vacas que estén criando, sobre las cuales no haya sido puesto yugo; unir las vacas a la carreta y haced volver sus terneros, de detrás de ellas, al corral. Tomad luego el arca de Jehová y ponedla sobre la carreta. Poned junto a ella, en una caja, los objetos de oro que le habéis de dar como ofrenda por la culpa, y dejadla ir. Entonces mirad: Si sube a por el camino hacia su territorio, entonces es Jehová quien nos ha hecho este mal tan grande. Si no, nos convenceremos

de que no fue su mano la que nos hirió, sino que nos ha sucedido por casualidad” . ¿Y qué ocurrió? ¡Cuán sorprendente es lo que sigue! “Entonces las vacas se fueron de frente por el camino de Betsemes. Iban por el camino, mugiendo mientras iban, sin apartarse ni a la derecha ni a la izquierda” (1Sam.6). Igualmente sorprendente es el caso de Elías: “Entonces la palabra de Jehová vino a él diciendo: —Apártate de aquí, dirígete al oriente y escóndete junto al arroyo de Querit, que está al frente del Jordán. Y sucederá que beberás del arroyo, y yo he mandado a los cuervos que te sustenten allí” (1Reyes 17:2-4). El instinto natural de estas aves de presa fue reprimido, y en vez de comerse los alimentos, los llevaron al siervo de Jehová en su solitario retiro.

¿Son necesarias más pruebas? No hay que ir lejos para encontrarlas. Dios hace que un mudo asno reprenda la locura del profeta. Envía dos osas de los bosques a devorar a cuarenta y dos de los atormentadores de Eliseo. En cumplimiento de Su palabra, hace que los perros coman la carne de la impía Jezabel. Sella las bocas de los leones de Babilonia cuando Daniel es echado en el foso, aunque más tarde hace que devoren a los acusadores del profeta. Prepara un gran pez para que trague al desobediente Jonás, y cuando suena la hora ordenada, le obliga a vomitarlo en tierra seca. A Su mandato, y en cumplimiento de Su palabra, otro pez lleva a Pedro una moneda para el tributo. Así vemos que Dios reina sobre las criaturas irracionales, bestias del campo, aves del aire, y peces del mar, obedecen Su mandato soberano.

Dios dirige a los hijos de los hombres.

Nos damos perfecta cuenta de que ésta es la parte más difícil de nuestro tema, y, por consiguiente, nos ocuparemos de ella más extensamente en las páginas que siguen; pero de momento, y antes de entrar en detalles, vamos a considerar el hecho del gobierno de Dios sobre los hombres en general.

Nos vemos confrontados con ciertas alternativas entre las cuales hemos de escoger: O Dios gobierna, o es gobernado; O Dios dirige, o es dirigido; O Dios hace lo que quiere, o lo hacen los hombres.

¿Y es difícil escoger entre estas dos alternativas? ¿Diremos que el hombre es un ser tan rebelde que escapa al control de Dios? ¿Diremos que el pecado ha enajenado al pecador, apartándolo del Dios tres veces Santo de tal forma que ahora se halla fuera del ámbito de Su jurisdicción? ¿O diremos que por haber sido el hombre dotado de responsabilidad moral, Dios ha de dejarlo enteramente sin control, por lo menos durante el período de su examen? ¿Se desprende necesariamente, por el hecho de que el hombre natural es un proscrito enemigo del cielo y un faccioso que se opone al gobierno divino, que Dios es impotente para cumplir Sus propósitos por medio de él. Lo que queremos decir es, no solamente que El puede encaminar a bien los efectos de las acciones de los malhechores, ni que traerá a los impíos ante su tribunal para que se pronuncie contra ellos sentencia condenatoria (pues esto lo creen también muchas personas que no son cristianas); sino que cada uno de los actos del más desobediente de Sus súbditos está enteramente bajo Su control. Más aún, que el tal, sin saberlo, está llevando a cabo los designios secretos del Altísimo. ¿No fue así en el caso de Judas? ¿Y es posible escoger un caso más extremo? Por tanto, si aquel archirrebelde estaba efectuando el consejo de Dios, ¿no hemos de pensar lo mismo de todos los demás?

Nuestro objeto aquí no es llevar a cabo una encuesta filosófica ni llegar a una casuística de tipo metafísico, sino cerciorarnos de las enseñanzas de la Escritura sobre este profundo tema. ¡A la Ley y al Testimonio!, pues sólo allí podemos aprender del gobierno divino: su carácter, su designio, su modus operandi, su alcance. ¿Qué es, pues, lo que ha agradado a Dios revelarnos en

su bendita Palabra referente a su control sobre las obras de sus manos, y particularmente sobre aquella que, en su origen, fue hecha a Su propia imagen y semejanza?

“En El vivimos, nos movemos y somos” (Hch.17:28). ¡Qué afirmación tan demoledora! Nóten que estas palabras no iban dirigidas a una de las iglesias de Dios, ni a un grupo de santos que hubiera alcanzado un plano de elevada espiritualidad, sino a un público pagano, a los que adoraban al “Dios no conocido” y a que se “burlaban” cuando oían hablar de la resurrección de los muertos. Y no obstante, el apóstol Pablo no vaciló en declarar enfáticamente a los filósofos atenienses, a los epicúreos y a los estoicos, que vivían, se movían y tenían su ser en Dios, lo cual no sólo significaba que debían su existencia y preservación a Aquél que hizo el mundo y todo lo que en él hay, sino también que sus mismas acciones estaban bajo la administración y control del Dios de cielos y tierra (vean Dan.5:23, última parte).

“Del hombre son los planes del corazón, pero de Jehová es la respuesta de la lengua” (Prov.16:1). Observen que esta declaración tiene una aplicación general: se refiere a todo “hombre”, no simplemente a los creyentes. “El corazón del hombre traza su camino, pero Jehová dirige sus pasos” (Prov.16:9). Y si Jehová endereza los pasos del hombre, ¿no es prueba de que éste está siendo controlado o gobernado por Dios? Asimismo: “Muchos planes hay en el corazón del hombre, pero sólo el propósito de Jehová se cumplirá” (Prov.19:21). ¿Puede esto significar otra cosa sino que, sea lo que sea, lo que el hombre desee o planee, después de todo es la voluntad de Su hacedor lo que sucede? Tomen por ejemplo el caso del “necio rico”. Se nos dan a conocer los “pensamientos” de su corazón: “Entonces les refirió una parábola, diciendo: —Las tierras de un hombre rico habían producido mucho. Y él razonaba dentro de sí, diciendo: <¿Qué haré? Porque ya no tengo dónde juntar mis productos>. Entonces dijo: <¡Esto haré! Derribaré mis graneros y edificaré otros más grandes. Allí juntaré todo mi grano y mis bienes, y diré a mi alma: Alma, muchos bienes tienes almacenados para muchos años. Descansa, come, bebe, alégrate>. Pero Dios le dijo: <¡Necio! Esta noche vienen a pedir tu alma; y lo que has provisto, ¿para quién será?>” (Lucas 12:16-21).

“Como una corriente de agua es el corazón del rey en la mano de Jehová, quien lo conduce a todo lo que quiere” (Prov.21:1). ¿Hay algo que pueda ser más explícito? Del corazón “mana la vida” (Prov.4:23), pues “cual es su pensamiento en su mente, tal es él ” (Prov.23:7). Luego si el corazón está en manos de Jehová, y si El (Job 23:13). “El consejo de Jehová permanecerá para siempre, y los pensamientos de su corazón, por todas las generaciones” (Sal.33:11). “No hay sabiduría ni entendimiento, ni consejo contra Jehová” (Prov.21:30). “Porque Jehová de los Ejércitos lo ha decidido; ¿quién lo invalidará? Su mano está extendida; ¿quién la hará volver atrás?” (Isa.14:27). “Acordaos de las cosas del pasado que son desde la antigüedad, porque yo soy Dios, y no hay otro. Yo soy Dios, y no hay nadie semejante a mí. Yo anuncio lo porvenir desde el principio, y desde la antigüedad lo que aún no ha sido hecho. Digo: <Mi plan se realizará, y haré todo lo que quiero>” (Isa.46:9,10). No hay la menor ambigüedad en estos pasajes. Afirman, en los términos más inequívocos e incondicionales, la imposibilidad de que el propósito de Jehová quede en nada.

En vano leemos las Escrituras si no descubrimos que los actos de los hombres, tanto de los malos como de los buenos, están gobernados por Jehová Dios. Nimrod y sus compañeros determinaron erigir la torre de Babel, pero antes de que su obra fuese acabada Dios frustró sus planes. Jacob era el hijo a quien se había prometido la herencia, y aunque Isaac trató de alterar el decreto de Jehová y otorgar la bendición a Esaú, sus esfuerzos quedaron en nada. Esaú juró vengarse de Jacob, pero cuando se encontraron después de la separación, en vez de pelear llenos de odio, se abrazaron con lágrimas de gozo. Los hermanos de José planearon su destrucción,

pero sus malos consejos fueron frustrados. Faraón pereció en el Mar Rojo al intentar oponerse a que Israel cumpliera las instrucciones de Jehová. Balac alquiló a Balaam para que maldijese a los israelitas, pero Dios le obligó a bendecirlos. Amán erigió una horca para Mardoqueo, pero fue él quien fue colgado en ella. Jonás resistió la voluntad revelada de Dios, pero ¿en qué pararon sus esfuerzos?

¡Ah, los paganos podrán “¿Por qué se amotinan las naciones y los pueblos traman cosas vanas? Se presentan los reyes de la tierra, y los gobernantes consultan unidos contra Jehová y su ungido, diciendo: <¡Rompe sus ataduras! ¡Echemos de nosotros sus cuerdas!>” (Sal.2:1-3). Pero ¿acaso el gran Dios es perturbado o estorbado por la rebelión de sus mezquinas criaturas? No por cierto: “El que habita en los cielos se reirá; el Señor se burlará de ellos” (Sal.2:4). El está infinitamente exaltado por encima de todos, y las más grandes confederaciones de los “peones” de la tierra, y los preparativos más vastos y enérgicos para derrotar Su propósito son, a Sus ojos, como un juego de niños. El mira tan fútiles esfuerzos no solamente sin alarma, sin “riéndose” de la locura de ellos; trata su impotencia “ridiculizándola“. Sabe que puede aplastarlos como polillas cuando guste, o consumirlos en un momento con el aliento de Su boca. ¡Ah, qué “vanidad” es que los “tíestos” de la tierra luchan contra la gloriosa Majestad del Cielo! Tal es nuestro Dios“; adorado.

Dios gobierna los ángeles, tanto los buenos como los malignos.

Los ángeles son siervos de Dios, mensajeros suyos, sus carros. Escuchen siempre la voz de su boca y cumplen sus mandamientos. “Dios envió un ángel a Jerusalén para destruirla. Pero cuando iba a destruirla, Jehová miró y cambió de parecer acerca de aquel mal. Y dijo al ángel que destruía: —¡Basta ya! ¡Detén tu mano!.....Jehová habló al ángel, y éste volvió su espada a la vaina” (1Crón.21:15-28). Podrían citarse otros textos de las Escrituras para mostrar que los ángeles están en sujeción a la voluntad de su Creador y hacen lo que El les manda: “Entonces Pedro, al volver en sí, dijo: “Ahora entiendo realmente que el Señor ha enviado su ángel y me ha librado de la mano de Herodes” (Hech.12:11). “Me dijo además: “Estas palabras son fieles y verdaderas. Y el Señor, el Dios de los espíritus de los profetas, ha enviado su ángel para mostrar a sus siervos las cosas que tienen que suceder pronto” (Apoc.22:6). Así ocurrirá cuando nuestro Señor vuelva: “El Hijo del Hombre enviará a sus ángeles, y recogerán de su reino a todos los que causan tropiezos y a los que hacen maldad” (Mat.13:41). Asimismo leemos: “El enviará a sus ángeles con un gran sonar de trompeta, y ellos reunirán a los escogidos de él de los cuatro vientos, desde un extremo del cielo hasta el otro ” (Mat.24:31).

Lo mismo puede decirse de los espíritus malignos: también ellos cumplen los decretos soberanos de Dios. Un espíritu malo fue enviado por Dios para provocar la rebelión en el campamento de Abimelec (Jue.9:23); otro para ser espíritu mentiroso en boca de los profetas de Acab: “Ahora pues, he aquí que Jehová ha puesto un espíritu de mentira en boca de todos estos tus profetas, porque Jehová ha decretado el mal con respecto a ti” (1Reyes 22:23); y aun otro para atormentar a Saúl: “El Espíritu de Jehová se apartó de Saúl, y un espíritu malo de parte de Jehová le atormentaba” (1Sam.16:14). Así también en el Nuevo Testamento: una legión entera de demonios no salió de su víctima hasta que el Señor la dejó entrar en el hato de puercos.

Por consiguiente, la Escritura aclara que los ángeles, buenos y malos, están bajo el control de Dios, y qué, voluntaria o involuntariamente, llevan a cabo Su propósito. Sí, el propio SATANAS está absolutamente sujeto al control de Dios. Acusado en el Edén, escuchó la terrible sentencia sin pronunciar palabra. No pudo tomar a Job hasta que Dios le concedió autorización. También tuvo que esperar el consentimiento de nuestro Señor antes de “zarandear” a Pedro.

Cuando Cristo le mandó partir, diciéndole: “Vete, Satanás”, leemos: “Entonces el diablo le dejó” (Mat.4:11). Y como acto final, sabemos que será echado al lago de fuego que ha sido preparado para él y sus ángeles.

El Señor omnipotente reina. Su gobierno se ejerce sobre la materia inanimada, sobre las bestias, sobre los hijos de los hombres, sobre los ángeles buenos y malos, y sobre Satanás mismo. Ningún planeta gira, ninguna estrella brilla, ni hay tormenta, ni movimiento de criatura, ni acto de un hombre, ni hecho de un ángel, ni acción del diablo, ni nada puede ocurrir en todo el vasto universo de forma diferente a como Dios ha determinado desde la eternidad. He aquí un auténtico fundamento para la fe. He aquí un verdadero lugar de reposo para el intelecto. He aquí un ancla para el alma, segura y firme. No se trata del destino ciego, del mal desencadenado, del hombre o del diablo, sino que es Dios mismo el que está gobernando el mundo, dirigiéndolo según Su propia voluntad y para Su propia gloria eterna.

Diez mil centurias antes que los cielos
fuesen en sus cimientos afirmados,
los mundos por venir, los luengos siglos
estaban ya en Su mente planeados.
El vil gusano, el ave pasajera,
los tronos con sus reyes coronados,
el fin de dinastías, pueblos, eras:
todo estaba en Su mente decretado.

(Isaac Watts)

Capítulo 5 LA SOBERANÍA DE DIOS EN LA SALVACIÓN

“¡Oh la profundidad de las riquezas, y de la sabiduría y el conocimiento de Dios! ¡Cuán incomprensibles son sus juicios e inescrutables sus caminos!” (Rom.11:33).

“LA SALVACION pertenece a Jehová” (Jon.2:10), pero el Señor no salva a todos. ¿Por qué no? Salva, sí, a algunos; y si salva a algunos, ¿por qué no a otros?. ¿Quizá porque son demasiado pecadores y depravados? No; pues el apóstol escribió: “Fiel es esta palabra y digna de toda aceptación: que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, de los cuales yo soy el primero” (1Tim.1:15). Por tanto, si Dios salvó al “primero” de los pecadores, no hay razón para que ninguno sea excluido por causa de su depravación. ¿Por qué, pues, no salva Dios a todos? ¿Quizá porque algunos tienen el corazón demasiado duro para ser ganados? No; porque aun de aquellos que tienen el corazón más pequeño, se ha escrito que Dios “De la carne de ellos quitaré el corazón de piedra y les daré un corazón de carne” (Eze.11:19), Entonces, ¿será porque son tan obstinados? tan intratables, tan rebeldes, que Dios no puede atraerlos a Sí?. Antes de responder a esta pregunta formulemos otra; recurriremos a la experiencia de algunos, por lo menos, de los que forman el pueblo de Dios.

Amigo, ¿no es cierto que hubo un tiempo en que andabas en consejo de malos, estabas en camino de pecadores, te sentabas en silla de escarnecedores, y con ellos decías: “No queremos que este reine sobre nosotros” (Luc.19:14)? Es más, ¿acaso no hubo un tiempo en que tú “No querías venir a Cristo para tener vida” (Juan 5:40)? Es más ¿acaso no hubo un tiempo en que unías tu voz a la de los que decían a Dios: “Apártate de nosotros, no queremos el conocimiento de tus caminos” “¿Quién es el Todopoderoso para que le sirvamos?” (Job. 21: 14,15) Avergonzado, tienes que confesar que lo hubo, Pero, ¿cómo es posible que ahora todo haya cambiado? ¿Qué fue lo que te trajo de tu altiva propia suficiencia a ser un humilde suplicante, de ser uno que estaba en enemistad con Dios a uno que está en paz con El, de la desobediencia a la sujeción, del odio al amor? Como “nacido del Espíritu”, responderás con prontitud: Por la gracia de Dios soy lo que soy” (1Cor.15:10). Entonces, ¿no comprendes que el que otros rebeldes no sean salvos también no se debe a falta de poder por parte de Dios, ni a Su negativa a forzar al hombre? Si Dios pudo someter tu voluntad y conquistar tu corazón, y eso además sin interferir tu responsabilidad moral, ¿no puede hacer lo mismo con otros? Ciertamente que sí. Entonces, ¿Cuán inconsecuente, cuán ilógico, cuán necio es por tu parte intentar explicar el actual proceder de los impíos y su destino final, argumentar que Dios no puede salvarlos, que ellos no le dejan! ¿Acaso dices: “Pero llegó un momento en que yo quise, estuve dispuesto a recibir a Cristo como mi Salvador? Cierto que así ocurrió, pero fue el Señor quien te hizo querer (Sal.11):3; Fil.2:13). Por qué pues -dirás- no hace que todos los pecadores quieran? Pues, ¿por qué ha de ser, sino por el hecho de que El es soberano y hace lo que le agrada? Pero volvamos a la encuesta inicial.

¿Por qué no todos son salvos, particularmente todos los que oyen el Evangelio? ¿Respondes aún: Porque la mayoría rehúsa creer? Bien, es cierto, pero eso es solamente una parte de la verdad. Es la verdad vista desde el aspecto humano. Pero hay también un aspecto divino, aspecto que requiere ser tenido muy en cuenta, pues de lo contrario Dios sería despojado de la gloria que se le debe. Los no salvos se pierden porque rehúsan creer, mientras los demás se salvan porque creen. Bien, pero, ¿porque creen? ¿Qué es lo que hace que unos pongan su confianza en Cristo y otros no? ¿Quizá porque los que se salvan son más inteligentes que sus semejantes, y más rápidos en discernir la necesidad de su salvación? Desechemos tal pensamiento, pues, “quién te distingue?” ¿o qué tienes que no hayas recibido? Y si lo recibiste, ¿de qué te glorías como si no hubieras recibido? (1Cor.4:7). Es Dios mismo quién hace distinción entre el escogido y el no escogido, pues el mismo ha mandado escribir: “No obstante, sabemos que el Hijo de Dios está presente y nos ha dado entendimiento para conocer al que es verdadero” (1Juan 5:20).

La fe es un don de Dios, y “porque no es de todos la fe” (2Tes.3:2); por lo tanto, vemos que Dios no otorga este don a todos. ¿A quienes, pues, concede este favor salvador? A sus elegidos: “creyeron cuantos estaban designados para la vida eterna” (Hech.13:48). Por esto leemos de “según la fe de los escogidos de Dios” (Tito 1:1). Pero, ¿es Dios soberano en la distribución de sus favores? ¿Acaso no tiene derecho a serlo? ¿Hay aún quien “murmura contra el padre de la familia”? Valgan, entonces sus propias palabras como respuesta: “No me es lícito hacer lo que quiero con lo mío?” (Mat.20:15). Dios es soberano en la concesión de sus dones, tanto en la esfera natural como en la espiritual. Hay aquí, una declaración general de los hechos; pasemos ahora a particularizar.

La soberanía de Dios padre en la salvación.

Quizá el pasaje de la Escritura que más enfáticamente afirma la soberanía absoluta de Dios respecto a la determinación del destino de sus criaturas, es el capítulo nueve de Romanos.

No vamos a tratar de repasar aquí el capítulo entero, sino que nos limitaremos a los versículos 21-23: ¿O no tiene autoridad el alfarero sobre el barro para hacer de la misma masa un vaso para uso honroso y otro para uso común? ¿Y qué hay se Dios, queriendo mostrar su ira y dar a conocer su poder, soportó con mucha paciencia a los vasos de ira que han sido preparados para destrucción? ¿Y qué hay si El hizo esto, para dar a conocer las riquezas de su gloria sobre los vasos de misericordia que había preparado de antemano para gloria” Estos versículos presentan a la humanidad caída tan inerte y tan impotente como una masa de barro sin vida. Este texto bíblico es rico en contenido. Demuestra que “no hay diferencia” esencial entre los escogidos: son barro de “la misma masa”, lo cual concuerda con Efesios 2:3, donde se nos dice que todos por naturaleza somos “hijos de ira“. Nos enseña que el destino final de todo individuo lo decide la voluntad de Dios, y bienaventurada cosa es que así sea, pues si se dejara a nuestra voluntad acabaríamos en el lago de fuego. Declara que Dios mismo hace una distinción de los destinos respectivos que dedica a cada una de sus criaturas, pues un vaso es hecho para honra y otro para vergüenza“; algunos son “vasos de ira preparados para muerte”, otros son “vasos de misericordia, que El ha preparado para gloria“.

Admitimos francamente la humillación que supone para el orgulloso corazón de la criatura el contemplar a la humanidad entera en manos de Dios como barro en manos del alfarero; pero así es precisamente como las Escrituras de la Verdad presentan el caso. En esta época de jactancia humana, orgullo intelectual y deificación del hombre, es necesario insistir en que el alfarero hace sus vasos para sí. Que luche el hombre con su Hacedor cuanto quiera, que no por eso dejara de ser otra cosa sino barro en manos del Alfarero Celestial; y El forma sus vasos para sus propios fines y conforme le agrada, aunque sabemos que procederá justamente con sus criaturas, que el juez de toda la tierra ha de hacer lo que es justo. Dios afirma que tiene derecho indiscutible de hacer lo que quiera con lo que es suyo.

No solamente Dios tiene derecho a hacer lo que quiera con las criaturas salidas de sus propias manos, sino que en realidad lo hace, según vemos, más evidentemente que en cualquier otra parte, en la gracia de la predestinación. Antes de la fundación del mundo Dios hizo una selección, una elección. Ante sus ojos omniscientes estaba toda la raza de Adán, y de ella escogió un pueblo y lo predestinó “para la adopción de hijos” lo predestinó “para ser conforme a la imagen de su Hijo”, lo “ordenó” para vida eterna. Muchos son los textos bíblicos que ponen de realce esta bendita verdad, siete de los cuales van a ocupar nuestra atención.

“Creyeron todos cuantos estaban destinados para vida eterna” (Hech.13:48). Se han empleado todos los artificios del ingenio humano para restar poder al agudo filo de este texto y descartar con explicaciones fáciles al sentido evidente de estas palabras; pero todo ha sido en vano, ya que nada podrá jamás reconciliar este pasaje y otros semejantes con la mente del hombre natural. “Creyeron todos cuantos estaban destinados para vida eterna”, Aprendemos aquí cuatro cosas: Primeramente, que creer es consecuencia y no causa decreto de Dios. En segundo lugar, que sólo un número limitado ha sido “designado para vida eterna” pues si todos los hombres sin excepción hubieran sido así ordenados por Dios, entonces las palabras “todos cuantos” constituyen una especificación carente de significado. En tercer lugar, que esta “designación” de Dios nos consiste en meros privilegios externos, sino que es para “vida eterna“; nos es designación para un servicio, sin para la salvación misma. En cuarto lugar, “todos cuantos” -ni uno menos- así han sido designados por Dios para vida eterna creerán con toda certeza.

El comentario que el amado hermano C.H. Spurgeon, hizo sobre el pasaje anteriormente citado, merece toda nuestra consideración. Dice así: “Se han hecho ciertas tentativas para

demostrar que estas palabras no enseñan la predestinación, pero tales tentativas violan el lenguaje tan claramente, que no voy a malgastar el tiempo en replicar a ellas... Leo así: “Creyeron todos cuantos estaban designados para vida eterna” y no he de retorcer el texto, sino glorificar la gracia de Dios, atribuyéndole todos los casos de personas que creen... ¿No es Dios quien da disposición para creer? Si hay hombres dispuestos a poseer la vida eterna, ¿no es El en todos los casos quien lo dispone? ¿Es injusto que Dios de gracia? Si es justo que la dé, ¿es injusto que se haya propuesto darla? ¿Quisieras que la diera por accidente? Si es justo que tenga el propósito de dar gracias hoy, era justo que se lo propusiera antes de esta fecha, y por tanto, dado que El no cambia, desde la eternidad“.

“Así también aun en este tiempo presente se ha levantado un remanente según la elección de gracia. Y si es por la gracia, no procede de las obras; de otra manera la gracia ya no sería gracia“(Rom.11:5,6). Las palabras “así también”, al principio de esta cita, nos remiten al versículo anterior donde se nos dice: “He dejado para mi siete mil hombres que no han doblado la rodilla delante de Baal“. Nótese particularmente la palabra “dejado“. En los días de Elías había siete mil (una pequeñita minoría) que habían sido divinamente preservados de la idolatría y traídos al conocimiento del verdadero Dios. Esta preservación e iluminación no provenía de ningún mérito que hubiera en ellos, sino exclusivamente de la especial influencia e intervención de Dios. ¡Cuán altamente favorecidas fueron tales personas al ser así “dejadas” para Dios! Ahora bien, dice el apóstol, de la manera que había “un remanente” en los días de Elías, “dejado para Dios”, también lo hay en la actual dispensación.

“Remanente por la elección de gracia“. Aquí se sigue la causa de la elección hasta su misma fuente. La base sobre la cual Dios escogió a este “remanente” no era la fe prevista en él, porque una elección fundada en la previsión de buenas obras estaría exactamente tan basada en las obras como cualquier otra, y en tal caso no sería “de gracia“; pues, según dice el apóstol, si por gracia, luego no es por las obras; de otra manera la gracia ya no sería gracia“. Todo lo cual significa que la gracia y las obras son opuestas, que no tienen nada en común, y que, como el aceite y el agua, jamás podrán mezclarse. De esta manera, la idea de bondad en la propia naturaleza prevista en los escogidos, o de cualquier cosa meritoria efectuada por ellos, queda rigurosamente excluida. “Remanente por la elección de gracia”, significa una elección incondicional, resultado del favor soberano de Dios. En resumen, es una elección absolutamente gratuita.

“Pues considerad, hermanos, vuestro llamamiento: No sois muchos sabios según la carne, ni muchos poderosos, ni muchos nobles. Más bien Dios ha elegido lo necio del mundo para avergonzar a los sabios, y lo débil del mundo Dios ha elegido para avergonzar a lo fuerte. Dios ha elegido lo vil del mundo y lo menospreciado; lo que nos es, para deshacer lo que es, a fin de que nadie se jacte delante de Dios” (1Cor.1:26-29). Por tres veces en este pasaje se hace referencia a la elección de Dios, y elección supone necesariamente selección, es decir, tomar a unos y dejar a otros. Quien escoge aquí es Dios mismo. Se da una definición del número escogido: “no muchos sabios según la carne, no muchos poderosos, no muchos nobles, son llamados“. Esto es cuanto al hecho de la elección de Dios; a continuación obsérvense los objetos de su elección.

Aquellos de quienes se ha hablado como escogidos de Dios son “lo débil del mundo, lo vil del mundo, y lo menospreciado“. Pero ¿por qué? Para demostrar y engrandecer Su gracia. Tanto los caminos de Dios como sus pensamientos están en absoluta contraposición a los del hombre. La mente carnal hubiera supuesto que la selección habría de hacerse de entre las filas de los opulentos e influyentes, los amables y cultos, de modo que el cristianismo ganara la

aprobación y el aplauso del mundo por su pompa y su gloria carnal. Pero ¡ah! “lo que entre los hombres es sublime, delante de Dios es abominación” (Luc.16:15) Dios escoge lo “vil“. Así lo hizo en tiempos del Antiguo Testamento. La nación que escogió para ser depositaria de Sus sagrados oráculos y canal por el cual vendría la Simiente prometida, no fue el antiguo Egipto, ni la imponente Babilonia, ni la altamente civilizada y culta Grecia. No; el pueblo sobre el que Jehová puso su amor y consideró como “la niña de Su ojo” fue el de los despreciados hebreos. Así lo hizo también cuando nuestro Señor habitó entre los hombres. Aquellos a quienes recibió en su agradable intimidad y encargó que salieran como embajadores Suyos, eran, en su mayor parte, pescadores “ignorantes“. Así a sido siempre desde entonces. Y el propósito de la elección de Dios, la razón de ser de la selección, es “que ninguna carne se gloríe en su presencia“. No habiendo nada remunerable en los objetos que El eligió, toda la alabanza ha de ser tributada libremente a las riquezas abundantes de Su infinita gracia.

“Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, quien nos ha bendecido en Cristo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales. Asimismo nos escogió en él desde antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de él . En amor nos predestino por medio de Jesucristo para adopción como hijos suyos, según el beneplácito de su voluntad. En el también recibimos herencia, habiendo sido predestinados según el propósito de aquel que realiza todas las cosas conforme al consejo de su voluntad” (Ef.1:3-5,11). Asimismo descubrimos aquí el motivo que le impulsó. Fue por amor que nos predestinó para la adopción de hijos por Jesucristo a sí mismo“; declaración que refuta la frecuente e impía acusación de que es tiránico e injusto que Dios decida el destino eterno de sus criaturas antes de que nazcan. Finalmente, se informa aquí que en cuanto a esto no tuvo consejo con nadie, sino que somos “predestinados según el puro afecto de su voluntad“.

“Pero nosotros debemos dar gracias a Dios siempre por vosotros, hermanos amados del Señor, de que Dios os haya escogido desde el principio para salvación, por la santificación del Espíritu y fe en la verdad“. (2Tes.2:13). Hay aquí tres cosas que merecen especial atención. Primeramente, el hecho de que se nos dice explícitamente que los elegidos de Dios son “escogidos para salvación“. No podría darse un lenguaje más explícito. ¡Cuán sumariamente eliminan esta palabra los sofismas y equívocos de los que pretenden que la elección se refiere solamente a privilegios externos o categoría en el servicio! Es para “salvación” que Dios nos ha escogido. En segundo lugar, se nos advierte aquí que la elección para salvación no menosprecia el empleo de los medios apropiados: la salvación se alcanza por medio de la “santificación del Espíritu y fe de la verdad“. No es cierto que, porque Dios ha escogido a uno para salvación, este sea salvo a la fuerza, tanto si cree como si no: en ninguna parte lo representan así las Escrituras. El mismo Dios que predestinó el fin, designó también los medios; el mismo Dios que “escogió para salvación”, decretó que su propósito habría de realizarse a través de la obra del Espíritu y la fe de la verdad. En tercer lugar, que Dios nos haya escogido para salvación, es causa profunda de fervientes alabanzas. Nótese cuán enérgicamente lo expresa el apóstol: Debemos dar gracias a Dios siempre por vosotros, hermanos amados del Señor, de que Dios os haya escogido desde el principio para salvación“. En lugar de retroceder horrorizado ante la doctrina de la predestinación, el creyente, cuando ve esta bendita verdad según se muestra en la Palabra, descubre un motivo sin par de gratitud y acción de gracias, sólo superado por el don inexplicable de la bendita Persona del Redentor.

“Fue él quien nos salvó y nos llamó con santo llamamiento, no conforme a nuestras obras, sino conforme a su propio propósito y gracia, la cual nos fue dada en Cristo Jesús antes del comienzo del tiempo“. (2Tim.1:9), ¡Cuán claro y preciso es el lenguaje de la Sagrada

Escritura! Es el hombre quien, con sus palabras, oscurece el consejo. Es imposible presentar el caso más claramente, o más enérgicamente que como se manifiesta aquí. Nuestra salvación no es “conforme a nuestras obras”; es decir, no es debida a nada que haya en nosotros, ni recompensa de algo que nosotros hayamos hecho, sino que es el resultado del propio “intento y gracia” de Dios, gracia que nos fue dada en Cristo Jesús antes del comienzo del tiempo. Es por gracia que somos salvos, y en el propósito de Dios esta gracia nos fue otorgada, no solamente antes de que viéramos la luz, o de que Adán cayera, sino aun antes de aquel lejano “principio” de Génesis 1:1; Y en esto se funda el consuelo inexpugnable del pueblo de Dios. ¡Si su elección a sido desde la eternidad durará hasta la eternidad!.

“Elegidos conforme al previo conocimiento de Dios Padre por la santificación del Espíritu, para obedecer a Jesucristo y ser rociados con su sangre” (1Ped.1:2). Nuevamente vemos aquí que la elección del Padre precede a la obra del espíritu Santo en los que son salvos, y a su obediencia por fe. De esta forma, apoyándose en el soberano afecto del Todopoderoso, la elección es preservada por completo de todo intento humano. “el previo conocimiento de Dios el Padre” nos se refiere aquí a su previo conocimiento de todas las cosas, sino a que en la mente de Dios todos los santos estaban eternamente presentes en Cristo. Dios no “previó” que ciertas personas cuando oyeran el Evangelio lo creerían independientemente del hecho de haberlas “designado” para vida eterna“. Lo que el previo conocimiento de Dios vio en todos los hombres fue amor al pecado y odio hacia El. El “previo conocimiento” de Dios está basado en sus propios decretos, según se desprende claramente de Hechos 2:23; “A éste, que fue entregado por el predeterminado consejo y el previo conocimiento de Dios, vosotros matasteis clavándole en una cruz por manos de inicuos“; nótese el orden aquí: primeramente el “predeterminado consejo” (su decreto), y en segundo lugar “y previo conocimiento“. De nuevo en Romanos 8:28,29; “Sabemos que a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conforme a la imagen de su Hijo”, la primera palabra aquí, “sabemos”, nos remite al versículo precedente, que en su última cláusula dice: “a los que son llamados conforme a su propósito“; éstos son los que “antes conoció y predestinó“. Finalmente es necesario indicar que, cuando leemos en la Escritura que Dios “conoce” a ciertas personas, esta palabra se usa en el sentido de conocer con aprobación y amor: “Pero si alguien ama a Dios, tal persona es conocida por él” (1Cor.8:3). A los hipócritas, Cristo dirá un día: “Nunca os conocí“; nunca los amó. “Elegidos según el previo conocimiento de Dios Padre” significa, pues, escogidos por El como objeto especial de su aprobación y amor.

Resumiendo las enseñanzas de estos siete pasajes aprendemos: Que Dios “ha designado para vida eterna” a ciertas personas; y que, como consecuencia de su designación, ellos, a su debido tiempo, “creen“. Que la designación para salvación que Dios hace de sus elegidos no se debe a nada bueno ni a mérito alguno en ellos, sino exclusivamente a su “gracia“. Que Dios ha escogido a propósito los objetos más inadecuados para ser los recipientes de sus favores especiales, “a fin de que nadie se jacte delante de Dios“. Que Dios escogió a su pueblo en Cristo antes de la fundación del mundo, no porque fueran santos, sino para que “fuesen santos y sin mancha delante del él“. Que habiendo elegido a muchos para salvación, decretó también los medios por los cuales su eterno consejo había de prevalecer. Que la propia “gracia” por la cual somos salvos nos fue “dada en Cristo Jesús antes de la fundación del mundo” en el propósito de Dios. Que mucho antes de ser efectivamente creados, los elegidos de Dios estaban presentes en su mente, y eran “ya conocidos” por El, es decir, eran objeto definido de su eterno amor.

Antes de pasar a la siguiente división de este capítulo, es conveniente que digamos unas palabras mas respecto a las personas objeto de la gracia de la predestinación. Volvemos a este

terreno, porque es en esta punto donde la doctrina de la soberanía de Dios en la predestinación de ciertos individuos para salvación es más frecuentemente atacada. Los que pervierten esta verdad procuran invariablemente hallar alguna causa aparte de la voluntad de Dios que lo mueva a conceder la salvación a los pecadores. Se atribuye a la criatura una cosa u otra que le dé derecho a recibir misericordia de manos del Creador. Volvemos entonces a la pregunta: ¿Por qué escogió Dios a quienes escogió?

¿Qué había en los propios elegidos para que atrajeran a ellos el corazón de Dios? ¿Fue porque poseían ciertas virtudes?, ¿porque tenían corazones generosos, temperamento apacible, hablar sincero? Resumiendo, ¿los escogió Dios porque eran “buenos”? No; pues nuestro Señor dijo: “Hay uno solo que es bueno, Dios” (Mat.19:17). ¿Fue a causa de alguna buena obra que hubiesen hecho? No; pues está escrito: “No hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno” (Rom.3:12). ¿Fue porque demostraron interés y celo en buscar a Dios? No; pues también está escrito: “No hay quien busque a Dios” (Rom.3:11). ¿Fue porque Dios previó que creerían? No; pues, como pueden creer en Cristo los que están “muertos en delitos y pecados”? ¿Cómo podía Dios conocer previamente que algunos hombres serían creyentes, cuando la fe era imposible para ellos? La Escritura declara que “Creemos por la gracia” (Hech.18:27, versión revisada 1960). La fe es el don de Dios, y fuera de este don nadie creería. La causa de Su elección, pues, se fundamenta en El y no en los objetos elegidos. Escogió a quienes escogió simplemente porque decidió escogerlos.

“Hijos somos por divina elección,
Los que en Cristo Jesús salvados fuimos;
Por eterno designio e intención
La gracia soberana recibimos.
¡Tu amor, Señor, y tu misericordia
Otorgan a la vez favor y gloria!”

(De The Gospel Magazine, 1777)

La soberanía de Dios Hijo en la salvación.

¿Por quién murió Cristo? Seguramente no hace falta argumentar sobre el hecho de que el Padre tenía un propósito concreto al entregarlo a la muerte, o que Dios Hijo tenía un designio definido ante El al poner su vida: “dice el Señor que hace estas cosas, que son conocidas desde la eternidad” (Hech.15:18). ¿Cuál era, pues, el propósito del Padre y el designio de Hijo? Respondemos: Cristo murió por “los escogidos de Dios”.

No olvidemos el hecho de que el designio limitado en la muerte de Cristo ha sido tema de muchas controversias -¿hay alguna gran verdad revelada en la Escritura que no lo haya sido?-. Ni olvidemos tampoco que todo lo que está relacionado con la persona y la obra de nuestro bendito Señor ha de ser tratado con la máxima reverencia, y que un “Así dice Jehová” ha de ser usado en apoyo de todas las afirmaciones que hagamos. Nuestra apelación será a la Ley y el Testimonio.

¿Por quién murió Cristo? ¿Quiénes eran aquellos quienes se propuso redimir en el derramamiento de Su sangre? No hay duda de que El Señor Jesús tenía un designio absoluto en El cuando fue a la cruz. Si lo tenía, se deduce por necesidad que el alcance abarcado por dicho propósito tenía un límite, pues una determinación o propósito absoluto de Dios es preciso que se cumpla. Si la determinación absoluta de Cristo abarcara a toda la humanidad, entonces toda la

humanidad ciertamente se salvaría. Para escapar a esta inevitable conclusión, muchos han afirmado que no había tal determinación absoluta ante Cristo, que en su muerte se hizo una mera provisión condicional de salvación para toda la humanidad. La refutación de semejante afirmación se halla en las promesas hechas por el Padre a su Hijo antes que él fuera a la cruz, más aún, antes de su encarnación. Las escrituras del Antiguo Testamento presentan al Padre prometiendo al Hijo cierta recompensa por sus sufrimientos en sustitución por los pecadores. Al llegar a este punto nos limitaremos a una o dos declaraciones registradas en el conocidísimo capítulo 53 de Isaías. Allí encontramos que la Palabra dice: “Cuando se haya puesto su vida como sacrificio por la culpa, verá descendencia. Vivirá por días sin fin, y la voluntad de Jehová será en su mano prosperada. A causa de la angustia de su alma, verá la luz y quedará satisfecho. Por su conocimiento mi siervo justo justificará a muchos” (vs.10 y 11). Sin embargo, aquí debemos detenernos y preguntar: ¿Cómo podría ser cierto que Cristo “verá descendencia” y que “A causa de la angustia de su alma, verá la luz y quedará satisfecho”, a menos que la salvación de ciertos miembros de la raza humana hubiera sido divinamente decretada y por tanto fuera segura? ¿Cómo podría ser cierto que Cristo “justificará a muchos”, si no había una provisión efectiva de que algunos le recibirían como su Salvador? Por otro lado, insistir en que el Señor Jesús se propuso realmente la salvación de toda la humanidad, es acusarle de aquello que ningún ser humano inteligente debe cometer, por ejemplo proponerse algo que en virtud de su omnisciencia sabía que nunca ocurriría. Por ello, la única alternativa que nos queda es que, en lo referente al propósito predeterminado de su muerte, Cristo murió solamente por los elegidos. Resumiéndolo en una frase, que esperamos será inteligible para todo lector, diremos que Cristo no murió para hacer posible la salvación de toda la humanidad, sino para hacer segura la salvación de todos los que el Padre le ha dado. Cristo murió, no simplemente para hacer que los pecados fuesen perdonables, sino “para quitar el pecado” mediante el sacrificio de sí mismo” (Heb.9:26).

1.- El designio limitado de la expiación se deduce, necesariamente, de la elección eterna de ciertos individuos para salvación hecha por el Padre. Las Escrituras nos cuentan que, antes que el Señor se encarnara, dijo: “¡Heme aquí para hacer, oh Dios tu voluntad!” (Heb.10:7), y después de haberse encarnado declaró: “Porque yo he descendido del cielo, no para hacer la voluntad mía, sino la voluntad del que me envió” (Juan 6:38). Por tanto, si Dios desde el principio había escogido a ciertas personas para salvación, se concluye que, por estar la voluntad de Cristo de perfecto acuerdo con la voluntad del Padre, no procuraría ampliar su elección. Lo que acabamos de decir no es simplemente una deducción meritoria nuestra, sino que está en estrecha armonía con las enseñanzas explícitas de la Palabra. Una y otra vez nuestro Señor se refirió aquellos que el Padre le había “dado” y por los cuales tenía especial interés. Así dijo: “Todo lo que el Padre me da vendrá a mí, y al que a mí viene, jamás le echaré fuera. Y ésta es la voluntad del que me envió: que yo no pierda nada de todo lo que me ha dado, sino que lo resucite en el día final” (Juan 6:37,39). Y asimismo: “Jesús habló de estas cosas, y levantando los ojos al cielo, dijo: <Padre, la hora ha llegado. Glorifica a tu Hijo para que tu Hijo te glorifique a ti. He manifestado tu nombre a los hombres que del mundo me diste. Tuyos eran, y me los diste; y han guardado tu palabra...Yo ruego por ellos. No ruego por el mundo, sino por los que me has dado; porque tuyos son. Padre quiero que donde yo esté, también estén conmigo aquellos que me has dado, para que vean mi gloria que me has dado, porque me has amado desde antes de la fundación del mundo>” (Juan 17:1, 2, 6, 9,24). Antes de la constitución del mundo, el Padre predestinó un pueblo para ser hecho conforme a la imagen de su Hijo, y la muerte y resurrección del Señor Jesús tuvo por objeto llevar a cabo el propósito divino.

2.-La propia naturaleza de la expiación demuestra que, en su aplicación a los pecadores, estaba limitada en el propósito de Dios. La expiación de Cristo puede considerarse desde dos puntos de vista principales: para con Dios y para con el hombre.. Para con Dios, la obra de Cristo en la cruz fue una propiciación, un aplacamiento de la ira divina, una satisfacción dada a la justicia y a la santidad divinas. Para con el hombre, fue una sustitución, por la que el inocente tomó lugar del culpable, por la que el justo murió por el injusto. Sin embargo una estricta sustitución por la que una persona ocupa el lugar de otras y recibe voluntariamente el castigo le da, por parte del sustituto y por parte de aquel que ha de ser propiciado, el reconocimiento concreto de las personas por las que dicho sustituto actúa, cuyos pecados lleva, y cuyas obligaciones legales cumple. Y si el legislador acepta la satisfacción que el sustituto hace, aquellos en cuyo lugar el sustituto actúa, cuyo lugar El ocupa, han de ser necesariamente absueltos. Si estoy en deuda y no puedo pagarla, y otro se presenta y paga a mi acreedor todo el importe, y se le entrega un recibo que así lo declara, a ojos de la ley mi acreedor ya no tiene derecho alguno sobre mí. En la cruz, el Señor Jesús se dio en rescate, y la tumba vacía tres días después dio testimonio de que este rescate había sido aceptado por Dios. El asunto que deseamos plantear aquí es: ¿Por quién fue ofrecido este rescate? Si fue ofrecido por toda la humanidad, la deuda en que todo hombre ha incurrido ha quedado saldada. Si Cristo llevó en su propio cuerpo en el madero los pecados de todos los hombres sin excepción, ninguno perecerá. Si Cristo fue “hecho maldición” por toda la raza de Adán, ninguno será finalmente condenado. “Dios no puede exigir el pago dos veces, primero de la mano de mi Sustituto agonizante, y más tarde de la mía“. Pero Cristo no satisfizo la deuda de todos los hombres sin excepción; hay algunos que serán “echados en prisión“² (comp. 1Ped.3:19 donde aparece la misma palabra griega para “prisión“), y “jamás saldrás de allí hasta que pagues el último cuadrante” (Mat.5:26), lo cual jamás ocurrirá. Cristo no llevó los pecados de toda la humanidad, pues hay algunos que “mueren en su pecado” (Juan 8:21), y cuyo “pecado permanece” (Juan 9:41). Cristo no fue “hecho maldición” por toda la raza de Adán, pues hay algunos a quienes dirá: “apartaos de mi, malditos” (Mat.25:41). Decir que Cristo murió por todos sin excepción, decir que se hizo sustituto y fiador de toda la raza humana, decir que padeció en lugar de toda la humanidad y en favor de ella, es decir que “llevó la maldición de muchos que ahora la llevan personalmente; que padeció el castigo por muchos que ahora levantan sus ojos en el infierno, estando en tormentos; que pagó el precio de la redención por muchos que, sin embargo, aún pagarán en su propia angustia eterna “la paga del pecado, que es muerte” (G.S.Bishop). Debemos decir, como dice la Escritura, que Cristo fue herido por las transgresiones del pueblo de Dios, decir que dio su vida por las ovejas, que dio su vida en rescate por muchos, es decir que el realizo una expiación que expía plenamente; que pagó un precio que rescata eficazmente; que fue puesto como propiciación que realmente propicia; y que es un Salvador que en verdad salva.

3.-Intimamente relacionada con lo que acabamos de decir, es Dios” y en confirmación de ello, está la enseñanza de la escritura referente al sacerdocio de nuestro Señor. Sabemos que Cristo intercede ahora como Gran Sumo Sacerdote. Pero ¿por quién intercede?; por toda la raza humana, o solamente por su propio pueblo? La respuesta que el Nuevo Testamento da a esta pregunta es tan clara como un rayo de sol. Nuestro Salvador ha entrado en el cielo personalmente “para presentarse ahora por nosotros en la presencia de Dios” (Heb.9:24), es decir, por los que son “participantes del llamamiento celestial” (Heb.3:1). Y asimismo está escrito: “Por esto también puede salvar por completo a los que por medio de El se acercan a Dios, puesto que vive para siempre para interceder por ellos.” (Heb.7:25). Esto concuerda estrictamente con el tipo del Antiguo Testamento. Después de dar muerte al animal del sacrificio, Aarón entraba en el lugar

Santísimo como representante del pueblo de Dios: eran los nombres de las tribus de Israel los que estaban grabados en su pectoral, y era representando los intereses de ellos que aparecía delante de Dios. Con esto concuerdan las palabras de nuestro Señor en Juan 17:9: “Yo ruego por ellos. No ruego por el mundo, sino por los que me has dado; porque tuyos son“. Otro texto que merece cuidadosa atención en este aspecto se haya en Romanos 8. En el versículo 33 se formula la siguiente pregunta: “¿Quién acusará a los escogidos de Dios?; y a continuación sigue la respuesta inspirada: “El que justifica es Dios“. ¿Quién es el que condenará? Cristo es el que murió; más aún. el que también resucitó, quien además está a la diestra de Dios, el que también intercede por nosotros“. ¡Nótese particularmente que la muerte e intercesión de Cristo tiene un mismo objeto! Como fue en el tipo, también es el antitipo: la expiación y la súplica son coextensivas. Por tanto, si Cristo intercede sólo por los escogidos, y “no por el mundo”, es que murió solamente por ellos.

4.- El número de los que comparten los beneficios de la muerte de Cristo está determinado, no solamente por la naturaleza de la expiación y el sacerdocio de Cristo, sino también por su poder. Si se reconoce que Aquél que murió en la cruz era Dios manifestado en carne, se deduce de modo inevitable que Cristo llevaría a cabo su intento; que lo que se propuso lo logrará; que conseguirá aquello en que puso su voluntad y ánimo. Si el Señor Jesús posee toda potestad en los cielos y en la tierra, nadie puede entonces resistir eficazmente a Su voluntad. Quizá se diga: Esto es cierto en sentido abstracto, pero Cristo se niega a ejercer este poder, ya que jamás forzará a nadie a recibirle como Salvador. En cierto sentido esto es verdad, pero en otro es positivamente falso. La salvación de cualquier pecador entra, a pesar de todo, dentro de la esfera del poder divino. Por naturaleza, el pecador está enemistado con Dios, y nada sino el poder divino actuando en él puede vencer esta enemistad; por esto está escrito: “Nadie puede venir a mi, a menos que el Padre que me envió lo traiga” (Juan 6:44). Es el poder divino venciendo la enemistad innata del pecador lo que hace que este quiera venir a Cristo para tener vida. Mas esta enemistad no es vencida en todos; ¿por qué? ¿Es acaso porque la enemistad es demasiado rebelde para ser superada? ¿Hay quizá corazones tan endurecidos contra Cristo, que El es incapaz de forzar la entrada? Responder en sentido afirmativo sería negar su omnipotencia. En último análisis no es cuestión de que el pecador quiera o no quiera, pues por naturaleza ninguno quiere. El querer venir a Cristo es el resultado final del poder divino actuando en el corazón y la voluntad del hombre, y venciendo la enemistad” humana inherente y crónica, como está escrito: “En el día de tu poder, tu pueblo se te ofrecerá voluntariamente en la hermosura de la santidad” (Sal.110:3). Decir que Cristo no puede ganar para sí a los que no quieren es negar que le ha sido dada toda potestad en los cielos y en la tierra. Decir que Cristo no puede usar su poder sin destruir la responsabilidad del hombre, es dar por sentado lo discutible, pues El ha usado este poder suyo y ha hecho que quisieran los que han venido a El. Y si hizo esto sin destruir su responsabilidad, ¿por qué “no puede” hacerlo con otros? Si puede ganar el corazón de un pecador para sí, ¿por qué no el de otro? Decir, como generalmente se hace que los otros no le dejan es poner en tela de juicio Su suficiencia. Todo esto es cuestión de Su voluntad. Si el Señor Jesús ha decretado, deseado, resuelto la salvación de toda la humanidad, es que toda la raza humana será salva, pues de lo contrario, carecería del poder suficiente para hacer que se cumpliesen Sus propósitos; y en tal caso, nunca podría decirse “A causa de la angustia de su alma, verá luz y quedará satisfecho“. La cuestión que se debate afecta a la Deidad misma del Salvador, pues un Salvador derrotado no puede ser Dios.

Habiendo repasado algunos de los principios generales que exigen que creamos que la muerte de Cristo fue limitada en su designio, pasamos ahora a considerar algunas de las

declaraciones explícitas de la Escritura que lo afirma de modo expreso. En aquel maravilloso e incomparable capítulo 53 de Isaías, Dios nos dice en relación a Su Hijo “Por medio de la opresión y del juicio fue quitado. Y respecto a su generación, ¿quién la contará?. Porque él fue cortado de la tierra de los vivientes, y por la trasgresión de mi pueblo fue herido” (v.8). En perfecta armonía con esto fue la palabra del ángel a José” y llamarás su nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados” (Mat.1:21), es decir, no únicamente a Israel, sino a todos los que el Padre le había “dado“. Nuestro Señor declaró: “El Hijo del hombre no vino para ser servido, sino para servir y para dar su vida en rescate por muchos” (Mat.20:28) Pero ¿por qué se dice “por muchos”, si todos sin excepción están redimidos? Fue a “Su pueblo” a quien “redimió” (Luc.1:68). Fue por “las ovejas”, y no por “los cabritos”, que el Buen Pastor dio Su vida (Juan 10:11). Fue la “Iglesia de Dios” lo que compró con Su propia sangre (Hech.20:28).

Si hay un texto en que especialmente desearíamos basar esta posición es el de Juan 11:49-52. Se nos dice que “Caifás, uno de ellos, sumo pontífice aquel año, les dijo: <Vosotros no sabéis nada, no consideráis que os conviene que un solo hombre muera por el pueblo, y no que perezca toda la nación>. Pero esto no lo dijo de sí mismo; sino que, como era el sumo sacerdote de aquel año, profetizó que Jesús había de morir por la nación, y no solamente por la nación, sino también para reunir en uno a los hijos de Dios que estaban esparcidos“. Se nos dice aquí que Caifás ” no lo dijo de sí mismo” -es decir, como en tiempos del Antiguo Testamento (véase 2Ped.1:21)-, su profecía no tenía su origen en él, sino que habló siendo movido del Espíritu Santo; de esta manera, el valor de lo que dijo queda cuidadosamente preservado, y garantizada la procedencia divina de esta revelación. Además, se nos declara aquí concretamente que Cristo murió por “aquella nación”, es decir, Israel, y también por el Un Cuerpo, Su Iglesia, pues es en la Iglesia que los hijos de Dios (“derramados” entre las naciones) están siendo ahora “juntados en uno“. ¿Y no es notable que los miembros de la Iglesia sean aquí llamados “hijos de Dios” aun antes que Cristo muriese, y por tanto antes de que comenzara a edificar Su Iglesia? La inmensa mayoría de ellos aún no habían nacido, pero eran considerados como “hijos de Dios“; hijos de Dios porque habían sido escogidos en Cristo antes de la fundación del mundo, y por tanto “predestinados para ser adoptados hijos por Jesucristo mismo” (Ef.1:4,5). De manera semejante, Cristo dijo: “Tengo (no dice “tendré“) otras ovejas que no son de este redil” (Juan 10:16).

Si hubo un momento en que el verdadero designio de la Cruz llenaba de manera suprema el corazón y las palabras de nuestro bendito Salvador, fue durante la última semana de su ministerio en la tierra. ¿Qué dicen, pues, los textos que tratan de esta porción de su ministerio en relación con lo que estamos estudiando? Dicen: “sabiendo Jesús que había llegado su hora para pasar de este mundo al Padre, como había amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin” (Juan 13:1). “Por ellos yo me santifico a mi mismo, para que ellos también sean santificados en la verdad” (Juan 17:19); lo cual significa que, por causa de los suyos, los que el Padre le había “dado”, se separó para la muerte en la cruz. Uno desea preguntar: ¿Por qué tal distinción de términos si Cristo murió por todos los hombres sin discriminación?.

Antes de concluir esta sección del presente capítulo consideraremos brevemente unos cuantos de aquellos pasajes que más enérgicamente parecen enseñar un designio ilimitado en la muerte de Cristo. En 2Corintios 5:14 leemos: “Uno murió por todos“. Pero esto no es todo lo que la porción afirma. Si se examina cuidadosamente el versículo y todo el pasaje de donde se citan estas palabras, se descubrirá que, en vez de enseñar una expiación ilimitada, constituye un enfático argumento de que hay un designio ilimitado en la muerte de Cristo. El versículo entero dice: “Porque el amor de Cristo nos impulsa, considerando esto: que uno murió por todos; por consiguiente, todos murieron“. Conviene indicar que en el texto griego hay un artículo

determinado antes del último “todos”, y que el verbo aquí está en tiempo aoristo y por tanto debe decir: “Considerando esto, que uno murió por todos; por consiguiente, todos murieron“. El apóstol está aquí sacando una conclusión, según se deduce de las palabras “considerando esto“: Que si...luego todos...” Lo que quiere decir que aquellos por quienes uno murió son considerados, judicialmente, como habiendo muerto también. El versículo siguiente prosigue diciendo: “Y el murió por todos para que los que viven ya no vivan más para sí, sino para aquel que murió y resucitó por ellos“. No solamente murió, sino que “resucitó”, cosa que también hicieron “todos” aquellos por quienes murió, pues aquí se dicen que “viven“. Aquellos en lugar de quienes un sustituto actúa son considerados legalmente como si actuasen ellos en persona. Ante la ley, el sustituto y aquellos a quienes representa son una misma cosa. Así es a los ojos de Dios. Cristo fue identificado con su pueblo y su pueblo fue identificado con El; por lo cual, cuando El murió, ellos murieron (judicialmente), y cuando resucitó, ellos resucitaron también. Pero además se nos dice en este pasaje (v.17) Que si algunos está en Cristo, nueva criatura es; ha recibido una nueva vida, no sólo ante los ojos de la ley, sino también efectivamente; por lo cual, los “todos” por quienes Cristo murió reciben aquí el mandato de vivir en adelante no ya para sí, “mas para aquel que murió y resucitó por ellos“. Dicho de otro modo, los que pertenecen a este “todos”, por quienes Cristo murió, son exhortados aquí a manifestar prácticamente en sus vidas diarias lo que ahora son ante la ley: han de vivir “para Cristo que murió por ellos“. Así se nos define el “uno murió por todos“. Los todos por quienes Cristo murió son “los que viven”, y a quienes aquí se manda que vivan “para El“. Este pasaje enseña, pues, tres verdades importantes que, para mejor mostrar su alcance, mencionaremos en orden inverso: se exhorta aquí a ciertas personas a no vivir ya para ellas sino para Cristo. Aquellos a quienes va dirigida esta exhortación son “los que viven”, es decir, viven espiritualmente, o sea a los hijos de Dios, pues únicamente ellos de entre toda la humanidad, poseen vida espiritual, estando los demás muertos en delitos y pecados. Los que en verdad así viven son aquellos,, “los todos”, por quienes Cristo murió y resucitó. Este pasaje enseña, por tanto, que Cristo murió por todo su pueblo, los escogidos, los que el Padre le Dios. Que como resultado de Su muerte (resurrección “por ellos“), “viven” (SIENDO LOS ESCOGIDOS LOS únicos que “viven” realmente de esta manera); y que esta vida que ya tienen a través de Cristo ha de ser vivida “para El“; el amor de Cristo debe ahora “impulsarles“.

“Porque hay un Dios, asimismo un mediador entre Dios y los hombres (no dice “el hombre”, pues esto habría sido un término general y significado la humanidad. ¡Qué precisión la de la Sagrada Escritura), Jesucristo hombre“; “quién se dio a sí mismo en rescate por todos, de lo cual se dio testimonio a su debido tiempo” (1Tim.2:5,6). Lo que quisiéramos comentar ahora son las palabras “quién se dio a sí mismo en rescate por todos“. En la Biblia la palabra “todos” (cuando se aplica a la humanidad) se emplea en dos sentidos: absoluto y relativo. En algunos pasajes significa todos sin excepción; en otros significa todos sin distinción. El contexto y la comparación con textos paralelos son los que han de decidir cuál de estos significados tiene en un pasaje dado. El hecho de que la palabra “todos” se usa en un sentido relativo y restringido, y en tal caso significa todos sin distinción y no todos sin excepción, se deduce claramente de cierto número de textos, entre los cuales escogemos dos o tres como muestra. “Y salía a él toda la provincia de Judea y todos los de Jerusalén; y eran bautizados por él en el río Jordán, confesando su pecados” (Mar.1:5). ¿Significa esto que todo hombre, mujer y niño de “toda la provincia de Judea, y los de Jerusalén” eran bautizados por Juan en el Jordán? Claro que no. Lucas 7:30 dice claramente: “Pero los fariseos y los intérpretes de la ley rechazaron el propósito de Dios para ellos, no siendo bautizados por él“. Entonces, ¿qué significa “y eran todos bautizados por él“?

Respondemos que no significa todos sin excepción, sino todos sin distinción, es decir, toda clase de hombres. La misma explicación se aplica a Lucas 3:21. Leemos ahora: “Y por la mañana volvió al templo, y todo el pueblo venía a él; y sentado les enseñaba” (Juan 8:2) ¿hemos de entender esta expresión absoluta o relativamente? ¿Significa “todo el pueblo” todos sin excepción, o todos sin distinción, es decir, toda clase de personas? Evidentemente lo segundo ya que el templo no podía acomodar a todos los que estaban en Jerusalén en aquel momento, o sea en la Fiesta de los Tabernáculos. Asimismo leemos en Hechos 22:15: “Porque serás testigo suyo ante los todos hombres de lo que has visto y oído“. Evidentemente “todos los hombres” no significa aquí todos los miembros de la raza humana. Afirmemos, pues, que las palabras “quién se dio a sí mismo en rescate por todos” (1Tim.2:6), significan todos sin distinción, y no todos sin excepción. El se dio a sí mismo en precio del rescate por todas las nacionalidades, de todas las generaciones, de todas las clases, en resumen por todos los elegidos, según leemos en Apocalipsis 5:9; “Porque tu fuiste inmolado y con tu sangre has redimido para Dios gente de toda raza, lengua, pueblo y nación“. El hecho de que esto no es una definición arbitraria del “todos” de nuestro pasaje se demuestra en Mateo 20:28, donde leemos: “De la misma manera, el Hijo del hombre no vino para ser servido, sino para servir y dar su vida en rescate por muchos”, limitación que carecería por completo de significado si El se hubiera dado a sí mismo en precio del rescate por todos sin excepción. Además, han de tenerse en cuenta aquí las palabras que limitan “de lo cual se dio testimonio a su debido tiempo“. Si Cristo se dio a sí mismo en precio del rescate por toda la raza humana, ¿en qué sentido será esto “testimonio a su debido tiempo”, si multitud de hombres se perderán, de cierto, eternamente?. Pero si nuestro texto significa que Cristo se dio a sí mismo en precio del rescate por los escogidos de Dios, por todos sin distinción de nacionalidad, posición social, moralidad, edad o sexo, entonces, el significado de estas palabras calificativas es perfectamente inteligible, pues “a su debido tiempo” esto será “testimonio” en la salvación real y efectiva de cada uno de ellos.

“Sin embargo, vemos a Jesús, quien por poco tiempo fue hecho menor que los ángeles, coronado de gloria y honra por el padecimiento de la muerte, para que por la gracia de Dios gustase la muerte por todos” (Heb.2:9). Este pasaje no ha de detenernos mucho tiempo. En el texto griego, la frase está expresada en forma abstracta; “todos” no quiere decir “todos los hombres”, pues no hay ninguna palabra que corresponda a “hombre“. Algunos suponen que debería decir “todas las cosas” (es decir: “gustó la muerte por todas las cosas“), pero consideramos que esto sería una equivocación. Nuestra opinión es que las palabras que siguen a continuación explican nuestro texto: “Porque le convenía a Dios -por causa de quien y por medio de quien son todas las cosas- perfeccionar al Autor de la salvación de ellos“. Aquí el apóstol habla de “hijos”, y nosotros sugerimos la elipsis³ de la palabra “hijos” de la siguiente manera: “Gustó la muerte por todos”, añadiéndose a continuación “los hijos” en bastardilla. Así, en vez de enseñar el designio ilimitado en la muerte de Cristo, (Heb.2:9,10). Está en perfecto acuerdo con las demás porciones que hemos citado, y que ponen de relieve el propósito restringido de la expiación: fue por los “hijos” y no por la raza humana que nuestro Señor “gustó la muerte“.

Al terminar esta sección del presente capítulo, digamos que la única limitación en la expiación por la cual hemos contendido, es la limitación que procede de la soberanía pura, una limitación, no de valor y virtud, sino de designio y aplicación. Pasemos ahora a considerar... La soberanía del Espíritu Santo en la salvación.

Puesto que el Espíritu Santo es una de las tres personas de la bendita Trinidad, se refiere necesariamente que simpatiza plenamente con la voluntad y el designio de las otras Personas de la Divinidad. El propósito eterno del Padre en la elección, el designio limitado en la muerte del

Hijo, el alcance restringido de las operaciones del Espíritu Santo, concuerdan perfectamente. Si el Padre escogió a ciertas personas antes de la fundación del mundo y las dio a su Hijo, y si fue por ellas precisamente que Cristo se dio a sí mismo en precio de rescate, el Espíritu Santo no va a estar ahora actuando para “traer el mundo a Cristo“. La misión del Espíritu Santo en el mundo hoy es aplicar los beneficios del sacrificio redentor de Cristo. El asunto que ahora va a ocuparnos no es la extensión del poder del Espíritu Santo (sobre este punto no puede haber la menor duda de que es infinito); lo que procuraremos demostrar es que su poder y operaciones son dirigidos por la sabiduría y la soberanía divinas.

Acabamos de decir que el poder y las operaciones del Espíritu Santo son dirigidas por la sabiduría divina y su soberanía indiscutible. En prueba de esta afirmación, apelamos primeramente a las palabras de nuestro Señor a Nicodemo en Juan 3:8. “El viento de donde quiere sopla, y oyes su sonido; mas ni sabes de donde viene, ni a donde vaya: así es todo aquel que es nacido del Espíritu“. La comparación es doble: PRIMERAMENTE: Ambos son soberanos en sus acciones; y EN SEGUNDO LUGAR: ambos son misteriosos en sus operaciones.

La comparación se indica en la palabra “así“. El primer punto de comparación se observa en las palabras “donde quiere” o “gusta“; y el segundo se halla en las palabras “no sabes“. Como este último no es el que ahora interesa, pasaremos inmediatamente a considerar el primero.

“El viento de donde quiere sopla... así es todo aquel que es nacido del Espíritu“. El viento es un elemento que el hombre no puede sujetar ni detener. El viento no consulta la voluntad del hombre ni puede ser regulado por sus inventos. El viento sopla cuando quiere, donde quiere y como quiere. El viento es controlado por la sabiduría divina, pero, en lo que afecta al hombre, es absolutamente soberano en sus operaciones. Así sucede con el Espíritu. A veces el viento sopla tan suavemente que apenas mueve una hoja, mientras en otras ocasiones lo hace con tal violencia que su rugido puede oírse en la lejanía. Lo mismo ocurre con el nuevo nacimiento: en algunos casos el Espíritu Santo procede tan apaciblemente, que su obra es imperceptible para los espectadores humanos; en otros, su acción es tan poderosa, radical y revolucionaria, que sus operaciones son manifiestas a muchos. A veces el viento es puramente local en su alcance; en otras ocasiones su fuerza azota vastas áreas. Así es con el Espíritu: Hoy actúa en una o dos almas, mañana, como en Pentecostés, puede contristar el corazón de toda una multitud.. Pero ya actúa en pocos o en muchos, no consulta a hombre alguno. Actúa como desea. El nuevo nacimiento es debido a la voluntad soberana del Espíritu.

Cada una de las tres Personas de la bendita Trinidad tiene que ver con nuestra salvación: con el padre, la predestinación; con el Hijo, la propiciación; con el Espíritu, la regeneración. El Padre nos escogió; el Hijo murió por nosotros; el Espíritu nos da vida. El Padre pensó en nosotros; el Hijo derramó su sangre por nosotros, el Espíritu efectúa su obra dentro de nosotros. Es de la obra del Espíritu Santo que nos estamos ocupando ahora; de su obra en el nuevo nacimiento, y particularmente de sus operaciones soberanas en este hecho. El Padre quiso nuestro nuevo nacimiento; el Hijo lo hizo posible (por su “trabajo“); pero es el Espíritu quien lo llevó a cabo para que “sea nacido del Espíritu” (Juan 3:6).

El nuevo nacimiento es exclusivamente obra de Dios Espíritu Santo, y el hombre no tiene arte ni parte en su hecho. Esto se debe a la misma naturaleza del caso. El nacimiento excluye totalmente la idea de un esfuerzo o trabajo por parte del que nace. Personalmente no tenemos que ver con nuestro nacimiento espiritual mucho más que lo que tuvimos con el natural. El nuevo nacimiento es una resurrección espiritual, un “pasar de muerte a vida” (Juan 5:24), y, evidentemente, la resurrección está totalmente fuera del dominio del hombre. Un cadáver no

puede reanimarse a si mismo, por lo cual está escrito: “El Espíritu, es el que da vida; la carne nada aprovecha” (Juan 6:63). Pero el Espíritu no “da vida” a todo el mundo; ¿por qué?. La respuesta que suele darse a esta pregunta es: Porque no todo el mundo pone su confianza en Cristo. Se da por sentado que el Espíritu Santo da vida solamente a los que creen. Pero esto es poner el carro antes que el caballo. La fe no es la causa del nuevo nacimiento, sino la consecuencia del mismo. Esto no debiera precisar de argumentaciones. La fe (en Dios) es una planta exótica, algo que no se da en el corazón del hombre. Si la fe fuese producto natural del corazón, ejercicio de un principio común a la naturaleza humana, jamás se habría escrito “No es de todos la fe” (2Tes.2:3). La fe es una gracia espiritual, y puesto que los no regenerados están espiritualmente muertos, “muertos en delitos y pecados”, se sigue la imposibilidad de que la fe proceda de ellos, pues un hombre muerto no puede creer nada. “Así que, los que están en la carne no pueden agradar a Dios” (Rom.8:8); pero podrían, si fuera posible que la carne creyera. Con este texto que acabamos de citar compárese Hebreos 11:6. “Y sin fe es imposible agradar a Dios“. ¿Puede Dios “agradarse” o estar satisfecho con algo que no tenga su origen en Sí mismo?. El hecho de que la obra del Espíritu Santo precede a nuestra fe lo determina sin que podamos llamarnos a engaño 2Tes.2:13: “De que Dios os haya escogido desde el principio para salvación, por la santificación del Espíritu y fe en la verdad“. Nótese que “santificación del Espíritu” viene primero y hace posible la “fe en la verdad“. ¿Qué es, pues, la “santificación del Espíritu“? Respondemos: El nuevo nacimiento. En la Escritura, la “santificación” significa siempre “separación”, separación de algo y hacia algo o hacia alguien. Ampliemos ahora nuestra afirmación de que la “santificación del Espíritu” corresponde al nuevo nacimiento e indica el efecto de éste en cuanto a la posición de uno.

He aquí un siervo de Dios que predica el Evangelio a una congregación en la que hay un centenar de personas no salvas. Les presenta su estado de ruina y perdición según lo declara la Escritura; les habla de Dios, de Su carácter y de Sus justas exigencias; les explica que Cristo las satisface, que el Justo muere por el injusto, y les declara que por “este hombre” se predica ahora el perdón de los pecados. Termina insistiendo a los perdidos a que crean lo que Dios ha dicho en Su Palabra y reciban a su Hijo como único y suficiente Salvador. Ya acabó la reunión; la congregación se dispersa; noventa y nueve de los no salvos han rehusado venir a Cristo para que tengan vida, y salen hacia la noche sin esperanza y sin Dios en el mundo. Pero uno de los inconversos, el que completa los cien, ha oído la Palabra de vida; la simiente sembrada ha caído en terreno que había sido preparado por Dios; cree las Buenas Nuevas, y va a su casa gozándose en que su nombre está escrito en los cielos. “Ha nacido de nuevo”, y exactamente como un bebé recién nacido en el mundo natural, empieza su vida agarrándose instintivamente, en su impotencia, a su madre; así, esta alma recién nacida se ha aferrado a Cristo. De la misma manera que leemos: “Abrió el Señor” el corazón de Lidia “para que estuviese atenta a lo que Pablo decía” (Hech.16:14), así, en el caso que hemos supuesto, el Espíritu Santo dio vida a este pecador antes de que creyera el mensaje del Evangelio⁴. He aquí , pues, la “santificación del Espíritu“: esta alma que ha nacido de nuevo, en virtud de su nuevo nacimiento ha sido separada de las otras noventa y nueve. Los nacidos de nuevo son apartados por el Espíritu de los que están muertos en delitos y pecados.

Pero continuemos con 2Tes.2:13: “Pero nosotros debemos dar gracias a Dios siempre por vosotros, hermanos amados del Señor, de que Dios os haya escogido desde el principio para salvación, por la santificación del Espíritu y fe en la verdad“. El orden que siguen aquí los pensamientos es importantísimo y muy instructivo. Primeramente, la elección eterna de Dios; en segundo lugar, la santificación del Espíritu; y en tercer lugar, fe en la verdad. Precisamente se

hayan en el mismo orden que en 1Ped.1:2: “elegidos conforme el previo conocimiento de Dios Padre por la santificación del Espíritu, para obedecer a Jesucristo y ser rociados con su sangre“. Damos por sentado que la “obediencia” aquí es la “obediencia de la fe” (Rom.1:5), que se apropia las virtudes de la sangre derramada del Señor Jesús. Vemos, pues, que antes de la “obediencia” (de la fe, véase Heb.5:9), viene la obra del Espíritu que nos aparta, y antes aún, y como origen, la elección de Dios Padre. Los “santificados del espíritu” serán, pues, aquellos a quienes “Dios haya escogido desde el principio para salvación” 2Tes.2:13), los “elegidos” según la presciencia de Dios padre” (1Ped.1:2).

El Espíritu Santo es soberano en sus operaciones, y su misión salvadora se limita a los escogidos de Dios: éstos son a quienes El “consuela”, “sella”, guía a toda verdad, y a quienes muestra las cosas que han de venir.⁵ La obra del Espíritu es necesaria para el cumplimiento total del propósito eterno de Dios. Hablando hipotéticamente (presuponiendo), pero con reverencia, Si Dios no hubiese hecho más que entregar a Cristo a la muerte por los pecadores, ni uno solo se salvaría jamás. Para que un pecador vea la necesidad que tiene de un Salvador y quiera recibir al Salvador que necesita, se precisa indispensablemente, sobre él y en él, la obra del Espíritu Santo. Si Dios no hubiera hecho más que entregar a Cristo a la muerte por los pecadores, y luego enviar a sus siervos a proclamar la salvación por Cristo, dejando que los pecadores de por sí la aceptaran o rechazaran según ellos quisieran, todos la habrían rechazado; porque en lo íntimo todos los hombres odian a Dios y están en enemistad con El (Rom.8:7). Por consiguiente, es necesario que haya una obra del Espíritu Santo para traer al pecador a Cristo, para vencer su oposición natural, y para inducirle a aceptar la provisión que Dios ha hecho. Por naturaleza, los elegidos de Dios son hijos de ira como los demás (Ef.2:3), y como tales, sus corazones están enemistados con Dios. Pero esta “enemistad” de ellos es vencida por el Espíritu, y como consecuencia de Su obra regeneradora creen en Cristo. ¿No es, pues, evidente que la razón de que otros sean dejados fuera del reino de Dios no es solamente porque no quieren entrar, sino también porque el Espíritu Santo no ha procedido así con ellos? ¿No es manifiesto que el Espíritu Santo es soberano en el ejercicio de su poder, y que así como el viento “de donde quiere sopla” también el Espíritu Santo actúa donde quiere?.

En resumen: Hemos procurado demostrar la perfecta armonía de los caminos de Dios: que cada una de las Personas de la Divinidad actúa de acuerdo con las Demás. Dios Padre eligió a unos para salvación, Dios Hijo murió por los escogidos, y Dios Espíritu Santo los vivifica. Bien podemos cantar:

“Load a Dios que derrama bendición a raudales;
Loadle tierra toda, alzad un canto;
Loadle todas huestes celestiales;
Load al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo.”

Capítulo 6 LA SOBERANÍA DE DIOS EN OPERACIÓN

“Porque de él y por medio de él y para él son todas las cosas. A él sea la gloria por los siglos.
Amén” (Rom. 11:36).

¿Ha predestinado Dios todo lo que acontece? ¿Ha decretado El que lo que es, es lo que había de ser? Bien mirado, esto es solo otra manera de preguntar: ¿Está Dios ahora gobernando el mundo, y a todos, y a todo lo que en él hay? Si, en efecto, es así, ¿lo gobierna de acuerdo con un propósito concreto, o lo hace sin objetivo y al azar? Y si lo gobierna conforme a un propósito, ¿cuándo fue formado ese propósito? ¿Está Dios cambiando continuamente su propósito y formando uno nuevo cada día, o estaba formado ya desde el principio? ¿Son las acciones de Dios como las nuestras, conforme a las circunstancias, o son el resultado de su propósito eterno? Si Dios se formó un propósito antes de que el hombre fuese creado, ¿va a ejecutarse este propósito conforme a sus designios originales?, ¿actúa El ahora con ese fin? ¿Qué dice la Escritura? Habla de Dios como Aquel “que hace todas las cosas según el consejo de su voluntad” (Fe. 1:11).

Es probable que pocos de los que lean este libro pongan en duda la afirmación de que Dios tiene conocimiento y presciencia de todas las cosas, pero quizá habría muchos que vacilarían en ir más lejos. Y sin embargo, ¿no se nos muestra por sí mismo el hecho de que, si Dios tiene presciencia de todas las cosas, es que El ha predestinado también todas las cosas? ¿No es evidente que Dios sabe por anticipado lo que será porque El ha decretado lo que ha de ser? La presciencia de Dios no es la causa de los acontecimientos, sino más bien los acontecimientos son el efecto de su propósito eterno. Cuando Dios ha decretado que algo ha de ser, El sabe que será. En la naturaleza de las cosas no puede haber nada conocido como lo que ha de ser, a menos que haya de ser con seguridad; y no hay nada que haya de ser con seguridad a menos que Dios haya ordenado que lo sea. Ilústrese esto por medio de la crucifixión. En este punto la enseñanza de la Escritura es tan luminosa como un rayo de sol. Cristo, como Cordero cuya sangre había de ser derramada, fue “fue destinado desde antes de la fundación del mundo” (1Ped.1:20). Habiendo pues “destinado” que el Cordero fuese inmolado, Dios sabía que El sería “llevado al matadero”, y por consiguiente lo dio a conocer así por medio del profeta Isaías. El Señor Jesús no fue “entregado” porque Dios lo sabía anticipadamente, sino porque era su inmutable consejo y predestinación (Hech.2:23). El conocimiento anticipado de los acontecimientos futuros está pues fundado en los decretos de Dios, por lo cual si Dios tiene presciencia de todo lo que ha de ser, es porque ha determinado en Sí mismo desde toda la eternidad todo lo que será: “dice el Señor que hace estas cosas, que son conocidas desde la eternidad” (Hech.15:18); lo cual demuestra que Dios tiene un plan, que Dios no empezó su obra sin pensarlo o sin tener conocimiento de cómo se desarrollarían sus previsiones.

Dios creó todas las cosas. Nadie que acepte el testimonio de la Sagrada Escritura lo discutirá, ni se sentirá inclinado a sostener que la obra de la creación fue una obra accidental. Dios formó primeramente el propósito de crear, y luego realizó el acto creativo en cumplimiento de dicho propósito. Todos los verdaderos cristianos harán suyas de buena gana las palabras del salmista, diciendo: “¡Cuán numerosas son tus obras, oh Jehová! A todas las hiciste con sabiduría” (Sal.104:24). ¿Habría quien acepte lo que acabamos de decir y niegue que Dios se propuso gobernar el mundo que creó? Evidentemente la creación del mundo no era el propósito final de Dios con respecto al mismo. Es obvio que el no se propuso simplemente crear el mundo y colocar al hombre en él, para luego abandonar a ambos a su suerte. Es preciso que se vea

claramente que Dios tiene alguna gran finalidad o finalidades en su propósito, según corresponde a Sus infinitas perfecciones, y que El está actualmente gobernando el mundo con objeto de realizar estos fines. “El consejo de Jehová permanecerá para siempre, y los pensamientos de su corazón, por todas las generaciones” (Sal.33:11).

“Acordaos de las cosas del pasado que son desde la antigüedad, porque yo soy Dios, y no hay otro,. Yo soy Dios, y no hay nadie semejante a mi. Yo anuncio lo porvenir desde el principio, y desde la antigüedad lo que aún no ha sido hecho. Digo: Mi plan se realizará, y haré todo lo que quiero” (Isa.46:9,10). Podrían mencionarse otros muchos pasajes para demostrar que Dios tiene muchos consejos con respecto a este mundo y respecto al hombre, y estos consejos se realizarán sin lugar a dudas. Solamente cuando se consideran así podemos apreciar de modo inteligente las profecías de la Escritura. En la profecía, el Dios poderoso ha condescendido a introducirnos en el recinto secreto de sus consejos eternos, dándonos a conocer lo que se ha propuesto hacer en el futuro. Los centenares de profecías que se hallan en el Antiguo y Nuevo Testamento no son tanto predicciones de lo que va a ocurrir como revelaciones para nosotros de lo que Dios se ha propuesto que ha de ocurrir. Sabemos por la profecía que la época actual, como todas las anteriores, va a terminar con la plena demostración del fracaso del hombre? ¿Sabemos que va a haber una universal apostasía de la verdad, una apostasía general? ¿Sabemos que el Anticristo ha de ser manifestado, y que logrará engañar al mundo entero? ¿Sabemos que la carrera del Anticristo será cortada, y que se pondrá fin a los desgraciados intentos del hombre para gobernarse a sí mismo, y que esto será por medio del regreso del Hijo de Dios? Si lo sabemos es porque todas estas cosas y centenares de ellas más forman parte de los decretos eternos de Dios que ahora nos son dados a conocer en la Palabra profética más permanente, y porque es infaliblemente cierto que todo lo que Dios se ha propuesto ha de acontecer de forma inevitable.

¿Con qué gran propósito, pues, fueron creados este mundo y la raza humana? La respuesta de la Escritura es: “Todo lo ha hecho Jehová para su propio propósito; (para sí mismo)” (Prov.16:4). Y también: “tu has creado todas las cosas, y por tu voluntad tienen ser y fueron creadas” (Apoc.4:11). El fin supremo de la creación fue la manifestación de la gloria de Dios. Los cielos cuentan la gloria de Dios y la expansión denuncia la obra de sus manos, pero era por medio del hombre, originalmente hecho a Su imagen y semejanza, que Dios se propuso primordialmente manifestar Su gloria. Pero, ¿como había de ser glorificado por el hombre el gran Creador? Antes de su creación, Dios previó la caída de Adán y la consiguiente ruina de su raza; por tanto, no podía haberse propuesto que el hombre le glorificara persistiendo en estado de inocencia. Se nos enseña, pues, que Cristo fue “predestinado antes de la fundación del mundo”, para ser el Salvador del hombre caído. La redención de los pecadores por medio de Cristo no fue una mera solución que Dios ideó, ni fue el medio de remediar una calamidad imprevista. No; fue una provisión divina, y, por tanto, cuando el hombre cayó, encontró la misericordia unida a la justicia.

Desde toda la eternidad Dios se propuso que nuestro mundo fuese el escenario en que El desplegaría Su gracia y sabiduría multiformes en la redención de los pecadores perdidos: “Todo esto es para que ahora sea dada a conocer, por medio de la iglesia, la multiforme sabiduría de Dios a los principados y a las autoridades en los lugares celestiales. Conforme al propósito eterno que realizó en Cristo Jesús, nuestro Señor.” (Ef.3: 10,11). Para la realización de este glorioso designio, Dios ha gobernado el mundo desde el principio, y seguirá haciéndolo hasta el fin. Como muy bien se ha dicho: “Jamás podremos entender la providencia de Dios sobre este mundo, a menos que la consideremos como una complicada máquina compuesta de diez mil

piezas, dirigida en todas sus operaciones hacia un solo fin glorioso: la demostración de la infinita sabiduría de Dios en la salvación de la iglesia”, es decir los “llamados fuera”. Todo lo demás en este mundo está subordinado a este propósito central. Captando esta verdad básica, el apóstol, movido por el Espíritu Santo, fue llevado a escribir: “Por tanto todo lo sufro a favor de los escogidos, para que ellos también obtengan la salvación que es en Cristo Jesús, con gloria eterna” (2Tim.2:10). Lo que ahora deseamos considerar es la operación de la soberanía de Dios en el gobierno de este mundo.

Con respecto a la operación del gobierno de Dios sobre el mundo material, poco se precisa añadir. En capítulos anteriores hemos demostrado que la materia inanimada y todas las criaturas irracionales están absolutamente sometidas a la voluntad de su Creador. Si bien admitimos francamente que el mundo material parece estar gobernado por leyes que son estables y más o menos uniformes en sus operaciones, la Escritura, la historia y la observación nos obligan a reconocer el hecho de que Dios suspende estas leyes, y que actúa al margen de ellas cuando así le place hacerlo. Al enviar sus bendiciones o sus juicios sobre sus criaturas puede hacer que el mismo sol se detenga (Jos.10:12,13), y que las estrellas en su curso luchen por su pueblo (Jue.5:20); El puede enviar o detener “la lluvia temprana y la tardía” conforme a los dictados de su propia sabiduría infinita; puede herir con plaga o bendecir con salud. En resumen siendo Dios y Soberano absoluto no hay ninguna ley de la naturaleza que le limite, sino que gobierna el mundo material según le parece.

Pero, ¿qué diremos del gobierno de Dios sobre la familia humana? ¿Qué revela la Escritura respecto al modus operandi de su administración gubernamental sobre la humanidad? ¿Hasta que punto y por medio de que influencias controla Dios a los hijos de los hombres? Dividiremos nuestra respuesta a esta pregunta en dos partes, y consideraremos primeramente el método de Dios en su proceder para con los justos, sus elegidos; y luego su método en el proceder para con los impíos.

EL MÉTODO DE DIOS EN SU PROCEDER PARA CON LOS JUSTOS

Dios ejerce sobre sus escogidos una influencia o poder vivificante.

Por naturaleza, ellos están espiritualmente muertos, muertos en delitos y pecados, y su necesidad primordial es la vida espiritual, pues “a menos que uno nazca de nuevo no puede ver el reino de Dios” (Juan 3:3). En el nuevo nacimiento, Dios nos pasa de muerte a vida (Juan 5:24). Nos imparte su propia naturaleza (2Ped.1:4). Nos libra del poder de las tinieblas y nos traslada al reino de Su amado Hijo (Col.1:13). Ahora bien, porque es evidente que esto no lo podemos hacer por nosotros mismos, pues somos “débiles” (Rom.5:6), está escrito “Porque somos hechura de Dios creados en Cristo Jesús” (Ef.2:10).

En el nuevo nacimiento somos hechos participantes de la naturaleza divina: nos es comunicado un principio, una “semilla”, una vida que es “nacida del Espíritu”, y que por lo tanto “es espíritu”, y que por ser nacida del Espíritu Santo, es santa. Sin esta naturaleza divina y santa que se nos imparte en el nuevo nacimiento, es absolutamente imposible para el hombre el producir un impulso espiritual, el formar un concepto espiritual, el tener un pensamiento espiritual, el entender las cosas espirituales, y mucho menos el ocuparse en obras espirituales. “Sin santidad nadie verá al Señor”, pero el hombre natural no tiene ni siente deseo alguno de santidad, ni quiere la provisión que Dios ha hecho. ¿Orará, procurará, contendrá, pues, por aquello que le desagrada? Desde luego que no. Por tanto, si un hombre “sigue” verdaderamente lo que [por naturaleza detesta de todo corazón, si ama ahora a Aquel a quien en otro tiempo

odiaba, es porque en El ha tenido un cambio milagroso; en El ha actuado un poder externo a sí mismo, le ha sido impartida una naturaleza totalmente distinta de la que tenía; por lo cual está escrito: “De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es: las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas” (2Cor. 5:17). Esta persona que acabamos de describir ha pasado de muerte a vida, ha sido vuelta de las tinieblas a la luz y del poder de Satanás a Dios (Hech.26:18). No hay otra manera de explicar el gran cambio.

El nuevo nacimiento es muchísimo más que derramar simplemente unas cuantas lágrimas debido a un remordimiento temporal por el pecado. Es mucho más que cambiar nuestra manera de vivir, abandonar malos hábitos y adquirirlos buenos. No es la mera afición y práctica de los ideales nobles. Es algo mucho más hondo que dar un paso al frente estrechar la mano de algún evangelista popular, firmar una tarjeta de testimonio o aceptación, o “unirse a la iglesia”. El nuevo nacimiento no consiste sencillamente en volver la página, sino en la implantación y recepción de nueva vida. No es mera forma, sino transformación completa. En resumen, el nuevo nacimiento es un milagro, resultado de la operación sobrenatural de Dios. Es radical, revolucionario, duradero.

He aquí, pues, lo primero que a su tiempo hace Dios en sus escogidos: Toma a los que están espiritualmente muertos y los resucita a novedad de vida. Toma a uno que había sido concebido en pecado y formado en iniquidad, y lo hace conforme a la imagen de su Hijo. Toma un cautivo del Diablo y hace de El un miembro de la casa de la fe. Recoge un mendigo y lo hace coheredero con Cristo. Se acerca a uno que está lleno de enemistad con El y le da un nuevo corazón que está lleno de amor por El. Se inclina hasta uno que es por naturaleza rebelde y actúa en El querer y el hacer por Su buena voluntad. Por su poder irresistible transforma un pecador en un santo, un enemigo en un amigo, un esclavo del diablo en un hijo de Dios. No es extraño que nos sintamos movidos a decir:

“Cuando mi alma naciente reconoce
la grandeza de tu misericordia,
absorto ante su vista, se deshace
en darte todo amor, honor y gloria”.

Dios ejerce sobre sus escogidos una influencia o poder fortalecedor.

El apóstol oró a Dios por los santos de Éfeso para que los ojos de su entendimiento fuesen iluminados, para que, entre otras cosas, pudiesen conocer cual era “aquella supereminente grandeza de su poder para con nosotros los que creemos” Ef.1:19), y para que pudiesen ser “corroborados con potencia en el hombre interior por su Espíritu” (Ef.3:16). De esta manera, los hijos de Dios son capacitados para pelar la buena batalla de la fe, y para contender con las fuerzas adversarias que constantemente les hostigan. Ellos de por sí no tienen fuerza alguna: no son mas que “ovejas”. La oveja es uno de los animales más indefensos que existen; pero la promesa es firme: “Da fuerzas al cansado, y le aumenta el poder al que no tiene vigor” (Isa.40:29).

Es este poder fortalecedor que Dios ejerce sobre y en los justos el que les permite servirle aceptablemente. Como dijo el profeta de la antigüedad: “En cambio, yo estoy lleno del poder del Espíritu de Jehová” (Miq.3:8). Y nuestro Señor dijo a sus apóstoles: “Pero recibiréis poder, cuando el Espíritu Santo haya venido sobre vosotros” (Hech.1:8); y así fue, pues de estos mismo hombres leemos luego: “Con gran poder los apóstoles daban testimonio de la resurrección del Señor Jesús, y abundante gracia había sobre ellos” (Hech.4:33). Así ocurrió también con el

apóstol Pablo: “Ni mi mensaje ni mi predicación fueron con palabras persuasivas de sabiduría, sino con demostración del Espíritu y de poder” (1Cor.2:4). Pero el enlace de este poder no se limita solamente al servicio, pues leemos en 2Ped.2:3; “Su divino poder nos ha concedido todas las cosas que pertenecen a la vida y a la piedad por medio del conocimiento de aquel que nos llamó por su propia gloria y excelencia”. He aquí, pues, que las diversas gracias del carácter cristiano, “amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, y dominio propio,” al ser llamadas “el fruto del Espíritu” (Gál.5:22), son atribuidas directamente al mismo Dios. Compárese 2Cor.8:16).

Dios ejerce sobre sus escogidos una influencia o poder directivo.

Antiguamente condujo a su pueblo a través del desierto, dirigiendo sus pasos, de día por medio de una nube, y de noche por medio de una columna de fuego; y en nuestros días Dios continúa dirigiendo a sus santos, si bien actualmente esta dirección es más interna que externa.

“Porque Dios es nuestro Dios eternamente y para siempre; por siempre nos guiará” (Sal.48:14), y nos “guiará” actuando en nosotros tanto el querer como el hacer por su buena voluntad. Que Dios nos guía en la forma indicada se desprende claramente de las palabras del apóstol en Efesios 2:10; “Porque somos hechura de Dios, creados en Cristo Jesús para hacer las buenas obras que Dios preparó para que anduviésemos en ellas”. Así, toda ocasión de jactancia desaparece, y Dios obtiene toda la gloria, pues hemos de decir con el profeta: “Oh Jehová tu estableces paz para con nosotros, porque también realizas por nosotros todas nuestras obras” (Isa.26:12). Cuán verdadero es, pues, que “El corazón del hombre traza su camino, pero Jehová dirige sus pasos” (Prov.16:9) Compárese salmo 65:4 y Eze.36:27.

Dios ejerce sobre sus escogidos una influencia o poder preservador.

Muchos son los textos que ponen de relieve esta bendita verdad. “Los que amáis a Jehová, aborreced el mal. El guarda la vida de sus fieles; los libra de manos de los impíos,” (Sal.97:10). “Porque Jehová ama la rectitud y no desampara a sus fieles. Para siempre serán guardados, pero la descendencia de los impíos será exterminada.” (Sal.37:28). “Jehová guarda a todos los que le aman, pero destruirá a todos los impíos.” (Sal.145:20). Es innecesario multiplicar los textos o argumentar en este punto en cuanto a la responsabilidad y la fidelidad del creyente: no podemos “perseverar” sin que Dios nos preserve, como tampoco podemos respirar cuando Dios cesa de darnos aliento. Somos “Sois guardados por el poder de Dios mediante la fe, para la salvación preparada para ser revelada en el tiempo final” (1Ped.1:5). Véase 1Crón.18:6. Nos falta ahora considerar:

EL MÉTODO DE DIOS EN SU PROCEDER PARA CON LOS IMPIOS

Al considerar el proceder del gobierno de Dios para con los no escogidos, hallamos que ejerce sobre ellos una cuádruple influencia o poder, en cuya exposición adoptaremos las bien definidas divisiones sugeridas por el doctor Rice:

Dios ejerce, a veces, sobre los impíos una influencia restrictiva por la cual les impide ejecutar lo que por naturaleza se sienten inclinados a hacer.

Un ejemplo notable de esto lo tenemos en Abimelec, rey de Gerar. Abraham, descendió a Gerar, y temeroso de que lo matasen por causa de su esposa, le dio instrucciones para que se hiciera pasar por hermana suya. Creyendo que no era casada, Abimelec envió y tomó a ara; y entonces se nos dice cómo Dios empleó Su poder para proteger el honor de ella: “Dios le dijo en

sueños: Yo también se que con integridad de tu corazón has hecho esto.. Yo también te detuve de pecar contra mi, y no te permití que la tocases” (Gén.20:6). De no haberse interpuesto Dios, Abimelec habría deshonrado gravemente a Sara, pero el Señor lo detuvo y no permitió que llevase a cabo los intentos de su corazón.

Un ejemplo similar lo hallamos en el caso de José y en la forma en que sus hermanos lo trataron. Debido a la preferencia que Jacob sentía por él, sus hermanos “le odiaban”, y cuando creyeron tenerlo en su poder, “actuaron engañosamente contra él para matarlo” (Gén.37:18). Pero Dios no permitió que llevaran a cabo sus malos propósitos. Primeramente movió a Rubén a librarlo de las manos de ellos, y luego hizo que Judá sugiriera venderlo como esclavo a los ismaelitas que pasaban, quienes lo llevaron a Egipto. El hecho de que fue Dios quien hizo que fracasaran aquellos malvados planes es evidente por las palabras del propio José, cuando unos años más tarde se dio a conocer a sus hermanos: “Así que no me enviasteis vosotros acá, sino Dios” (Gén.45:8).

La influencia restrictiva que Dios ejerce sobre los impíos fue notablemente ejemplificada en la persona de Balaam, el profeta pagado por Balac, para maldecir a los israelitas. No se puede leer el relato inspirado sin descubrir que, de haber sido dejado a su intento, Balaam hubiera aceptado sin vacilar y con toda seguridad la oferta de Balac. Hasta que punto Dios restringió los impulsos de su corazón se aprecia en sus propias palabras: “¿Cómo he de maldecir a quien Dios no maldice? ¿Y cómo he de condenar al que Jehová no condena? He aquí yo he recibido la orden de bendecir. El ha bendecido y no lo puedo revocar.” (Núm.23:8,20).

No solamente ejerce Dios una influencia restrictiva sobre los impíos individualmente, sino que también lo hace sobre pueblos enteros. En Éxodo 34:24; se halla una notable ilustración de lo que acabamos de decir: “Porque yo expulsaré las naciones de tu presencia y ensancharé tus territorios. Nadie codiciará tu tierra mientras tu vayas tres veces al año para presentarte delante de Jehová tu Dios” Todo varón israelita, por mandamiento de Dios, abandonaba su hogar y su heredad, y tres veces al año efectuaba un viaje a Jerusalén, para guardar las Fiestas de Jehová. Y en el texto citado se nos enseña que El les prometió guardar sus hogares indefensos restringiendo los designios y deseos codiciosos de sus vecinos paganos mientras ellos estuviesen en Jerusalén. Dios a veces ejerce sobre los impíos una influencia suavizadora que los inclina, en contra de su tendencia natural, a actuar para fomentar Su causa.

Nos hemos referido antes a la historia de José como ilustración del hecho de que Dios ejerce una influencia restrictiva sobre los impíos; pero observemos ahora sus experiencias en Egipto como ejemplo de nuestra afirmación de que Dios ejerce también una influencia suavizadora sobre los injustos. Se nos dice que mientras estaba en la casa de Potifar “Jehová estaba con José”. Su amo vio que Jehová estaba con él, por lo cual “hallo José gracia ante los ojos de Potifar. Potifar lo puso a cargo de su casa” (Gén.39:2,4). Más tarde, cuando José fue injustamente metido en la cárcel, se nos dice “Pero Jehová estaba con José; le extendió su misericordia y le dio gracia ante los ojos del encargado de la cárcel” (Gén.39:21), por lo cual, oír lo cual el encargado de la cárcel le mostró mucha bondad y consideración. Finalmente, después de salir de la prisión, se nos enseña en Hechos 7:10, que Jehová “le libró de todas sus tribulaciones y le dio gracia y sabiduría en la presencia del Faraón, rey de Egipto, quien le puso por gobernador sobre Egipto y sobre toda su casa”.

En la manera que la hija del Faraón trató al niño Moisés se aprecia una prueba igualmente sorprendente del poder de Dios para derretir los corazones de sus enemigos. El incidente es bien conocido. Faraón había publicado un edicto ordenando el exterminio de todo hijo varón de los israelitas. A cierto levita le había nacido un hijo que durante tres meses fue ocultado por su

madre. No pudiendo ya seguir escondiendo al niño Moisés, lo puso en una arquilla de juncos, y lo dejó en la orilla del río. La arquilla fue descubierta nada menos que por la hija del rey, la cual había descendido al río para bañarse; pero en vez de hacer caso del impío decreto de su padre y echar al niño al río, se nos dice ¡que “tuvo compasión del él!” (Exo.2:6). Por tanto, aquella joven vida quedó a salvo, y más tarde Moisés llegó a ser hijo adoptivo de esta princesa.

Dios tiene acceso a los corazones de todos los hombres y puede ablandarlos conforme a Su propósito soberano. El profano Esaú juró vengarse de su hermano por el engaño que había cometido con su padre, pero cuando volvió a verse con Jacob, en vez de matarlo, Esaú “se echó sobre su cuello y le besó” (Gén 33:4). Acab, el débil e impío marido de Jezabel se enfureció contra el profeta Elías, a cuyas palabras los cielos se habían cerrado por tres años y medio; tan enojado estaba contra aquel a quien consideraba como enemigo, que lo buscó por toda nación y reino, y cuando no pudo hallarlo “hacia jurar al reino y a la nación que no te habían hallado” (1Rey 18:10). Pero cuando estuvieron frente a frente en vez de matar al profeta, Acab obedeció a Elías y “entonces Acab convocó a todos los hijos de Israel y reunió a los profetas en el monte Carmelo” (v.20). Asimismo, Ester la judía, a punto de entrar a la habitación del augusto monarca medopersa, dijo que aquello “no era conforme a la ley” (Ester 4:16). Entró esperando “morir”, mas se nos dice que “obtuvo gracia ante sus ojos”; y el rey extendió hacia Ester el cetro de oro que tenía en su mano (Ester 5:2). Otro caso lo tenemos en el joven Daniel cautivo en una corte extranjera. El rey “asignó” una ración diaria de comida y bebida para él y sus compañeros. Pero Daniel se propuso en su corazón no contaminarse con aquella comida, decisión que hizo saber a su Señor, el príncipe de los eunucos. ¿Qué ocurrió? Aquel príncipe era pagano, y “temía” al rey. ¿Se opuso, por tanto, a Daniel y exigió airadamente que sus órdenes fuesen inmediatamente ejecutadas? No; pues leemos: “Dios concedió a Daniel que se ganara el afecto y la buena voluntad del jefe de los funcionarios” (Dan.1:9).

“Como una corriente de agua es el corazón del rey en la mano de Jehová, quien lo conduce a todo lo que quiere” (Prov.21:1). En Ciro, el rey pagano de Persia, tenemos una notable ilustración de esta gran verdad. El pueblo de Dios estaba cautivo, pero el plazo predicho de su cautividad estaba casi terminándose. Desde hacía mucho tiempo, el templo de Jerusalén estaba en ruinas, y los judíos se encontraban deportados en un país lejano. ¿Qué esperanza había, pues, de que la casa del Señor fuese construida? Obsérvese ahora lo que Dios hizo: “En el primer año de Ciro, rey de Persia, y para que se cumpliese la palabra de Jehová por boca de Jeremías, Jehová despertó el espíritu de Ciro, rey de Persia, quien hizo pregonar por todo su reino, oralmente y por escrito, diciendo: Así ha dicho Ciro, rey de Persia: Jehová Dios de los cielos, me ha dado todos los reinos de la tierra y me ha comisionado para que le edifique un templo en Jerusalén, que está en Judá”. (Esd.1:1,2). Recuérdese que Ciro era pagano, y según testimonio de la historia secular hombre muy importante; pero el Señor lo movió a publicar este edicto para que Su Palabra, dada por medio de Jeremías setenta años atrás, pudiera cumplirse. En Esdras 7:27, se halla una ilustración similar, cuando Esdras, al terminar y adornar la casa que Ciro había mandado construir, da gracias por lo que Dios ha hecho que el rey Artajerjes hiciera. “Bendito sea Jehová Dios de nuestros padres, que puso tal cosa en el corazón del rey, para honrar la casa de Jehová que está en Jerusalén” (Esd.7:27).

3. Dios ejerce a veces sobre los impíos una influencia encauzadora, logrando que del mal que intentaban hacer resulte el bien. Una vez más volvemos a la historia de José como caso explicativo. Al vender a José a los ismaelitas, sus hermanos eran movidos por motivos crueles y despiadados. Su objeto era deshacerse de él, y el paso de estos mercaderes viajeros les ofreció una manera fácil de llevarlo a cabo. Para ellos aquel asunto no significaba otra cosa que ganar

unas cuantas monedas con la venta de aquel noble jovencito. Pero obsérvese cómo Dios estaba secretamente actuando y dirigiendo a bien sus acciones impías. La providencia ordenó que estos ismaelitas pasaran en el momento preciso para impedir que José fuera asesinado por sus hermanos quienes ya habían acordado juntos para matarlo. Además, se dirigían a Egipto que era precisamente el país al que Dios se había propuesto enviar a José, a quien ellos compraron, exactamente cuando lo hicieron, por orden de Dios. El hecho de que la mano del Todopoderoso estaba en este incidente, que el desarrollo de los sucesos era algo más que una mera coincidencia afortunada, es evidente por las palabras que José dirigió a sus hermanos tiempo después “Pero Dios me ha enviado delante de vosotros para preservaros posteridad en la tierra, y para daros vida mediante una gran liberación” (Gén.45:7).

Otra ilustración igualmente notable de que Dios dirige a los impíos se halla en Isaías 10:5-7; “¡Ay de Asiria, la vara de mi ira! Pues en su mano está puesto el garrote de mi furor. La mandaré contra una nación impía, y la enviaré contra el pueblo que es objeto de mi indignación, a fin de que capture botín y tome despojos, a fin de que lo ponga para ser pisoteado como el lodo de las calles. Pero ella no lo imaginará así, ni su corazón lo pensará de esta manera. Más bien, la intención de su corazón será destruir y exterminar no pocas naciones”. El rey de Asiria había decidido ser un conquistador del mundo, “destruir y exterminar no pocas naciones”. Pero Dios dirigió y controló su codicia y ambición guerrera, e hizo que su atención se concentrara en aquel tiempo en la conquista de la insignificante nación de Israel. Semejante tarea no era lo que ocupaba el corazón del orgulloso rey, “él no lo pensará así”, pero Dios le dio este encargo y no pudo hacer otra cosa que cumplirlo. Véase también (Jue.7:22).

El ejemplo supremo de la influencia controladora y encauzadora que Dios ejerce sobre los impíos, es la cruz de Cristo con todas las circunstancias que la acompañan. Si hay una ocasión en que de modo supremo pudo presenciarse la providencia directiva de Dios, fue aquella. Desde toda la eternidad Dios había predestinado cada uno de los detalles de aquel evento de eventos. Nada se dejó a la suerte ni al capricho del hombre. Dios había decretado cuándo, dónde, y cómo su bendito Hijo había de morir. Gran parte de lo que se había propuesto en relación a la crucifixión había sido dado a conocer a través de los profetas del Antiguo Testamento, y en el cumplimiento exacto y literal de estas profecías tenemos pruebas evidentes y demostración plena de la influencia ordenadora y encauzadora que Dios ejerce sobre los impíos. Nada ocurrió fuera de como Dios lo había ordenado, y todo cuanto había ordenado sucedió exactamente como El lo había propuesto. ¿había sido decretado (y dado a conocer en la Escritura) que el Salvador sería traicionado por uno de sus propios discípulos, por el “hombre de su paz”? (véase Salmo 41:9 y Mateo 26:45-50). He aquí que fue Judas el discípulo quien lo vendió. ¿Se había decretado que el traidor recibiría por su horrible perfidia treinta piezas de plata? He aquí que los principales de los sacerdotes fueron movidos a ofrecerle precisamente esta suma. ¿Se había decretado que esta paga de la traición sería empleada con un fin particular, a saber, la compra del campo del alfarero? He aquí que la mano de Dios dirigió a Judas a devolver el dinero a los principales sacerdotes, y guió su “acuerdo” (Mat.27:7), de tal manera que fue esto precisamente lo que hicieron. ¿Se había decretado que habría quienes serían “testigos falsos” contra nuestro Señor? (Sal.35:11). He aquí que los tales se levantaron. ¿Se había decretado que el Señor de gloria sería blanco de “insultos y escupitadas”? (Isa.50:6). He aquí, no faltaron quienes fueron lo suficientemente viles como para hacerlo. ¿Se había decretado que el salvador sería “contado con los transgresores”? He aquí que Pilato, sin saberlo, y dirigido por Dios, dio órdenes para que fuese crucificado junto a dos ladrones. ¿Se había decretado que le sería dado a beber vinagre estando colgado en la cruz?. He aquí que este decreto de Dios fue cumplido al pie de la letra. ¿Se

había decretado que los soldados despiadados echaran suertes sobre sus vestidos? He aquí que eso fue lo que hicieron. ¿Se había decretado que ninguno de sus huesos sería quebrantado? (Exo.12:46; Núm.9:12). He aquí que la mano ordenadora de Dios que permitió que los soldados romanos rompieran las piernas de los ladrones, les impidió hacerlo con nuestro Señor. ¡Ah!, no había suficientes ladrones en todas las legiones romanas, ni suficientes demonios en todas las huestes de Satanás, para quebrantar un solo hueso del cuerpo de Cristo. ¿Por qué? Porque el Soberano Todopoderoso había decretado que ningún hueso había de serle roto. ¿Es necesario continuar este párrafo? ¿Acaso el cumplimiento exacto y literal de todo lo que la Escritura había predicho en relación con la crucifixión no demuestra por encima de toda controversia que un poder omnipotente estaba dirigiendo y supervisando todo lo que se hizo aquel Día entre los días?.

Asimismo, Dios endurece los corazones de los impíos y ciega sus mentes.

“¿Que Dios endurece los corazones de los hombres? ¿Que Dios ciega las mentes de los hombres? Sí, así lo dice la Escritura. En el desarrollo de este tema de la soberanía de Dios en operación, reconocemos haber llegado ahora al más solemne de los diversos aspectos. Al pisar este terreno, y más que nunca, necesitamos atenernos estricta y verdaderamente a las palabras de la Sagrada Escritura. No permita Dios que vayamos una pulgada más lejos que su Palabra, quiera El asistirnos con su gracia para llegar hasta donde llega. Cierto es que las cosas secretas pertenecen a Jehová, pero también es cierto que las cosas reveladas en la Escritura nos pertenecen a nosotros y a nuestros hijos.

“Cambió el corazón de éstos, para que aborreciesen a su pueblo, para que contra sus siervos actuaran con engaño” (Sal.105:25). Se trata aquí de la estancia de los descendientes de Jacob en tierra de Egipto, cuando, después de la muerte del Faraón que había acogido al patriarca y su familia, “Se levantó entretanto nuevo rey sobre Egipto, que no conocía a José”. En su época, los hijos de Israel “eran más numerosos...y fuertes” de tal forma que eran más y más fuertes que los del Faraón. Fue entonces cuando Dios “Cambió el corazón de éstos, para que aborreciesen a su pueblo”.

La consecuencia del “odio” de los egipcios es perfectamente conocida: los sometieron a cruel esclavitud y los pusieron bajo implacables comisarios de tributos hasta que su condición llegó a ser insoportable. Impotentes y sumidos en la miseria, los israelitas clamaban a Jehová, quien respondiendo a su clamor designó a Moisés para que fuese su libertador. Dios se reveló a Su siervo escogido, le dio algunas señales milagrosas que había de exhibir en la corte egipcia, y luego le mandó ir al Faraón y exigir que los israelitas recibiesen autorización para ir camino de tres días por el desierto para adorar a Jehová. Pero antes de que Moisés iniciara su viaje Dios le advirtió respecto a Faraón: “yo endureceré su corazón, y él no dejará ir al pueblo” (Exo.4:21). Si se pregunta ¿Por qué endureció Dios el corazón del Faraón? la respuesta que la propia Escritura nos da es ésta: Para mostrar en él Su Poder (Rom.9:17); o dicho de otro modo, para que Jehová pudiese demostrar Su gloria derribando a este altivo y poderoso monarca. Si se preguntara aún: ¿Por qué escogió Dios este método para manifestación de su poder?, la respuesta habría de ser que, siendo Dios soberano, se reserva el derecho de actuar como quiere.

No solamente se nos dice que Dios endureció el corazón del Faraón, de modo que no quiso dejar salir a los israelitas, sino que, después de que Dios hubo azotado el país tan severamente con las plagas (por lo cual, aunque de mala gana, el permiso fue concedido), y de que todos los primogénitos de Egipto fueron muertos, y de que Israel salió de la tierra de esclavitud, Dios dijo a Moisés: “He aquí, yo endureceré el corazón de los egipcios para que entren detrás de ellos, y mostraré mi gloria en el Faraón y en todo su ejército, en sus carros y en

sus jinetes.” (Exo.14:17,18).

Lo mismo ocurrió luego en relación con Sejón, rey de Hesbón. por cuyo territorio tenía que pasar Israel en su éxodo hacia la tierra prometida. Repasando su historia, Moisés dijo al pueblo: “Pero Sejón rey de Hesbón, no quiso que pasáramos por su territorio, porque Jehová tu Dios había endurecido su espíritu y obstinado su corazón para entregarlo en tu mano, como en el día de hoy” (Deut.2:30).

Lo mismo aconteció cuando Israel hubo entrado en Canaán Leemos: “No hubo ciudad que hiciese la paz con los hijos de Israel, excepto los heveos que moraban en Gabaón. Todo el resto lo tomaron en batalla. Esto provenía de Jehová, quien endurecía el corazón de ellos, para que resistiesen con la guerra a Israel, a fin de que fueran destruidos sin que se les tuviese misericordia; para que fuesen desarraigados, como Jehová había mandado a Moisés” (Jos.11:19,20). Por otros textos aprendemos por qué Dios se propuso “destruir” a los cananeos: por su tremenda impiedad y corrupción.

Mas la revelación de esta solemne verdad no está limitada solamente al Antiguo Testamento. En Juan 12:37-40; leemos: “Pero a pesar de haber hecho tantas señales delante de ellos, no creían en El; para que se cumpliese la palabra del profeta Isaías que dijo: Señor, ¿quién ha creído a nuestro mensaje? ¿A quién se ha revelado el brazo del Señor?. Por eso no podían creer, porque Isaías dijo en otra ocasión: El ha cegado los ojos de ellos y endureció su corazón, para que no vean con los ojos ni entiendan con el corazón, ni se conviertan, y yo los sane”. Es preciso observar cuidadosamente aquí, que aquellos cuyos ojos Dios “cegó” y cuyo corazón El “endureció” eran hombres que deliberadamente habían despreciado la Luz y rechazado el testimonio del Hijo de Dios.

De modo similar leemos en 2Tes.2:11,12; “Por esto, Dios les enviará una fuerza de engaño para que crean la mentira, a fin de que sean condenados todos los que no creyeron a la verdad, sino que se complacieron en la injusticia”. El cumplimiento de este texto es aún futuro. Lo que Dios hizo a los judíos de la antigüedad va a hacerlo de nuevo a la cristiandad. De la misma manera que los judíos de los días de Cristo menospreciaron Su testimonio, y por eso fueron “cegados” así también Dios enviará “operación de error” a una cristiandad culpable que ha rechazado la verdad, para que crea a la mentira.

¿Está Dios en realidad gobernando el mundo? ¿Está ejerciendo Su gobierno sobre la familia humana? ¿Cuál es el modus operandi de Su administración gubernamental sobre la raza humana? ¿Hasta que punto y por qué medios controla El a los hijos de los hombres? ¿Cómo ejerce su influencia sobre los impíos, conocido es que sus corazones están en enemistad con El? Estas son algunas de las preguntas que hemos procurado responder por medio de la escritura en las secciones anteriores de este capítulo. Sobre sus propios escogidos, Dios ejerce una influencia vivificadora, fortalecedora, directora y preservadora. Sobre los impíos, Dios ejerce una fuerza restrictiva, suavizadora, encauzadora, endurecedora y cegadora, conforme a los dictados de su propia sabiduría y justicia infinitas, y para cumplimiento de Su propio propósito eterno. Los decretos de Dios se están cumpliendo. Lo que El ha ordenado está realizándose. La impiedad del hombre tiene un límite. Los límites de las malas acciones y de los malhechores han sido divinamente establecidos y no pueden ser rebasados. Aunque muchos lo ignoran, todos los hombres buenos y malos, están bajo la jurisdicción y la absoluta administración del Soberano Supremo. “¡Aleluya Porque reina el Señor nuestro Dios Todopoderoso!” (Apoc.19:6); ¡Reina sobre todos!.

Capítulo 7

LA SOBERANÍA DE DIOS Y LA VOLUNTAD DEL HOMBRE

“...porque Dios es el que produce en vosotros tanto el querer como el hacer, para cumplir su buena voluntad” (Fil.2:13).

En lo que se refiere a la naturaleza y poder de la voluntad del hombre caído, predomina hoy día gran confusión, y se sostienen los puntos de vista más erróneos, aun por parte de muchos hijos de Dios. La idea popular que actualmente prevalece, y que se enseña en la mayoría de las iglesias, es que el hombre tiene “libre albedrío”, y que la salvación viene al pecador por la cooperación entre su voluntad y el Espíritu Santo. Negar el “libre albedrío” del hombre, es decir, su poder para escoger lo bueno, su capacidad principal para aceptar a Cristo, es desacreditarse en seguida, incluso ante muchos de los que profesan ser los cristianos más conservativos. Pero la Escritura dice firmemente: “...no depende del que quiere ni del que corre, sino de Dios quien tiene misericordia” (Rom.9:16). Asimismo la Palabra manifiesta clara y fuertemente: “no hay quien busque a Dios” (Rom.3:11). ¿Acaso Cristo no dijo a los hombres de su tiempo “Y vosotros no queréis venir a mí para que tengáis vida” (Juan.5:40).1 Sí, pero algunos sí vinieron a El, algunos sí le recibieron. Ciertamente, ¿y quiénes eran? Juan.1:12,13 nos dice: “Pero a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio derecho de ser hechos hijos de Dios, los cuales nacieron no de sangre, ni de la voluntad de la carne, ni de la voluntad de varón, sino de Dios”.

Pero, ¿no enseña la Escritura que “el que quiera, venga”? Sí que lo enseña, pero, ¿significa esto que todo el mundo quiere venir? ¿Qué diremos de los que no quieren venir? “El que quiera venga” no quiere decir que el hombre caído tenga en sí poder para venir, como “extiende tu mano” no significaba que el hombre de la mano seca tenía capacidad en sí mismo para obedecer. En sí mismo y por sí mismo el hombre natural tiene poder para rechazar a Cristo, pero no para recibirlo. ¿Y por qué? Porque su mente es “enemistad contra” Dios (Rom.8:7); porque tiene un corazón que aborrece a Dios (Juan.15:18). El hombre escoge lo que es conforme a su naturaleza, y por lo tanto, antes que escoja o prefiera lo que es divino y espiritual, es preciso que le sea impartida una nueva naturaleza; dicho de otro modo, es preciso que nazca de nuevo.

Empero puede preguntarse: ¿No vence El Espíritu Santo la enemistad y odio del hombre cuando convence al pecador de sus pecados y de su necesidad de Cristo?; ¿y no produce el Espíritu de Dios tal convicción en muchos que perecen? Hablar de este modo revela confusión en los pensamientos: si la enemistad de tal hombre estuviese realmente “dominada”, se volvería a Cristo prontamente; el hecho de que no viene al Salvador demuestra que su enemistad no ha sido vencida. Empero el hecho de que muchos, a través de la predicación de la Palabra, son redargüidos por el Espíritu Santo, y que a pesar de eso mueren en incredulidad, es una solemne verdad. Sin embargo, conviene no perder de vista que el Espíritu Santo hace en cada uno de los elegidos de Dios algo más que en los no escogidos: produce en ellos “tanto el querer como el hacer, para cumplir su buena voluntad” (Fil.2:13).

En respuesta a lo que acabamos de decir, los arminianos dirían: “No; la obra de convicción del Espíritu es la misma tanto en los convertidos como en los inconversos. Lo que distingue una clase de otra es que los primeros ceden a Su contención, mientras que los segundos la resisten”. Sin embargo, si fuera así, el cristiano sería el que hace la diferencia personalmente

en su naturaleza, mientras que la Escritura atribuye su actitud a la gracia discriminadora de Dios (véa 1Cor.4:7). Así mismo, si tal fuera el caso, el cristiano tendría motivos para jactarse y gloriarse por su cooperación con el Espíritu; mas esto contradeciría directamente a Efe.2:8: “Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no es de vosotros, pues es don de Dios”. Apelamos a la experiencia real del lector cristiano. ¿No es cierto que hubo un tiempo (¡y que su recuerdo nos humille hasta el polvo!) cuando no querías venir a Cristo? Sí, lo hubo. Desde entonces, has venido a El. ¿Estás ahora dispuesto a darle toda la gloria por ello? (Sal.115:1). ¿No reconoces que viniste a Cristo porque el Espíritu Santo te “trasladó” del no querer al querer? Si, lo reconoces. Entonces, ¿no es también patente que el Espíritu Santo no ha hecho en muchos otros lo que ha hecho en tí? Se admite que otros muchos han oído el Evangelio, se les ha mostrado su necesidad de Cristo; pero aun así no quieren venir a El. Así pues, El ha obrado más en tí que en ellos. Mas tú dices: Sin embargo, recuerdo bien el tiempo en que se me presentó la Gran Alternativa, y mi memoria da testimonio de que mi voluntad actuó y yo cedí a las obligaciones que Cristo pone sobre mí. ¡Muy cierto! Pero antes que “cedieras”, el Espíritu Santo venció la enemistad (con la que naciste) contra Dios, y El no vence en todos esta “enemistad”. Si se dijera que eso ocurre solamente en los que quieren que su enemistad sea vencida... ¡ah, pero ninguno “quiere” si antes El Espíritu Santo no ha usado Su poder omnipotente y obrado un milagro de gracia en el corazón!

Pero preguntamos ahora: ¿Qué es la voluntad humana? ¿Es un algo que hace sus propias decisiones? o ¿es, a su vez, determinada por otra cosa? ¿Es soberana o sierva? Es la voluntad superior a todas las demás partes de nuestro ser, de modo que las gobierna, o está movida por los impulsos de otra facultad, y sujeta a los deseos de ella? ¿Gobierna la voluntad sobre la inteligencia, o es la inteligencia la que gobierna a la voluntad? ¿Es la voluntad libre de hacer lo que quiere, o está obligada forzosamente a prestar obediencia a algo fuera de ella misma?

“¿Vive la voluntad separada de las demás grandes facultades o poderes del alma, siendo un hombre dentro del hombre, que puede oponerse al hombre y actuar contra él y dividirlo? ¿O, por el contrario, está unida la voluntad con las demás facultades, como la cola de la serpiente con su cuerpo, y éste a su vez con la cabeza, de modo que donde va ésta va toda la criatura, y cual es el pensamiento; después el corazón (deseo o aversión); y luego el acto. ¿Es así como el perro meneas el rabo? ¿O, es la voluntad, el rabo, la que meneas al perro? ¿Es la voluntad lo primero y principal en el hombre, o es lo último, algo que conviene mantener en subordinación, y en el lugar que le corresponde, por debajo de las demás facultades? ¿Es verdadera la filosofía de la acción moral y su proceso según se halla en Génesis 3:6: “Y vio la mujer que el árbol era bueno para comer” (percepción de los sentidos, inteligencia), “y árbol codiciable” (afectos), “tomó de su fruto” (la voluntad)?” (cita de G.S. Bishop). Estas cuestiones son de interés más que académico. Son de importancia práctica. Creemos no ir demasiado lejos al afirmar que, según la respuesta que demos a estas preguntas, demostramos el grado de nuestra pureza doctrinal².

La Naturaleza de la Voluntad Humana

¿Qué es la voluntad? Respondemos que la voluntad es la capacidad de escoger, la causa inmediata de toda acción. La elección significa necesariamente rehusar una cosa y aceptar otra. Lo positivo y lo negativo han de estar ambos presentes en el ánimo antes de que pueda haber elección alguna. En todo acto de la voluntad hay una preferencia: el desear una cosa más que otra. Donde no hay una preferencia, sino indiferencia absoluta, no hay volición. Querer es escoger, y escoger es decidir entre varias alternativas. Pero hay algo que influye en la elección, algo que determina la decisión. Por eso la voluntad no puede ser soberana, porque es sierva de

ese algo. La voluntad no puede ser al mismo tiempo soberana y sierva. No puede ser a la vez causa y efecto. La voluntad no es causativa, porque, como hemos dicho, hay algo que le hace escoger; por tanto ese algo ha de ser el agente causativo. La propia elección se ve afectada por ciertas consideraciones, determinada por diversas influencias que actúan sobre el individuo mismo. He aquí por qué la volición es afecto de estas consideraciones e influencias, y si es efecto, es preciso que sea siervo de ellas. Por tanto, si la voluntad es sierva de ellas, no es soberana, y si no es soberana, ciertamente no podemos hablar de su “libertad” absoluta. Los actos de la voluntad no pueden acaecer por sí mismos; decir que sí pueden, es postular un efecto sin causa. “Ex nihilo nihil fit”, nada procede de la nada.

Sin embargo, en todas las edades ha habido quienes han sostenido la libertad o soberanía absoluta de la voluntad humana. Los hombres argumentan diciendo que la voluntad posee un poder autodeterminante. Por ejemplo, dicen, puedo mover mis ojos hacia arriba o hacia abajo; el ánimo es completamente indiferente a que haga una cosa u otra; es la voluntad la que debe decidir. Pero esto es una contradicción de términos, pues mientras digo que estoy en un estado de total indiferencia, lo desmiento con mi elección, y es evidente que ambas cosas no pueden ser verdad. Mas puede objetarse a esto que el ánimo era completamente indiferente hasta que llegó a preferir algo. Exacto; ¡y hasta aquel momento la voluntad permaneció muda e inactiva! Pero en el instante en que la indiferencia desapareció, hubo una elección, y el hecho de que la indiferencia anteciediera a la preferencia refuta el argumento de que la voluntad es capaz de escoger entre dos cosas iguales. Como hemos dicho, escoger implica la aceptación de una alternativa y el rechazamiento de otra u otras.

Lo que determina a la voluntad es lo que hace que ésta escoja. Y si la voluntad es determinada, es preciso que haya un determinante. ¿Qué es, pues, lo que determina a la voluntad? Respondemos que el poder motivador más fuerte que influya en ella, el cual es diferente según los casos. En uno puede ser la lógica de la razón, en otro la voz de la conciencia, en otro el impulso de las emociones, en otro el susurro del tentador, en otro el poder del Espíritu Santo. Aquél de todos ellos que sea poder motivador más fuerte y que ejerza la mayor influencia sobre el propio individuo, será el que impulse a la voluntad a actuar. Dicho de otro modo, la acción de la voluntad está determinada por aquel estado de ánimo (influido a su vez por el mundo, la carne, el demonio, como también por Dios), que tiene mayor grado de tendencia a excitar la volición. Para ilustrar lo que acabamos de decir, analicemos un simple ejemplo:

Cierto domingo por la tarde un amigo nuestro padecía de fuerte dolor de cabeza. Su deseo era visitar a los enfermos, pero temía que si lo hacía su propia jaqueca empeoraría, y como consecuencia no podría asistir aquella noche a la predicación del Evangelio. Se enfrentaba con dos alternativas: visitar a los enfermos aquella tarde y correr el riesgo de enfermar él, o dedicarse a descansar (dejando a los enfermos para el día siguiente), y levantarse mejorado y bien dispuesto para el culto de la noche. Ahora bien, ¿qué fue lo que decidió a nuestro amigo por una de estas dos alternativas? ¿La voluntad? En absoluto. Ciertamente es que ella fue la que al fin tomó una determinación, pero no sin ser movida a escoger como lo hizo. En el caso mencionado había ciertas consideraciones que presentaban motivos poderosos en pro de una u otra alternativa. Estos motivos fueron pesados y sopesados por el individuo mismo, es decir por su corazón y su mente, y contando una de las alternativas, con motivos más poderosos que la otra, fue tomada la decisión correspondiente, y entonces la voluntad actuó. Por un lado nuestro amigo, impelido por el sentido del deber, se sentía obligado a visitar a los enfermos; la compasión le movía a hacerlo, y éste era el poderoso motivo que pesaba sobre su ánimo para obrar así. Mas por otro lado, su sentido común y prudencia le recordaban que estaba lejos de encontrarse bien, y que necesitaba

un buen descanso; que si visitaba a los enfermos su propio estado empeoraría probablemente, y en tal caso no podría asistir a la predicación del Evangelio aquella noche. Además, sabía que al día siguiente, si el Señor lo permitía, podría visitar a los enfermos; por lo cual, llegó a la conclusión de que debía quedarse a descansar aquella tarde. He aquí, pues, dos grupos de alternativas que se presentan a nuestro hermano cristiano: por una parte, cierto sentido del deber, más sus propias simpatías; por la otra, el sentido de la propia necesidad, más un auténtico interés por la gloria de Dios, pues creía que aquella noche debía asistir a la predicación del Evangelio. Lo segundo fue lo que prevaleció. Las consideraciones espirituales pesaron más que su sentido del deber. Tomada su decisión, la voluntad actuó en consecuencia, y se retiró a descansar. Un análisis del caso presentado demuestra que la mente o facultad razonadora, que había sido dirigida por consideraciones espirituales, reguló y controló la voluntad. Por eso decimos que, si la voluntad es controlada, no es ni soberana ni libre, sino sierva del espíritu.

Se enseña a menudo que la voluntad gobierna al hombre, pero la Palabra de Dios declara que el centro dominante de nuestro ser es el corazón. Podrían citarse muchos textos para corroborar esto: “Sobre toda cosa guardada, guarda tu corazón; porque de él emana la vida” (Prov.4:23). “Porque desde adentro, del corazón del hombre, salen los malos pensamientos, las inmoralidades sexuales, los robos, las maldades etc.” ¡Aquí nuestro Señor descubre la fuente de estos actos pecaminosos, y declara que su origen es el “corazón”, y no la voluntad! Asimismo: “Este pueblo me honra de labios, pero su corazón está lejos de mí” (Mat.15:8). Si se precisaran más pruebas podríamos llamar la atención al hecho de que la palabra “corazón” se halla en la Biblia tres veces por cada vez que aparece la palabra “voluntad”, y además, ¡casi la mitad de las veces que se emplea esta voz, la hallamos referida a la voluntad de Dios”.

Cuando afirmamos que es el corazón y no la voluntad lo que gobierna al hombre, no estamos enzarzándonos en una contienda de meras palabras, sino insistiendo en una distinción de vital importancia. He aquí un individuo ante quien se ofrecen dos alternativas; ¿cuál escogerá? Respondemos que la que más le agrade a él, es decir, a su “corazón”: el centro más recóndito de su ser. Ante el pecador se ha colocado una vida de virtud y piedad, y una vida de vicio, entregada al pecado; ¿cuál seguirá? La segunda. ¿Por qué? Porque es la que escoge. Pero, ¿demuestra eso que la voluntad es soberana? En absoluto. Retrocedemos del efecto a la causa. ¿Por qué escoge el pecador una vida de entrega al pecado? Porque la prefiere; y la prefiere a pesar de todos los argumentos en su contra, aunque desde luego no disfruta de los efectos de tal rumbo. ¿Y por qué la prefiere? Porque su corazón es pecaminoso. De igual manera, las mismas alternativas se enfrentan con el cristiano, y sin embargo éste se decide y lucha por una vida de piedad y virtud. ¿Por qué? Porque Dios le ha dado un nuevo corazón o naturaleza. Por lo cual decimos que no es la voluntad la que hace que el pecador sea impenetrable a todos los llamamientos para que “abandone sus caminos”, sino su corazón corrompido y maligno. ¡No quiere venir a Cristo porque no lo desea, y no lo desea porque su corazón le aborrece y ama el pecado! Véase Jer.17:93. 2. La Esclavitud de la Voluntad Humana.

En cualquier tratado que se proponga estudiar la voluntad humana, su naturaleza y funciones, debe tenerse en cuenta la voluntad de tres hombres diferentes, a saber, Adán antes de su caída, el pecador, y el Señor Jesucristo. En Adán antes de caer, la voluntad era libre en ambos sentidos, libre hacia el bien y libre hacia el mal. Pero con respecto al pecador las cosas son muy diferentes. El pecador nace con una voluntad que no está en estado de equilibrio moral, porque en él hay un corazón “engañoso más que todas las cosas, y perverso”, y esto le hace propenso al mal. También con respecto al Señor Jesús la cosa fue muy distinta: Cristo difería también radicalmente de Adán antes de la caída. El Señor Jesucristo no podía pecar porque era “el Santo

de Dios”. Antes de nacer El en este mundo, fue dicho a María: “El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y la virtud del Altísimo te hará sombra; por lo cual también lo santo que nacerá, será llamado Hijo de Dios” (Lucas 1:35). Hablando con reverencia decimos, pues, que la voluntad del Hijo del Hombre no se hallaba en estado de equilibrio moral, capaz de volverse hacia el bien o hacia el mal, tenemos la voluntad del pecador, propensa al mal, y por lo tanto, “libre” solamente en un sentido, a saber, hacia al mal. La voluntad del pecador está esclavizada porque, como hemos dicho ya, está en servidumbre bajo un corazón depravado.

¿En qué consiste la libertad del pecador? Esta pregunta viene, naturalmente, sugerida por lo que acabamos de decir antes. El pecador es libre en el sentido de que no es forzado desde fuera. El Pecador nunca es forzado a pecar. Pero el pecador no es libre de escoger entre hacer el bien o el mal, porque el corazón maligno que habita en él lo inclina continuamente al pecado. Ilustremos lo que queremos decir. Tengo un libro en la mano. Lo suelto; ¿qué pasa? Caer. ¿En qué dirección? Hacia abajo; siempre hacia abajo. ¿Por qué? Porque, de acuerdo con la ley de gravedad, su propio peso le hace caer. Supongamos que deseo que el libro ocupe una posición un metro más arriba, ¿qué hago? Tengo que levantarlo. Tal es la relación que tiene el hombre caído para con Dios. Mientras el poder divino lo sustenta, es preservado de sumergirse más profundamente en el pecado; pero si el poder sustentador es retirado, cae; su propio peso (el del pecado) lo precipita hacia abajo. Dios no lo empuja, como tampoco yo empujé el libro para que cayera. Si se quita todo freno divino, todos los hombres son capaces de convertirse, y se convertirían, en un Caín, un Faraón, un Judas. ¿Cómo podrá ir, pues, el pecador hacia el cielo? ¿Por un acto de su propia voluntad? Ciertamente no. Un poder externo a él mismo ha de sostenerlo y levantarlo aunque sea centímetro a centímetro. El pecador es libre, pero libre solamente en una dirección: libre para caer, libre para pecar. Como dice la Palabra: “Porque cuando erais esclavos del pecado, estabais libres en cuanto a la justicia” (Rom.6:20). El pecador es libre de hacer siempre lo que quiere (excepto en cuanto es detenido por Dios), pero lo que quiere es pecar.

En la primera parte de este capítulo, insistimos en que es de importancia práctica tener un concepto adecuado de la naturaleza y función de la voluntad, más aun, constituye una piedra de toque de la ortodoxia teológica o la pureza doctrinal. Deseamos ampliar esta declaración, y trataremos de demostrar su exactitud. La libertad o la esclavitud de la voluntad era la línea divisoria entre el agustinianismo y el pelagianismo, y en tiempos más recientes entre el calvinismo y el arminianismo. Reducido a términos sencillos, esto significa que la diferencia de que se trataba era la afirmación o la negación de la depravación total del hombre. Al hacer esta afirmación consideraremos....

La Importancia de la Voluntad Humana.

¿Está dentro de los límites de la voluntad humana aceptar o rechazar al Señor Jesucristo como Salvador? Se reconoce que el Evangelio es predicado al pecador, que el Espíritu Santo lo redarguye de su estado de perdición; pero, bien mirado, ¿está en su propio poder ceder ante Dios? La respuesta que damos a esta pregunta define nuestro concepto de la depravación humana. Todos los que profesan ser cristianos admiten que el hombre es una criatura caída, pero a menudo es difícil determinar lo que entienden por “caída”. La impresión general, al parecer, es que el hombre es ahora mortal, que ya no se halla en la condición en que salió de las manos de su Creador, que es susceptible de enfermedad, que hereda malas tendencias; pero que si emplea sus poderes lo mejor que puede, de una manera u otra será al fin feliz. ¡Oh, cuán lejos está esto de la triste realidad! ¡Las enfermedades, los achaques, aun la muerte corporal, no son sino meras

bagatelas (cosas de poco valor) comparadas con los afectos morales y espirituales de la caída! Sólo consultando las Escrituras podremos tener cierta noción de la importancia de esta terrible calamidad.

Cuando decimos que el hombre está totalmente depravado, significa que la entrada del pecado en la constitución humana ha afectado todas las partes y facultades del ser. La depravación total significa que el hombre, en espíritu, alma y cuerpo, es esclavo del pecado y cautivo del diablo, y anda “conforme a la corriente de este mundo y al príncipe de la potestad del aire, el espíritu que ahora actúa en los hijos de desobediencia” (Efe.2:2). Esta declaración no necesita ser apoyada con argumentos: es un hecho común de la experiencia humana. El hombre no puede realizar sus propias aspiraciones y materializar sus propios ideales. No puede hacer lo que quisiera. Hay una incapacidad moral que lo paraliza, y esto es prueba positiva de que no es libre, sino, al contrario, esclavo del pecado y de Satanás. “Vosotros sois de vuestro padre el diablo, y queréis satisfacer los deseos de vuestro padre..” (Juan.8:44). El pecado es más que un acto o una serie de actos; es un estado o condición: es lo que hay en la raíz de los actos y los produce. El pecado ha penetrado en todo el ser humano y lo ha impregnado totalmente. Ha cegado el entendimiento, corrompido el corazón y alejado de Dios al espíritu. Y la voluntad no ha escapado. La voluntad está bajo el dominio del pecado y de Satanás. Por tanto, la voluntad no está libre. En resumen, los afectos aman lo que aman y la voluntad escoge lo que escoge, debido al estado del corazón y a lo que éste es: engañoso sobre todas las cosas y perverso. “No hay quien busque a Dios” (Rom.3:11).

Repetimos nuestra pregunta: ¿Está en la voluntad del pecador el poder de rendirse a Dios? Trataremos de responder haciendo otras preguntas:

¿Puede el agua (por sí misma) subir por encima de su propio nivel? ¿Puede lo limpio proceder de lo inmundo? ¿Puede la voluntad invertir toda la tendencia y la fuerza de la naturaleza humana? ¿Puede ser que lo que está dominado por el pecado dé origen a lo puro y santo?

Evidentemente, no.

Si la voluntad de una criatura caída y depravada ha de ir hacia Dios alguna vez, es preciso que un poder divino obre sobre ella, venciendo las influencias del pecado que tienden en dirección contraria. Esto es solamente otra manera de decir “Nadie puede venir a mí, a menos que el Padre que me envió lo traiga..” (Juan.6:44). Dicho de otro modo, es preciso que al pueblo de Dios le sea dada la voluntad en el día de Su poder (Sal.110:3). Como dijo J.N. Darby, “si Cristo vino a salvar lo que se había perdido, el libre albedrío no tiene cabida. No es que Dios impida a los hombres a recibir a Cristo -al contrario; pero aun cuando Dios usa todos los incentivos posibles, todo lo que es capaz de ejercer influencia sobre el corazón del hombre, sólo sirve para demostrar que éste no quiere saber nada de ello; que tan corrompido está su corazón, y tan decidida su voluntad a no someterse a Dios (por más que sea el diablo quien le aliente a pecar), que nada puede inducirlo a recibir al Señor y renunciar al pecado. Si con las palabras “libertad del hombre” quieren decir que nadie lo fuerza a rechazar al Señor, esta libertad existe plenamente. Pero si se dice que a causa del dominio del pecado, del cual es esclavo, y esclavo voluntario, no puede escapar de su estado, y escoger lo bueno, entonces no tiene libertad alguna” (letra cursiva nuestra).

La voluntad no es soberana; es una sierva, porque está influida y controlada por las demás facultades del ser humano. La voluntad no es libre, porque el hombre es esclavo del pecado; esto fue indicado claramente en las palabras de nuestro Señor: “Así que, si el Hijo os hace libres, seréis verdaderamente libres” (Juan.8:36). El hombre es un ser racional, y como tal responsable

ante Dios; pero afirmar que es capaz de escoger lo espiritualmente bueno, es negar que está totalmente depravado; depravado en la voluntad como en todo lo demás. Debido a que la voluntad del hombre está gobernada por su espíritu, mente y corazón, debido a que éstos han sido viciados y corrompidos por el pecado, se infiere que si un hombre ha de volverse o ir en dirección a Dios, es Dios mismo quien ha de obrar necesariamente en él “tanto el querer como el hacer, para cumplir su buena voluntad” (Fil.2:13). La cacareada (muy publicada) libertad del hombre es en verdad “servidumbre de corrupción”; “sirve a concupiscencia y deleites diversos”. Como decía un siervo de Dios que había recibido profundas enseñanzas: “El hombre es impotente en cuanto a su voluntad. No tiene la menor voluntad favorable a Dios. Creo en el libre albedrío como voluntad libre solamente para actuar conforme a su naturaleza (letra cursiva nuestra). La paloma no quiere comer carne podrida, como el buitre no quiere comer el alimento limpio de aquella. Satanás era incapaz de querer la santidad, como Dios, y lo decimos con reverencia, era incapaz de querer el mal. El pecador, en su naturaleza pecaminosa, no podría jamás tener una voluntad conforme a Dios. Pero ello sería preciso que naciera otra vez” (J.Denham Smith). Esto es precisamente lo que hemos sostenido a lo largo de todo el capítulo: la voluntad está regulada por la naturaleza.

Entre los “decretos” del Concilio de Trento (1563), que es la norma reconocida del papismo, hallamos lo siguiente (en los cánones sobre la Justificación): “Si alguien dijere que excitada y movida por Dios la voluntad humana no coopera dando su asentimiento a Dios, que le excita y llama a prepararse a obtener la gracia santificante, y que no puede disentir si quiere, sino que es inactiva, y meramente pasiva, sea anatema” (Canon IV. La traducción empleada corresponde a una traducción editada en España).

“Si alguien dijere que desde la caída de Adán el libre albedrío se ha perdido y extinguido; o que es cosa nominal, ficción introducida por Satanás en la Iglesia, sea anatema” (Canon V). ¡O sea, que los (protestantes) que hoy insisten en el libre albedrío del hombre natural creen precisamente lo que Roma enseña sobre el particular!

Para que un pecador sea salvo fueron indispensables tres cosas: Dios Padre tuvo que proponerse su salvación, Dios Hijo tuvo que comprarla, Dios Espíritu Santo tiene que aplicarla. Dios hace más que “formularnos una proposición”. Si solamente “invitara”, todos nosotros nos perderíamos. Esto se ilustra de modo contundente en el Antiguo Testamento. En Esdras 1:1-3 leemos: “En el primer año de Ciro, rey de Persia, y para que se cumpliese la palabra de Jehová por boca de Jeremías, Jehová despertó el espíritu de Ciro, rey de Persia, quien hizo pregonar por todo su reino, oralmente y por escrito, diciendo: Así ha dicho Ciro, rey de Persia: Jehová, Dios de los cielos, me ha dado todos los reinos de la tierra y me ha comisionado para que le edifique un templo en Jerusalén, que está en Judá. Quien haya entre vosotros de todo su pueblo, que su Dios sea con él, y suba a Jerusalén, que está en Judá, y edifique la casa de Jehová Dios de Israel; él es el Dios que está en Jerusalén”. En este caso hubo una “proposición”, hecha a un pueblo en cautividad, ofreciéndoles la oportunidad de partir y regresar a Jerusalén, lugar que era morada de Dios. ¿Respondió todo Israel fervorosamente a esta ofrenda? ¡No, por cierto! La inmensa mayoría se contentó con permanecer en tierra enemiga. ¡Solamente un “residuo” aprovechó esta proposición de misericordia! “Entonces se levantaron los jefes de las casas paternas de Judá y de Benjamín, los sacerdotes y los levitas, todos aquellos cuyo espíritu Dios despertó para subir a edificar la casa de Jehová que está en Jerusalén” (Esd.1:5). De igual manera, Dios “despierta” los espíritus de sus escogidos cuando les llega el llamamiento eficaz, pero hasta entonces no tienen la menor voluntad de responder a las proclamaciones divinas.

La obra superficial de muchos de los evangelistas profesionales de los últimos cincuenta

años es en gran parte responsable de las creencias erróneas que hoy circulan sobre la servidumbre del hombre natural, fomentadas por la pereza de los que en los bancos no lo examinan todo (1Tes.5:21). El púlpito evangélico típico de hoy produce la impresión de que está enteramente en poder del pecador el ser salvo o no serlo. Se dice que “Dios ha hecho su parte, y que ahora al hombre le toca hacer la suya”. Pero, ¿qué puede hacer un ser sin vida, y por naturaleza “muerto en delitos y pecados”? (Efe.2:1). Si se creyera realmente la verdad, habría un mayor sentido de dependencia del Espíritu Santo, en Su descender con poder milagroso sobre las almas, y menos confianza en nuestras tentativas por “ganar a los hombres para Cristo”.

Al dirigirse a los perdidos, los predicadores suelen trazar una analogía entre Dios, enviando el Evangelio al pecador, y un hombre enfermo en cama, con la medicina sanadora en la mesita de noche: todo cuanto debe hacer es extender la mano y tomarla. Mas para que esta ilustración fuese en algún sentido paralela, y correspondiera al cuadro que la Escritura nos presenta del pecador caído y depravado, sería preciso describir al enfermo en cama como ciego (Efe.4:18), de modo que no puede ver la medicina; con la mano paralizada (Rom.5:6), de modo que no puede alcanzarla; y con el corazón no solamente desprovisto de toda confianza en la medicina, sino lleno de odio contra el propio médico (Juan.15:18). ¡Oh, qué creencias tan superficiales se tienen hoy día sobre la desesperada situación del hombre! Cristo no vino a este mundo para ayudar a los que se bastaban por sí solos, sino a hacer por Su pueblo lo que éste no podía hacer por sí mismo: “...a fin de que abras los ojos que están ciegos y saques de la cárcel a los presos, y de la prisión a los que moran en las tinieblas” (Isa.42:7).

Ahora, como conclusión, anticipémonos y respondamos a la objeción acostumbrada e inevitable: ¿Por qué predicar el Evangelio si el hombre es impotente para responder al mismo? ¿Por qué exhortar al pecador a que venga a Cristo si el pecado lo ha esclavizado de tal manera que no tiene poder alguno en sí para venir?

Nuestra respuesta es: no predicamos el Evangelio porque creamos que el hombre tiene “libre albedrío” y por tanto es capaz de recibir a Cristo, sino que lo predicamos porque se nos ha mandado hacerlo (Mar.16:15); y aunque a los que se pierden es locura, “pero para nosotros los que somos salvos, es poder de Dios” (1Cor.1:18). “Porque lo necio de Dios es más sabio que los hombres, y lo débil de Dios es más fuerte que los hombres” (1Cor.1:25). El pecador está muerto en delitos y pecados (Efe.2:1), y un cadáver es absolutamente incapaz de querer nada; por lo cual “...los que viven según la carne no pueden agradar a Dios” (Rom.8:8).

A la sabiduría carnal le parece el colmo de la locura predicar el Evangelio a los que están muertos y son totalmente incapaces de hacer algo por sí mismos. Sí, lógicamente así es, pero los caminos de Dios son diferentes de los nuestros. Ha agradecido a Dios “...le pareció bien salvar a los creyentes por la locura de la predicación” (1Cor.1:21). El hombre quizá considere locura profetizar a los “huesos secos” y decirles: “Huesos secos, oíd la palabra de Jehová” (Eze.37:4). ¡Ah!, pero es que es la palabra de Jehová, y las palabras que él habla “son espíritu y son vida” (Juan.6:63). Los sabios y prudentes habrían dicho junto a la tumba de Lázaro que era señal de demencia el que el Señor se dirigiese a un hombre muerto con las palabras: “Lázaro, ven fuera”. ¡Ah!, ¡pero el que así hablaba era y es la Resurrección y la Vida misma, y a Su palabra aun los muertos viven! Por lo tanto, salimos a predicar el Evangelio, no porque creamos que los pecadores tienen en sí el poder recibir al Salvador que se anuncia, sino porque el propio Evangelio es poder de Dios para salvación a todo aquel que cree y porque sabemos que todos los que están ordenados predestinados para vida eterna (Hch.13:48) creerán (Juan.6:37; 10:16) en el momento que Dios ha designado, pues está escrito: “En el día de tu poder, tu pueblo se te ofrecerá voluntariamente...” (Sal.110:3).

Lo que hemos presentado en este capítulo no es producto del “pensamiento moderno”, ni mucho menos, sino que está en manifiesta oposición a él. De unas cuantas generaciones acá, los hombres se han apartado mucho de las enseñanzas de los antepasados, enseñanzas que se apoyaban en las Escrituras. En los treinta y nueve Artículos de la Iglesia Anglicana leemos: “La condición del hombre, después de la caída de Adán, es tal que no puede volverse ni prepararse a la fe y a invocar a Dios por sus propias fuerzas naturales y buenas obras: por lo cual, no tenemos poder alguno para hacer buenas obras agradables y aceptas a Dios, si antes Su gracia no ha estado en nosotros capacitándonos para tener buena voluntad, y obrado en nosotros, una vez que tenemos esa buena voluntad” (Art.10). En el Catecismo Mayor de Westminster (que solía ser reconocido por todas las iglesias presbiterianas) leemos: “La pecaminosidad del estado en que el hombre cayó consiste en la culpabilidad del primer pecado de Adán, la falta de aquella justicia en que fue creado, y la corrupción de su naturaleza, lo cual indispone, lo incapacita y lo opone absolutamente para todo lo que es espiritualmente bueno, y lo inclina enteramente a todo mal, y esto continuamente” (respuesta a la pregunta 25). Lo mismo en la Confesión Bautista de Fe de Filadelfia (1742), donde leemos: “El hombre, por su caída en estado de pecado, ha perdido por completo todo poder de la voluntad para cualquiera de los bienes espirituales que acompañan a la salvación; por tanto, como hombre natural, siendo totalmente contrario al bien, y muerto en pecados, no puede por sus propias fuerzas convertirse o prepararse para ello” (Capítulo 9)6.

Capítulo 8

LA SOBERANÍA DE DIOS Y LA ORACIÓN

“...Si pedimos algo conforme a su voluntad, él nos oye” (1Juan 5:14).

En todo este libro nuestro principal objeto ha sido exaltar al Creador y humillar a la criatura. La tendencia casi universal hoy día es engrandecer al hombre y deshonar y degradar a Dios. Por todos lados se descubrirá que, cuando se trata de cosas espirituales, el aspecto y el elemento humano es objeto de mayor atención, mientras el aspecto divino, si no se ignora totalmente, queda por lo menos relegado a segundo término. Esto se puede aplicar a gran parte de las enseñanzas modernas acerca de la oración. En la inmensa mayoría de los libros y sermones que se escriben y predicán sobre la oración, el elemento humano llena la escena casi por completo: las condiciones que nosotros tenemos que cumplir, las promesas que nosotros tenemos que “reclamar”, las cosas que nosotros tenemos que hacer para que se nos concedan nuestras peticiones; mientras que lo que Dios dice, los derechos de Dios y la gloria de Dios, reciben a menudo muy poca atención.

Para aclarar lo que está ocurriendo hoy, reproducimos un breve artículo editorial (titulado “¿Oración o Destino?”), que apareció recientemente en uno de los principales semanarios religiosos: “Dios en Su soberanía ha ordenado que los destinos humanos puedan ser cambiados y moldeados por la voluntad del hombre. Esto constituye el centro de la verdad de que la oración cambia las cosas, o sea, que Dios cambia las cosas cuando los hombres oran. Alguien lo ha expresado notablemente de la siguiente manera: ‘Hay ciertas cosas que ocurrirán en la vida de un

hombre tanto si ora como si no. Otras cosas ocurrirán si ora, y no ocurrirán si no ora'. Un obrero cristiano se sintió vivamente impresionado por estas palabras cuando estaba entrando en una oficina, oró pidiendo que el Señor le abriera el camino para poder hablar a alguien acerca de Cristo, creyendo que las cosas cambiarían porque había orado. Luego su mente siguió pensando en otras cosas y la oración quedó olvidada. Llegó la oportunidad de hablar al hombre de negocios a quien visitaba, pero no la aprovechó. Cuando salía, recordó su oración hecha media hora antes, y la respuesta de Dios. Volvió rápidamente sobre los pasos y sostuvo entonces una conversación con aquel hombre, a quien, aunque era miembro de una iglesia, nadie le había preguntado nunca si era salvo. ¡Entreguémonos a oración, y abramos el camino para que Dios cambie las cosas! ¡Seamos cuidadosos, para evitar convertirnos prácticamente en fatalistas si no ejercemos la voluntad que Dios ha dado en la oración!"

Lo que acabamos de reproducir ilustra lo que actualmente se enseña sobre el tema de la oración; y lo deplorable es que apenas se levanta una voz en son de protesta. Decir que "los destinos humanos pueden ser cambiados y moldeados por la voluntad del hombre" es pura incredulidad; no hay otro término para calificarlo. Si alguno discutiera esta calificación, le preguntaríamos si podría hallar un incrédulo en alguna parte que disintiera de la forma de pensar, y estamos seguros de que no podría. Decir que "Dios ha ordenado que los destinos humanos puedan ser cambiados y moldeados por la voluntad del hombre" es absolutamente falso. "El destino humano" no lo decide "la voluntad del hombre", sino la voluntad de Dios. Lo que determina el destino humano es el que un hombre haya nacido de nuevo o no, pues está escrito: "El que no naciere otra vez no puede ver el reino de Dios". Y en cuanto a la voluntad responsable del nuevo nacimiento, Juan 1:13 declara sin lugar a duda cuál es: "los nacieron no de sangre, ni de la voluntad de la carne, ni de la voluntad de varón, sino DE DIOS". Decir que "el destino humano" puede ser cambiado por la voluntad del hombre, es hacer que la voluntad de la criatura sea suprema, lo cual es lo mismo que quitarle a Dios de su trono. Mas, ¿qué dice la Escritura? Responda el Libro: "Jehová hace morir y hace vivir. El hace descender al Seol y hace subir. Jehová hace empobrecer y hace enriquecer. El humilla y enaltece. El levanta del polvo al pobre y al necesitado enaltece desde la basura, para hacerle poseer un trono de honor" (1Sam.2:6-8).

Volviendo al artículo que estamos repasando, se nos dice a continuación: "Esto constituye el centro de la verdad de que la oración cambia las cosas, o sea, que Dios cambia las cosas cuando los hombres oran". Casi en todas partes nos topamos hoy con un cartelón que dice: "La Oración Cambia las Cosas". Lo que se pretende decir con estas palabras se descubre fácilmente en la literatura que circula sobre la oración: nosotros hemos de persuadir a Dios para El cambie de propósito. Más adelante diremos algo más sobre esto.

El escritor del editorial que nos ocupa, dice lo siguiente: "Alguien lo ha expresado eficazmente de la siguiente manera: 'Hay ciertas cosas que ocurrirán en la vida de un hombre tanto si ora como si no. Otras cosas ocurrirán si ora, y no ocurrirán si no ora' ". El hecho de que hay cosas que ocurren tanto si un hombre ora como si no, está ejemplificado diariamente en las vidas de los no regenerados, la mayoría de los cuales no ora jamás. El que "otras cosas ocurrirán si ora" hay que admitirlo con reservas. Si un creyente ora en fe y pide aquello que está de acuerdo con la voluntad de Dios, muy ciertamente alcanzará lo que ha pedido. Asimismo, el que otras cosas ocurrirán si ora, es también cierto en cuanto a los beneficios subjetivos derivados de la oración: Dios llegará a ser más real para él, y sus promesas más preciosas. El que "otras cosas no ocurrirán si no ora" es cierto en cuanto a su propia vida; una vida sin oración significa una vida apartada de la comunión con Dios y todo lo que esto encierra. Pero afirmar que Dios no

quiere ni puede hacer que acontezca lo que se ha propuesto a menos que oremos, es absolutamente erróneo, pues el mismo Dios que ha decretado el fin ha decretado también los medios por los que dicho fin será alcanzado, uno de los cuales es la oración. El Dios que ha determinado conceder una bendición, da también un espíritu de súplica que primeramente la busca.

El ejemplo (del obrero cristiano y el hombre de negocios) que se cita en ese artículo, es muy poco afortunado. Según los términos de la ilustración, Dios no contestó en absoluto la oración del obrero cristiano, puesto que, al parecer, no se abrió el camino para que pudiera hablar a aquel hombre acerca de su alma. Pero al dejar la oficina y recordar su oración, el obrero cristiano (acaso en la energía de la carne) decidió contestar la oración por sí mismo, y en vez de dejar que el Señor “abriese el camino”, tomó el asunto en sus manos.

Citamos a continuación un pasaje de uno de los libros más recientemente publicados sobre la oración. En él dice el autor: “Las posibilidades y la necesidad de la oración, su poder y sus resultados, se manifiestan en la detención y alteración de los propósitos de Dios y en el alivio que reporta cuando su poder azota fuertemente”. Semejante afirmación es una horrible reflexión acerca del carácter del Dios altísimo, quien “hace según su voluntad, y no hay quien estorbe su mano, y le diga: ¿qué haces?”. No hay la menor necesidad de que Dios cambie sus designios ni altere sus propósitos, por la razón absolutamente suficiente de que fueron formados bajo el influjo de la bondad perfecta y la sabiduría infalible. Es posible que los hombres tengan que alterar a veces sus propósitos, pues su vista es tan corta que a menudo no pueden prever lo que ocurrirá después de haber formado sus planes; pero no ocurrirá así en Dios: El conoce el fin desde el principio. Afirmar que Dios cambia su propósito es impugnar su bondad o negar su eterna sabiduría.

En el mismo libro se nos dice: “Las oraciones de los santos de Dios son el capital en el cielo por medio del cual Cristo lleva a cabo su gran obra en la tierra. Las grandes angustias y poderosas convulsiones del mundo son resultado de estas oraciones. La tierra experimenta cambios, revoluciones; los ángeles se mueven con alas más potentes y rápidas, y la línea de conducta de Dios se va formando a medida que las oraciones son más numerosas y más eficientes”. Esto es aun peor si cabe, y no vacilamos en declarar que está escrito en abierta oposición con las enseñanzas de la Escritura. En primer lugar, niega terminantemente Efe.3:11, cuya enseñanza es que Dios tiene una “determinación eterna”. Si el propósito de Dios es eterno, su “línea de conducta” no “está formándose” en la actualidad. En segundo lugar, contradice Efe.1:11, en donde se declara explícitamente que Dios “realiza todas las cosas conforme al consejo de su voluntad”; por lo cual se infiere que las oraciones del hombre no están “formando” el “proceder de Dios”. En tercer lugar, una declaración como la mencionada hace que la voluntad de la criatura sea suprema, pues si nuestras oraciones encauzan el proceder de Dios, es que el Altísimo está subordinado a los gusanos de la tierra. Bien preguntó el Espíritu Santo a través del apóstol: “¿Quién entendió la mente del Señor? ¿O quién llegó a ser su consejero?” (Rom.11:34). Tales pensamientos sobre la oración tienen su origen en un indigno e insuficiente conocimiento de lo que Dios es. Poco consuelo reporta, quizá ninguno, el pensar que oramos a un Dios parecido al camaleón, que cambia de color diariamente. ¿Qué aliento hay en levantar nuestros corazones a Aquel que tiene un pensamiento hoy y otro mañana? ¿De qué servirá suplicar a un monarca terrenal, si supiéramos que era tan voluble como para conceder una petición un día y negarla otro? ¿Acaso no es precisamente la inmutabilidad de Dios lo que más nos alienta a orar? Por ser El “sin mudanza ni sombra de variación” tenemos la seguridad de que si pedimos algo conforme a su voluntad estamos certísimos de ser oídos. Como acertadamente observó Lutero,

“la oración no es vencer la desgana de Dios, sino confiar en su buena voluntad”.

Y esto nos lleva a hacer unas cuantas observaciones en lo que toca al designio de la oración. ¿Por qué ha determinado Dios que oremos? La inmensa mayoría de las personas respondería: Para que podamos obtener de Dios lo que necesitamos. Si bien éste es uno de los propósitos de la oración, no es en modo alguno el principal. Además, esto equivale a considerar la oración sólo desde el punto de vista humano, lo cual crea la triste necesidad y urgencia de contemplarla desde su aspecto divino. Consideremos, pues, algunas de las razones por las que Dios nos haya mandado orar.

En primer lugar, y ante todo, la oración es un mandamiento para que Jehová Dios sea honrado. El Señor quiere que reconozcamos que El es verdaderamente “el Alto y Sublime, el que habita la eternidad” (Isa.57:15). Dios exige que confesemos su dominio universal; al pedir al Señor que lloviese, Elías no hizo sino confesar Su control sobre los elementos; al orar a Dios pidiendo que libre a un pobre pecador de la ira que ha de venir, reconozcamos que “¡La salvación pertenece a Jehová!” (Jon.2:10); al suplicar su bendición sobre el Evangelio hasta lo último de la tierra, declaramos su soberanía sobre el mundo entero.

Asimismo, Dios exige que le adoremos, y la oración, la verdadera oración, es un acto de culto. La oración es un culto, puesto que es un postrarse del alma ante El; puesto que es invocar Su nombre santo y grande; puesto que es confesar Su bondad, Su poder, Su inmutabilidad, Su gracia; y puesto que es el reconocimiento de Su soberanía, confesada al someterse a Su voluntad. Es muy significativo observar, en este aspecto, que Cristo no llamó al Templo, Casa de Sacrificio, sino Casa de Oración.

Asimismo, la oración redundará en gloria de Dios, pues en ella no hacemos sino reconocer que dependemos de El. Cuando suplicamos humildemente al Ser Divino, nos ponemos en sus manos y a su merced. Al buscar las bendiciones de Dios confesamos que El es el autor de toda buena dádiva y todo don perfecto. El hecho de que la oración da gloria a Dios se aprecia también en que ella nos lleva al ejército de la fe, y nada le honra y le agrada tanto en nosotros como la confianza de nuestros corazones.

En segundo lugar, Dios ha designado la oración para nuestra bendición espiritual, como medio para nuestro crecimiento en la gracia. Cuando tratamos de aprender cuál es el designio de la oración, debiéramos de aprender siempre en este aspecto antes de pasar a considerarla como medio de obtener la satisfacción de nuestras necesidades. Dios ha designado la oración para nuestra humillación. La oración, o la verdadera oración, es ponerse ante la presencia de Dios, y la experiencia de Su inmensa majestad produce en nosotros el pleno conocimiento de nuestra nulidad e indignidad. Asimismo, la oración ha sido designada por Dios para ejercicio de nuestra fe. La fe es engendrada por la Palabra (Rom.10:17), pero ejercitada en la oración; por esto leemos de “la oración de fe”. Asimismo, la oración lleva al amor a obrar. Del hipócrita se dice: “¿Se deleitará en el Todopoderoso? ¿Invocará a Dios en todo tiempo?” (Job.27:10). Pero los que aman al Señor no pueden estar muy lejos de El, pues se deleitan en descargar en El sus pesares. No solamente la oración lleva al amor a obrar, sino que, por las respuestas directas otorgadas a nuestras oraciones, nuestro amor a Dios aumenta; es incrementado: “Amo a Jehová, pues ha escuchado mi voz y mis súplicas” (Sal.116:1). Además, la oración ha sido designada por Dios para enseñarnos el valor de las bendiciones que hemos buscado en El, haciendo que nos gocemos tanto más cuando El nos ha concedido lo que le habíamos suplicado.

En tercer lugar, la oración ha sido mandada por Dios para que busquemos en El las cosas que necesitamos. Mas aquí puede presentarse una dificultad a los que han leído cuidadosamente los capítulos anteriores de este libro. Si Dios, antes de la fundación del mundo, ha preordenado

todo lo que ocurre dentro del tiempo, ¿de qué sirve la oración? Si es cierto que “de El, y por medio de El y para El son todas las cosas” (Rom.11:36), ¿por que orar? Antes que contestamos directamente a estas cuestiones, conviene indicar que existen las mismas razones para preguntar: ¿de qué sirve que yo comparezca ante Dios y le diga lo que ya sabe? ¿de qué sirve que le presente mi necesidad si El ya la conoce?, que para objetar: ¿de qué sirve orar por una cosa si todo ha sido ordenado de antemano por Dios? La oración no tiene por objeto informar a Dios, como si El no supiese las cosas (el Salvador declaró explícitamente, en Mat.6:8 “...porque vuestro Padre sabe de qué cosas tenéis necesidad antes que vosotros le pidáis”), sino que es para reconocer que ya sabe de que designada para que Dios pueda saber lo que necesitamos, sino como confesión a Dios de nuestra experiencia de la necesidad. En ésto, como en todo, los pensamientos de Dios no son como los nuestros. Dios quiere que Sus dones sean buscados. Se ha propuesto que le honremos pidiéndole, de la misma manera que le hemos de dar gracias después de habernos concedido su bendición.

Sin embargo, vuelve a planteárenos la siguiente cuestión: Si Dios ha predestinado todo lo que acaece, y si controla todos los acontecimientos, ¿no será la oración una práctica poco provechosa? Estas preguntas tienen una respuesta suficiente: oramos porque Dios nos manda orar: “Orad sin cesar” (1Tes.5:17). “Les refirió también una parábola acerca de la necesidad de orar siempre y no desmayar”. También declara la Biblia que “la oración de fe dará salud al enfermo...” y “La ferviente oración del justo, obrando eficazmente, puede mucho” (Stg.5:15,16). El Señor Jesucristo, nuestro ejemplo perfecto en todas las cosas, fue de modo preeminente un Hombre de Oración. Es evidente, pues, que la oración no carece de significado ni de valor. No obstante todo lo dicho, la dificultad no ha sido allanada, ni la pregunta con que empezamos, respondida. ¿Cuál es, pues, la relación entre la soberanía de Dios y la oración cristiana?

Ante todo, queremos dejar bien sentado que la oración no tiene objeto alterar el propósito de Dios, ni moverle a formarse otro nuevo. Dios ha decretado que ciertos acontecimientos tengan lugar a través de los medios que El ha designado para su cumplimiento. Dios ha elegido a ciertas personas para ser salvas, pero también ha decretado que lo sean por medio de la predicación del Evangelio. El Evangelio, pues, es uno de los medios establecidos para el cumplimiento del eterno consejo del Señor, como la oración es otro. Dios ha decretado los medios al mismo tiempo que el fin, y entre dichos medios está la oración. Aun las plegarias de su pueblo están incluidas en sus eternos decretos. Por tanto, en vez de ser las oraciones algo vano, se encuentran entre los medios por los cuales Dios realiza sus decretos. “Si es cierto que las cosas ocurren por un azar ciego, o por necesidad fatal, las oraciones, en tal caso, no tendrían la menor eficacia moral, ni utilidad alguna; pero dado que están reguladas por la dirección de la sabiduría divina, tienen un lugar en el orden de los acontecimientos” (Haldane).

La Escritura enseña claramente que las oraciones pidiendo precisamente el cumplimiento de las cosas que Dios ha decretado no carecen de significado. Elías sabía que Dios estaba a punto de dar la lluvia, pero esto no le impidió entregarse inmediatamente a la oración (STg.5:17,18). Daniel “entendió” por los escritos de los profetas que la cautividad debía durar solamente setenta años, pero cuando estos setenta años habían casi terminado, se nos dice que volvió su “rostro al Señor Dios, buscándole en oración y ruego, con ayuno, cilicio y ceniza” (Dan.9:2,3). Dios dijo al profeta Jeremías: “Porque yo sé los planes que tengo acerca de vosotros, dice Jehová, planes de bienestar y no de mal, para daros porvenir y esperanza”. Y en vez de añadir: “No hay, pues, necesidad de que me pidáis por estas cosas”, dijo: “Me invocaréis. Vendréis y oraréis a mí, y yo os escucharé” (Jer.29:11-12).

En Ezequiel 36 leemos las promesas explícitas, positivas e incondicionales que Dios ha

hecho tocante a la futura restauración de Israel; pero el versículo 37 de dicho capítulo se nos dice: “Así ha dicho el Señor Jehová: Aún he de ser buscado por la casa de Israel para hacerles esto”. Aquí tenemos pues el designio de la oración: no para que Dios altere su voluntad, sino para que se cumpla en la hora y manera perfectas que El ha establecido. Es por haber Dios prometido ciertas cosas que podemos pedirles en plena certidumbre de fe. El propósito de Dios es que su voluntad se cumpla por los medios que El mismo ha decretado, y hacer bien a su pueblo conforme a sus propias condiciones, es decir por los “medios” y “condiciones” de la súplica y el ruego. ¿Acaso el Hijo de Dios no sabía con certeza que después de su muerte y resurrección sería exaltado por el Padre? Sin duda que lo sabía. Pero he aquí que lo hallamos pidiendo precisamente esto: “Ahora pues, Padre, glorifícame tú en tu misma presencia, con la gloria que yo tenía en tu presencia antes que existiera el mundo” (Juan 17:5). ¿No sabía igualmente que ninguno de los suyos perecería? ¡Sin embargo, rogó al Padre que los “guardara”! (Juan 17:11).

Finalmente, conviene decir que la voluntad de Dios es inmutable, y que nuestros clamores no pueden alterarla. Cuando su pensamiento no está hacia un pueblo para hacerle bien, las más fervientes e importunas oraciones de aquellos que le busquen con el mayor interés, no pueden volverlo hacia ellos: “Entonces Jehová me dijo: —Aunque Moisés y Samuel se pusiesen delante de mí, mi alma no estaría con este pueblo. Échalos de mi presencia, y que se vayan” (Jeremías 15:1). Las oraciones de Moisés para entrar en la tierra prometida constituyen un caso paralelo.

Nuestras creencias con respecto a la oración han de ser revisadas y conformadas con las enseñanzas de la Escritura. He aquí la idea que, por lo común, se tiene hoy día: Me presento ante Dios, le pido algo que necesito, y espero que me lo dé. Pero este concepto es en sumo grado deshonesto y degradante. Las creencias populares rebajan a Dios a la categoría de un mero siervo, nuestro siervo: hace lo que le decimos, cumple nuestra voluntad, y concede nuestros deseos. No; orar es presentarme ante Dios, contarle mi necesidad, encomendarle mis caminos, y dejar que haga según a El le parezca mejor. De esta forma someto mi voluntad a la suya, en vez de procurar, como en el caso anterior, someter la suya a la mía. No hay oración agradable a Dios a menos que el espíritu que la mueve sea el que dice: “No se haga mi voluntad, sino la tuya”. “Cuando Dios concede bendiciones a una congregación que ora, no es por causa de sus oraciones, como si éstas le inclinaran y movieran a ello; sino que es por Su propia causa, y por Su propia voluntad soberana. Si se dijera: Entonces ¿qué propósito tiene la oración?, se responde: Esta es la manera y los medios que Dios ha establecido para la comunicación de las bendiciones de Su bondad a Su pueblo. Pues, aunque las ha provisto, las ha prometido, y se ha propuesto darlas, para que así sea quiere también que se las pidan; siendo un deber y un privilegio el pedir. Cuando se es bendecido con un espíritu de oración, es una buena señal y parece indicar que Dios se propuso conceder las buenas cosas pedidas, las cuales deben pedirse siempre con sumisión a Su voluntad, diciendo: No se haga mi voluntad, sino la tuya” (Juan Gill). La distinción que acabamos de hacer es de gran importancia práctica para la paz de nuestro corazón. Acaso pueda decirse que la cuestión de las oraciones no contestadas es una de las que más inquietan a los cristianos. Piden a Dios, y, según su manera de ver las cosas, piden con fe, creyendo que recibirán aquello por lo que suplican al Señor. Piden encarecida y repetidamente, pero la respuesta no llega. El resultado es que, en la mayoría de los casos, la fe en la eficacia de la oración se debilita, hasta que la esperanza cede al desaliento y el trono de la gracia queda completamente olvidado. ¿No es así?

Ahora bien, ¿quedarán sorprendidos nuestros lectores si decimos que toda verdadera

oración de fe ofrecida a Dios ha sido contestada? Y sin embargo lo afirmamos sin vacilar. Pero al mismo tiempo que lo decimos, hemos de volver a referirnos a nuestra definición de lo que es oración. Permítasenos que la repitamos. Oración es un presentarse ante Dios contándole nuestra necesidad (o la necesidad de otros), encomendándole nuestro camino, y dejando que El proceda según mejor le parezca. Esto es dejar que Dios conteste la oración de la manera que El crea conveniente, sea la que sea, bien que, a menudo, su respuesta quizá sea la que menos agrade a la carne. Sin embargo, si realmente hemos DEJADO nuestra necesidad en sus manos, será su respuesta a pesar de todo. Veamos dos ejemplos:

En Juan 11 leemos acerca de la enfermedad de Lázaro. El Señor lo “amaba”, pero estaba ausente de Betania. Las hermanas enviaron un mensaje al Señor para darle a conocer el estado de su hermano. Y nótese particularmente los términos en que estaba concebida su llamada: “Señor, he aquí el que amas está enfermo.” Eso fue todo. No le pidieron que sanara a Lázaro. No solicitaron que se apresure a ir a Betania. ¡Le presentaron simplemente su necesidad, pusieron el caso en Sus manos, y dejaron que actuara según El considerase más oportuno! ¿Y cuál fue la respuesta de nuestro Señor? ¿Atendió a su llamamiento y contestó a su muda súplica? Sí, por cierto, aunque quizá no de la manera que ellas habían esperado. ¡Contestó permaneciendo “aún dos días más en el lugar donde estaba” (Juan 11:6), y dejando que Lázaro muriera! Pero en este caso, eso no fue todo. Más tarde se trasladó a Betania y levantó a Lázaro de entre los muertos. Nuestro propósito al mencionar este pasaje, es ilustrar la actitud adecuada del creyente ante Dios, en la hora de la necesidad. El siguiente ejemplo mostrará aún más evidentemente el método divino para responder a la necesidad de uno de sus hijos.

Consultemos 2Cor.12. Se ha concedido al apóstol Pablo un privilegio inaudito. Ha sido arrebatado al Paraíso. Sus oídos han escuchado y sus ojos han contemplado lo que ningún otro mortal ha oído ni visto en el lado de acá de la muerte. La maravillosa revelación fue más de lo que el apóstol podía soportar. Estaba en peligro de hincharse a causa de su extraordinaria experiencia. Por tanto, se le envía un aguijón en la carne, un mensajero de Satanás que le abofetea para que no se enaltezca sobremanera. Y el apóstol presenta su necesidad ante el Señor; le implora por tres veces que este aguijón en la carne se quite de él. ¿Fue contestada su oración? Sin duda, aunque no como había deseado. El aguijón no fue quitado, pero le fue dada gracia para soportarlo. La carga no fue retirada, pero le fue concedida fortaleza para llevarla.

¿Objetará alguno diciendo que es privilegio nuestro hacer algo más para presentar nuestra necesidad ante Dios? ¿Se nos dirá, acaso, que Dios, por decirlo así, nos ha dado un cheque en blanco y nos ha invitado a llenarlo? ¿Se dirá, quizá, que sus promesas lo incluyen todo, y que podemos pedirle lo que queramos? Si es así, hemos de llamar la atención al hecho de que es necesario comparar texto con texto en la Biblia si queremos conocer todo el pensamiento de Dios sobre cualquier tema, y al hacerlo en este particular, descubrimos cómo Dios ha limitado las promesas dadas a las almas que oran, diciendo: “si pedimos algo conforme a su voluntad, él nos oye” (1Jn.5:14). La verdadera oración es comunión con Dios, de modo que habrá pensamientos comunes entre su mente y la nuestra. Es necesario que El llene nuestros corazones de Sus pensamientos, para que Sus deseos se conviertan en nuestros deseos, y éstos retornen de nuevo a El. He aquí, pues, el punto de unión entre la soberanía de Dios y la oración cristiana: Si pedimos algo conforme a su voluntad, El nos oye, y si no pedimos, no nos oye; como dice el apóstol Santiago, “Pedís, y no recibís; porque pedís mal, para gastarlo en vuestros placeres” 4:3).

Pero, ¿no dijo el Señor Jesús a sus discípulos: “En aquel día no me preguntaréis nada. De cierto, de cierto os digo que todo cuanto pidáis al Padre en mi nombre, él os lo dará” (Juan 16:23). Sí, en efecto; por su promesa no da carta blanca a aquellos que oran. Estas palabras de

nuestro Señor están de perfecto acuerdo con las del apóstol Juan: “si pedimos algo conforme a su voluntad, él nos oye” (1Jn.5:14). ¿Qué es pedir “en mi nombre”? Sin duda, muchísimo más que una fórmula de oración, mucho más que la mera conclusión de nuestras súplicas con las palabras “en el nombre de Cristo”. ¡Solicitar algo a Dios en el nombre de Cristo ha de estar necesariamente de acuerdo con lo que Cristo es! Pedir a Dios en el nombre de Cristo es como si Cristo mismo fuera el que suplicase. Solamente podemos pedir a Dios lo que Cristo pediría. ¡Pedir en el nombre de Cristo es, por tanto, descartar nuestra propia voluntad aceptando la de Dios!

Amplíemos ahora nuestra definición de lo que es la oración. ¿Qué es la oración? La oración no es tanto un acto como una actitud; una actitud de dependencia, de dependencia de Dios. La oración es la confesión de flaqueza que hace la criatura, confesión de impotencia. La oración es el reconocimiento de nuestra necesidad, la cual presentamos ante Dios. No decimos que esta definición sea exhaustiva; no lo es. Pero sí, ciertamente, que estos elementos son su parte esencial y primordial. Reconocemos francamente nuestra total incapacidad para dar una definición completa de lo que es la oración en el espacio de una breve frase, o en un número concreto de palabras. La oración es tanto una actitud como un acto, un acto humano que al mismo tiempo posee un elemento divino, elemento que impide efectuar todo análisis, hecho que asimismo, sería una tentativa impía. Empero admitiendo esto, insistimos de nuevo en que la oración es fundamentalmente una actitud de dependencia de Dios. Por tanto, orar es precisamente lo contrario de dictar algo a Dios. Puesto que la oración es una actitud de dependencia, el que ora de veras es sumiso a la voluntad de Dios; sumisión que significa que estamos contentos de que el Señor ministre nuestra necesidad conforme a los dictados de su propia voluntad soberana. Y por esto decimos que toda oración ofrecida a Dios en este espíritu, recibirá con toda certeza una respuesta de El.

He aquí, pues, la contestación a nuestra pregunta inicial, y la solución bíblica a la aparente dificultad. La oración no es pedir a Dios que cambie su propósito que forme uno nuevo. La oración es la adopción de una actitud de dependencia de Dios, presentar ante El nuestra necesidad, pedir aquellas cosas que están de acuerdo con su voluntad. Así, pues, no hay absolutamente nada incompatible entre la soberanía divina y la oración cristiana.

Al terminar este capítulo, quisiéramos insertar unas palabras de advertencia para salvaguardar al lector del peligro de sacar conclusiones falsas de lo que se ha dicho. No hemos tratado de resumir aquí todas las enseñanzas de la Escritura sobre el tema de la oración, y ni siquiera hemos intentado estudiar de una forma general el problema de la oración; sino que nos hemos limitado, más o menos, a considerar la relación que existe entre la soberanía de Dios y la oración cristiana. Lo que hemos escrito va destinado principalmente a servir de protesta contra gran parte de las enseñanzas modernas, que de tal manera enfatizan el elemento humano de la oración, que el aspecto divino se pierde de vista casi por entero.

En Jeremías 10:23 se nos dice que no es del hombre que camina ordenar sus pasos (veáse Pro.16:9); pero en muchas de sus oraciones el hombre pretende impíamente dirigir al Señor en Su camino, y en lo que El debe hacer. Hasta tal punto esto es así, que el hombre, con sus súplicas irreverentes, implícitamente declara que si él dirigiera los asuntos del mundo y de la Iglesia, pronto haría que las cosas fueran muy diferentes de lo que son. Esto no puede negarse: cualquiera que tenga el menor discernimiento espiritual no puede dejar de apreciar este espíritu en muchas de nuestras modernas reuniones de oración, donde la carne ejerce su poder. ¡Cuán tardos somos para aprender la lección de que la criatura altiva necesita que la obliguen a caer de rodillas y humillarse en el polvo! Y éste, precisamente, es el lugar a donde debe llevarnos la

oración. ¡Pero el hombre (con su acostumbrada perversidad) convierte el estrado en un trono desde donde quisiera dirigir al Omnipotente en lo que Este debiera hacer! ¡La impresión que se saca es la de que si Dios tuviese la mitad de la compasión que tienen los que “oran”, todo se arreglaría rápidamente! Tal es la arrogancia de la vieja naturaleza, aun en un hijo de Dios.

Nuestro propósito principal en este capítulo ha sido el de hacer énfasis en la necesidad que hay de que en la oración sometamos nuestras voluntades a la de Dios. Pero conviene también añadir que la oración es mucho más que una práctica piadosa, y algo muy diferente de una función mecánica. La oración es, sin duda, un medio decretado por Dios por el cual podemos obtener de El las cosas que pedimos, con tal que pidamos conforme a su voluntad. Estas páginas se habrán escrito en vano a menos que induzcan, tanto al autor como al lector, a clamar con más profundo fervor que nunca:

“Señor, enséñanos a orar” (Lucas 11:1).

Capítulo 9

NUESTRA ACTITUD HACIA LA SOBERANÍA DE DIOS

“Si Padre, porque así te agradó” (Mat.11:26).

En el presente capítulo consideraremos, aunque concierta brevedad, la aplicación práctica que debemos hacer de la gran verdad que hemos ponderado, en sus diversos aspectos, en páginas anteriores. En el capítulo siguiente trataremos con más detalles del valor de esta doctrina, pero aquí quisiéramos limitarnos a una definición de lo que conviene sea nuestra actitud hacia la soberanía de Dios.

Toda verdad revelada para nosotros en la Palabra de Dios, está allí, no solamente para información nuestra, sino también para sernos inspiración. La Biblia nos ha sido dada, no para satisfacer una curiosidad ociosa, sino para edificar nuestras almas. La soberanía de Dios es más que un principio abstracto que explica el aspecto racional del gobierno divino: ha sido designada para fomentar el temor de Dios, nos es dada a conocer para estimularnos a vivir píamente, nos ha sido revelada para traer a sujeción nuestros rebeldes corazones. Un reconocimiento auténtico de la soberanía de Dios humilla como sólo esto puede humillar, y somete el corazón humildemente ante Dios, haciendo que renunciemos a la voluntad de nuestro yo y que nos deleitemos en percibir y ejecutar la voluntad divina.

Cuando hablamos de la soberanía de Dios queremos decir muchísimo más que el poder gubernamental de Dios puesto en práctica, aunque, desde luego, esto está incluido en dicha expresión. Como hemos notado en uno de los capítulos anteriores, la soberanía de Dios es la misma esencia de su divinidad. En su sentido más pleno y profundo, el título de este libro significa el carácter y ser de Aquel cuya voluntad se lleva a cabo y cuyo propósito se cumple. Por tanto, reconocer en verdad la soberanía de Dios es contemplar al propio Soberano. Es venir a presencia de la augusta “Majestad en las alturas”. Es tener una visión del Dios tres veces santo en

su excelente gloria. Los efectos de tal visión pueden aprenderse en los textos bíblicos que describen la experiencia de quienes han alcanzado una visión de Jehová Dios.

Notemos la experiencia de Job, aquel de quien el propio Señor dijo: “No hay otro como él en la tierra, un hombre integro y recto, temeroso de Dios y apartado del mal” (Job 1:8). Al final del libro que lleva su nombre, se nos muestra a Job en presencia de Dios; ¿y cómo se comporta cuando es llevado ante Jehová? Oigamos lo que dice: “De oídas había oído de ti, pero ahora mis ojos te ven. Por tanto, me retracto, y me arrepiento en polvo y ceniza” (Job 42:5,6). Así pues, la visión de Dios, Dios revelado en terrible majestad, hizo que Job se aborreciera a sí mismo, y no solamente esto, sino también que se humillara ante el Omnipotente.

Obsérvese a Isaías. En el capítulo seis de su profecía se nos ofrece una escena pocas veces igualada aun en la Escritura. El profeta contempla al Señor en Su trono, un trono “alto y sublime”. Encima de este trono no están serafines con rostros cubiertos, dando voces diciendo “Entonces dije: —¡Ay de mí, pues soy muerto! Porque siendo un hombre de labios impuros y habitando en medio de un pueblo de labios impuros, mis ojos han visto al Rey, a Jehová de los Ejércitos” (Isa.6:5). La visión del Rey divino humilló a Isaías hasta el polvo, llevándole, en efecto, a darse cuenta de su propia nulidad.

Prosigamos. Veamos al profeta Daniel. Cerca del final de su vida, este hombre de Dios contempló al Señor en una teofanía (Jehová se apareció a su siervo en forma humana). Fue vestido de lienzos y “ceñidos sus lomos” de oro fino, símbolo de santidad y gloria divina. Leemos que “Su cuerpo era como crisólito, y su rostro como el aspecto del relámpago. Sus ojos eran como antorchas de fuego, y sus brazos y sus piernas como bronce bruñido, y el sonido de sus palabras como el estruendo de una multitud”. Daniel cuenta entonces el efecto que esta visión tuvo sobre él y los que con él estaban: “Sólo yo, Daniel, vi la visión, y no la vieron los hombres que estaban conmigo. Sin embargo, cayó sobre ellos gran temor, y huyeron para esconderse. Yo, pues, quedé solo y vi esta gran visión. No quedaron fuerzas en mí; más bien, mi vigor se convirtió en debilidad, y no retuve mi fuerza. Luego oí el sonido de sus palabras; y al oír el sonido de sus palabras, caí adormecido sobre mi rostro, con mi rostro en tierra” (Dan.10:6-9). Por tanto, se nos muestra una vez más que la visión del Dios soberano hace que el esfuerzo de la criatura se marchite, y los resultados son que el hombre es humillado hasta el polvo ante su Hacedor. ¿Cuál, pues, ha de ser nuestra actitud para con el Soberano Supremo? Nuestra respuesta es: la de un: Santo Temor.

¿Por qué las masas están hoy tan absolutamente despreocupadas de las cosas espirituales y eternas amando los placeres más que a Dios? ¿Por qué aun en los campos de batalla las multitudes son tan indiferentes al bienestar de sus almas? ¿Por qué el desprecio hacia el cielo se está haciendo cada vez más descarado, vocingleros y osado? Porque “no hay temor de Dios delante de sus ojos” (Rom.3:18). Asimismo, ¿por qué de un tiempo a esta parte la autoridad de las Escrituras está siendo tan tristemente despreciada? ¿Por qué aun entre los que profesan ser pueblo de Dios hay tan poca sujeción a su Palabra, y sus preceptos son tan poco apreciados y tan fácilmente arrinconados? ¡Ah! lo que hoy hace falta es recalcar con todo vigor que Dios es un Dios que debe ser temido.

” El temor de Jehová es el principio del conocimiento” (Prov.1:7). Feliz el alma que ha sido atemorizada por una visión de la majestad de Dios, que ha tenido una percepción de la pavorosa grandeza de Dios, de Su inefable santidad, de Su perfecta justicia, de Su poder irresistible, de Su gracia soberana. Quizá diga alguno: “¿Pero no son únicamente los no salvos, los que están fuera de Cristo, los tienen que temer a Dios?” Quien hable así sepa que los que son salvos, los que están en Cristo, son los exhortados a ocuparse en su salvación con “temor y

temblor". Hubo un tiempo en que era costumbre general hablar del creyente como de un "hombre temeroso de Dios"; y el hecho de que semejante apelativo se haya casi extinguido sirve para demostrar dónde hemos ido a parar. ¡No obstante, sigue estando escrito: "Como el padre se compadece de los hijos, así se compadece Jehová de los que le temen" (Sal.103:13).

Cuando hablamos de santo temor, desde luego, no queremos decir temor servil, como el que predomina entre los paganos ante sus dioses. No; nos referimos a aquel espíritu que Jehová ha prometido bendecir, aquel espíritu al que el profeta se refería cuando dijo: "Mi mano hizo todas estas cosas; es así como todas estas cosas llegaron a existir, dice Jehová. Pero a éste miraré con aprobación: al que es humilde y contrito de espíritu, y que tiembla ante mi palabra" (Isa.66:2). Esto era lo que el apóstol tenía por objeto cuando escribió: "Honrad a todos; amad a los hermanos; temed a Dios; honrad al rey" (1Ped.2:17). Y nada fomentará tanto este santo temor como el reconocimiento de la majestad soberana de Dios.

¿Cuál ha de ser nuestra actitud hacia la soberanía de Dios? De nuevo respondemos: la de una... Obediencia implícita

La visión de Dios no lleva a darnos cuenta de nuestra pequeñez y nulidad, acaba mostrándonos nuestra dependencia de El, y hace que nos pongamos en sus manos. O también: la visión de la Majestad estimula el espíritu de un santo temor y éste, a su vez, engendra un andar en la obediencia. He aquí, pues, el antídoto divino para el mal innato de nuestros corazones. Naturalmente, el hombre está lleno de su propia importancia, de su grandeza y autosuficiencia; o lo que es lo mismo, de orgullo y rebeldía. Pero, según hemos visto, el gran remedio consiste en contemplar al Dios Poderoso; sólo esto lo humillará realmente. El hombre se gloria en sí mismo o en Dios. El hombre vive para servirse y agradarse a sí mismo o procura servir y agradar al Señor. Ninguno puede servir a dos señores.

La irreverencia engendra desobediencia. Dijo el altivo monarca de Egipto: "¿Quién es Jehová para que yo escuche su voz y deje ir a Israel? Yo no conozco a Jehová, ni tampoco dejaré ir a Israel" (Exo.5:2). Para Faraón, el Dios de los hebreos era tan sólo un dios, uno de tantos, un ser impotente a quien no había por qué temer ni servir. Hasta qué punto estaba equivocado, y cuán cara tuvo que pagar su equivocación, ¡pronto lo descubrió! Pero lo que aquí tratamos de subrayar es que el espíritu despectivo de Faraón era fruto de su irreverencia, y ésta, a su vez, ¡consecuencia de su ignorancia acerca de la majestad y la autoridad del Ser Divino!

Ahora bien, si la irreverencia engendra desobediencia, la verdadera reverencia producirá la obediencia. Darse cuenta de que la Sagrada Escritura es la revelación del Altísimo, en la que nos habla de su manera de pensar y nos define su voluntad, es el primer paso hacia la piedad práctica. Reconocer que la Biblia es la Palabra de Dios, y que sus preceptos son los preceptos del Omnipotente, nos llevará a ver cuán terrible cosa es despreciarlos e ignorarlos. Recibir la Biblia como mensaje dirigido a nuestras almas, dado por el propio Creador, hará que clamemos con el salmista: "Inclina mi corazón a tus testimonios....Afirma mis pasos con tu palabra..."(Sal.119:36,133). Una vez comprendida y asimilada la soberanía del Autor de la Palabra, ya no habrá lugar a rebuscar y escoger en ella solamente aquellos preceptos y estatutos que cuentan con nuestra aprobación, sino que se tendrá plena conciencia de que la actitud que corresponde a la criatura es la de una sumisión sin reservas y de todo corazón.

¿Cuál ha de ser nuestra actitud para con la soberanía de Dios? Sigamos respondiendo: la de una... Entera resignación

El verdadero acatamiento de la soberanía de Dios excluirá toda murmuración. Esto, aunque evidente por sí mismo, es un pensamiento que merece una detenida reflexión. Es cosa natural murmurar contra pérdidas y aflicciones. Es natural quejarse cuando nos vemos privados

de aquellas cosas en las que habíamos puesto nuestros corazones. Somos propensos a considerar nuestras posesiones como incondicionalmente nuestras. Pensamos que cuando hemos desarrollado nuestros planes con prudencia y diligencia, tenemos derecho al éxito; que cuando a fuerza de trabajo duro hemos acumulado "competencia", merecemos conservarla y disfrutar de ella; que cuando estamos rodeados de una familia venturosa, ningún poder puede penetrar legítimamente en el círculo encantado y herir a un ser que amamos; y si en cualquiera de estos casos llega a producirse un disgusto, la bancarrota o una muerte, el instinto pervertido del corazón humano lo lleva a clamar contra Dios. ¡Ah!, pero en aquel que, por la gracia, ha reconocido la soberanía de Dios, esta murmuración es acallada, y en su lugar el corazón se inclina ante la voluntad divina, reconociendo que El no ha afligido tanto como merecemos.

La verdadera aceptación de la soberanía de Dios confiesa que El tiene perfecto derecho a hacer de nosotros lo que quiera. Aquel que se inclina ante la voluntad del Omnipotente, reconoce Su derecho absoluto a hacer con nosotros según crea adecuado. Si quiere enviar pobreza, enfermedad, aflicciones familiares, aun cuando el corazón esté sangrando por todos sus poros, dice: El juez de toda la tierra, ¿no ha de hacer lo que es justo? A menudo hay lucha, pues la mente carnal permanece en el creyente hasta el fin de su peregrinaje terreno; pero aunque en su pecho se agite la tormenta, para aquel que realmente se ha entregado a esta bendita verdad, sonará al instante aquella voz que, como antiguamente dijera al turbulento Genezaret, volverá a decir: "Calla, enmudece". Y la tormenta se calmará, y el alma sometida levantará con confianza sus ojos llenos de lágrimas al cielo, y dirá: "Hágase tu voluntad".

Una sorprendente ilustración del alma inclinándose ante la voluntad soberana de Dios es la que nos ofrece la historia de Elí el sumo sacerdote de Israel. En 1Samuel 3 se nos enseña cómo Dios reveló al niño Samuel su intención de matar a los dos hijos de Elí a causa de su impiedad, mensaje que Samuel comunicó al anciano sacerdote al otro día por la mañana. Es difícil concebir una noticia más espantosa para el corazón de un piadoso padre. El anuncio de que su hijo va a ser herido de muerte repentina, sean cuales fueren las circunstancias, es una gran prueba para cualquier padre; pero al enterarse de que sus dos hijos (en la flor de la vida, pero sin la menor preparación para la muerte) habían de ser cortados por juicio divino, tuvo que haber sido verdaderamente abrumador. Mas, ¿cómo reaccionó Elí cuando se enteró por Samuel de tan trágicas nuevas? ¿Qué respondió cuando supo la terrible noticia? "Entonces él dijo: —¡El es Jehová! Que haga lo que le parezca bien" (1Sam.3:18). Y no salió de él otra palabra. ¡Maravillosa sumisión! ¡Sublime resignación! Precioso ejemplo de la gracia divina para controlar los afectos más intensos del corazón humano y para subyugar la voluntad rebelde, poniendo en ella una sumisión resignada a los decretos soberanos de Jehová.

Otro ejemplo igualmente extraordinario lo tenemos en la vida de Job. Como es bien sabido, Job era temeroso de Dios y apartado de mal. Si jamás hubo alguien que pudiera razonablemente esperar que la providencia divina le sonriera (hablamos humanamente) éste era Job. Pero, ¿cómo le fue? Por un tiempo las cuerdas le cayeron en lugares deleitosos. El Señor llenó su aljaba dándole siete hijos y tres hijas. Le prosperó en los asuntos terrenos hasta convertirlo en un rico hacendado. Mas de repente, el sol de la vida se escondió tras oscuras nubes. En un solo día Job perdió, no sólo sus rebaños y manadas, sino también sus hijos e hijas. Le llegó la noticia de que los ladrones se habían llevado su ganado, y que sus hijos habían sido muertos por un ciclón. ¿Y cómo la recibió? Oíd sus sublimes palabras: "Jehová dio, y Jehová quitó". Atribuyó estas aflicciones a su Primera Causa. Miró más allá de los sabeos que le habían robado el ganado, y más allá de los vientos que habían destruido a sus hijos, y vio la mano de Dios. Pero no solamente reconoció Job la soberanía de Dios, sino que además se gozó en ella. A

las palabras “Jehová dio, y Jehová quitó”, añadió: “¡Sea bendito el nombre de Jehová!” (Job 1:21). Nuevamente te decimos: ¡Cuán grata sumisión! ¡Cuán sublime resignación!

La verdadera aceptación de la soberanía de Dios hace que suspendamos temporalmente todos nuestros planes en espera de conocer su voluntad. El autor recuerda muy bien un incidente que tuvo lugar en Inglaterra a principios del presente siglo. La reina Victoria había muerto, y la fecha de la coronación de su hijo mayor, Eduardo, había sido fijada para el mes de abril de 1902. En las invitaciones que se enviaron, se habían omitido dos pequeñas letras, D.V., (Deo volente), Dios mediante. Todo fue planeado y dispuesto para las imponentes ceremonias propias de tan importante ocasión. Reyes y emperadores de todo el mundo habían recibido invitación para asistir a la ceremonia real. Las invitaciones fueron impresas y exhibidas, pero, que el autor sepa, las letras D.V. no aparecían en ninguna. Se habían preparado un programa de lo más impresionante. El hijo mayor de la reina fallecida había de ser coronado como Eduardo VII en la Abadía de Westminster a cierta hora de un día prefijado. Entonces intervino Dios, y todos los planes del hombre quedaron frustrados. ¡Se oyó un silbo apacible y delicado que decía: “Habéis hecho vuestras cuentas sin Mí”, y el Príncipe Eduardo cayó enfermo de apendicitis aplazándose su coronación durante meses!

Como se ha observado, la verdadera aceptación de la soberanía de Dios hace que supeditemos nuestros planes a la voluntad de Dios. Hace que reconozcamos que el Divino Alfarero tiene poder absoluto sobre el barro y lo moldea conforme a su propia voluntad imperial. Hace que atendamos a la admonición (hoy, es de lamentar, tan generalmente desatendida) que dice ” ¡Vamos pues ahora los que decís: “Hoy o mañana iremos a tal ciudad, estaremos allá un año y haremos negocios y ganaremos! “Vosotros, los que no sabéis lo que será mañana, ¿qué es vuestra vida? Porque sois un vapor que aparece por un poco de tiempo y luego se desvanece. Más bien, deberíais decir: “Si el Señor quiere, viviremos y haremos esto o aquello.” (Stg.4:13-15). Sí, es ante la voluntad del Señor que debemos inclinarnos. Es El quien ha de decir dónde debo vivir: si en este lugar o aquél (Hch.17:26). Es El quien debe determinar en qué circunstancias he de vivir: si en medio de la riqueza o la pobreza, en salud o en enfermedad. Es El quien ha de decir cuánto tiempo debo vivir: si he de ser cortado en la juventud como la flor de los campos, o si debo continuar por setenta años. Aprender esta lección de veras, es, por la gracia, entrar en una clase elevada de la escuela de Dios; y aun cuando creemos haberla aprendido, descubrimos una y otra vez que hemos de volver a aprenderla. Preguntemonos nuevamente: ¿Cuál ha de ser nuestra actitud respecto a la soberanía de Dios? Respondemos: la de...

Profundo agradecimiento y gozo

Cuando el corazón capta esta muy bienaventurada verdad de la soberanía de Dios, se produce, no una hosca rendición a lo inevitable, sino algo muy diferente. La filosofía de este mundo agonizante no sabe cosa mejor que “de lo perdido sacarlo que se pueda”. Pero en el caso del cristiano debe ser muy diferente. El reconocimiento de la supremacía de Dios, no sólo debe engendrar en nosotros temor santo, obediencia implícita, y completa resignación, sino que debe hacer que digamos con el salmista “Bendice, alma mía, a Jehová; y bendigan todas mis entrañas su santo nombre”. No dice el apóstol: “dando gracias siempre por todo al Dios y Padre, en el nombre de nuestro Señor Jesucristo” (Efe.5:20). ¡Ah, en este punto es precisamente donde muy a menudo se pone a prueba el estado de nuestras almas! ¡Lástima que seamos tan obstinados! Cuando las cosas van según nuestros deseos, parece que estamos muy agradecidos a Dios; pero ¿qué diremos de aquellas ocasiones en que las cosas nos son adversas y desbaratan nuestros

planes?

Damos por supuesto que cuando el verdadero cristiano efectúa un viaje en tren, al llegar a su destino da gracias a Dios con devoción; lo cual, desde luego, equivale a decir que El lo controla todo; de lo contrario deberíamos dar gracias al maquinista, al carbonero, a los encargados de las señales, etc. O si se trata de negocios, al terminar una buena semana se expresa gratitud al Dador de todo bien (terreno) y de todo don perfecto (espiritual); lo cual también testifica que El es quien dirige todos los clientes a nuestras tiendas. Hasta aquí, todo va bien. Tales ejemplos no son causa de dificultades. Pero imaginemos lo contrario. Supongamos que mi tren se ha retrasado cuatro horas; ¡supongamos que otro tren ha chocado con él y yo resulto herido! O supongamos que he tenido una semana muy desfavorable en mis negocios, o que un rayo cayó sobre mi tienda provocando un incendio, o que los ladrones penetraron en ella y la saquearon; ¿qué entonces? ; ¿veo la mano de Dios en estas cosas?

Tómese una vez el caso de Job. Cuando experimentó pérdida, ¿qué es lo que hizo? ¿Lamentarse de su “mala suerte”? ¿Maldecir a los ladrones? ¿Murmurar contra Dios? No; se inclinó ante El y lo adoró. ¡Ah, querido lector, no habrá verdadero descanso para tu pobre corazón hasta que aprendas a ver la mano de Dios en todo! Empero para esto es preciso que la fe sea practicada constantemente. ¿Y qué es la fe? ¿Una ciega credulidad? ¿Una resignación fatalista? No, lejos de esto. La fe descansa en la Palabra segura del Dios vivo, y por tanto dice: “Y sabemos que Dios hace que todas las cosas ayuden para bien a los que le aman, esto es, a los que son llamados conforme a su propósito” (Rom.8:28); en consecuencia, la fe da gracias “siempre por todo”. La fe que obra se goza siempre en el Señor (Fil.4:4).

Pasamos ahora a notar cómo el Señor Jesucristo ejemplificó maravillosa y perfectamente este reconocimiento de la soberanía de Dios expresado en el temor de Dios, la obediencia implícita, la resignación completa, y el agradecimiento y gozo profundos. En todas las cosas el Señor Jesús nos ha dejado ejemplo para que sigamos sus pasos. Pero ¿es esto cierto en cuanto al primero de los puntos que se han mencionado? ¿Acaso las palabras “temor de Dios” han estado alguna vez relacionadas con su nombre sin par? Teniendo en cuenta que “temor de Dios” no significa terror servil, sino más bien sujeción y reverencia filiales, y recordando también que el principio del conocimiento es el temor de Jehová, ¿no sería bastante extraño si no se hiciera mención alguna del “temor de Dios” con respecto a Aquel que era el conocimiento hecho carne? ¡Qué palabra tan maravillosa preciosa es la de Hebreos 5:7! “Cristo, en los días de su vida física, habiendo ofrecido ruegos y súplicas con fuerte clamor y lágrimas al que le podía librar de la muerte fue oído por su temor reverente”. ¿Qué fue, sino “temor reverente”, lo que hizo que el Señor Jesús estuviera “sujeto” a María y José en los días de Su infancia? ¿No era “temor reverente”, sujeción filial a Dios y reverencia hacia El, lo que vemos manifiesto cuando leemos: “Fue a Nazaret, donde se había criado, y conforme a su costumbre, el día sábado entró en la sinagoga, y se levantó para leer” (Luc.4:16). ¿No fue, acaso, “temor reverente” lo que hizo que el Hijo de Dios, al ser tentado por Satanás a adorarle postrado, dijera: “Escrito está, Al Señor tu Dios adorarás, y a El solo servirás”? ¿No fue este “temor de Dios” lo que le movió a decir al leproso limpiado: “vé, muéstrate al sacerdote y ofrece la ofrenda que mandó Moisés...” (Mat.8:4). Mas, ¿por qué multiplicar las ilustraciones?

¡Cuán perfecta la obediencia que el Señor Jesús rindió a Dios Padre! Y al reflexionar en esto, no perdamos de vista aquella gracia maravillosa que hizo que El, que era precisamente en forma de Dios, se humillara hasta tomar forma de Siervo, siendo así puesto en un lugar adecuado para la obediencia. Como Siervo perfecto obedeció por completo a su Padre. Hasta qué punto esa obediencia fue absoluta y perfecta, podemos aprenderlo en las palabras “...se humilló a sí mismo

haciéndose obediente hasta la muerte, ¡y muerte de cruz!(Fil.2:8). El hecho de que fue una obediencia consciente e inteligente lo vemos patente en su propio lenguaje: “Por esto me ama el Padre, porque yo pongo mi vida, para volverla a tomar. Nadie me la quita, sino que yo la pongo de mí mismo. Tengo poder para ponerla, y tengo poder para volverla a tomar. Este mandamiento recibí de mi Padre” (Juan 10:17,18). ¿Y qué diremos de la absoluta resignación del Hijo a la voluntad del Padre, sino que entre Ellos hubo una entera unidad y acuerdo? Dijo El: “Porque yo he descendido del cielo, no para hacer la voluntad mía, sino la voluntad del que me envió” (Juan 6:38). Todos los que han seguido atentamente Su camino, según está trazado en las Escrituras, saben cuán plenamente demostró esta afirmación. ¡Miradlo en Getsemaní! La “copa” amarga, en la mano del Padre, le es presentada. Observen su actitud. Aprendan de Aquél que era manso y humilde de corazón. Recuerden que en aquel huerto vemos la Palabra hecha carne: un hombre perfecto. Todo su cuerpo se estremece al considerar los padecimientos físicos que le esperan; su naturaleza santa y sensible se encoge ante las atroces indignidades que van a amontonarse sobre El; su corazón se quebranta ante el horrible “vituperio” que se acerca; su espíritu se turba al prever el tremendo conflicto con la Potestad de las Tinieblas. Pero sobre todas las cosas, su alma se horroriza ante el pensamiento de ser apartada de Dios mismo. Así, y en aquel lugar, derrama su alma ante el Padre, y con gran clamor y lágrimas, vierte como grandes gotas de sangre. Y ahora observen y escuchen. Apaguen los latidos de sus corazones, y oigan las palabras que caen de sus benditos labios: ” —Padre, si quieres, aparta de mí esta copa; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya” (Luc.22:42). He aquí la sumisión personificada. Aquí tenemos el ejemplo supremo de la resignación a la voluntad de un Dios soberano; ejemplo que El nos ha dejado para que sigamos sus pasos. El que era Dios se hizo hombre, y fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado, para mostrarnos cómo llevar nuestra naturaleza de criaturas.

Antes hemos preguntado: ¿Qué diremos de la resignación absoluta de Cristo a la voluntad del Padre? Respondemos además, que en este caso, como en todos, El fue único y sin par. En todas las cosas El tiene el primado. En el Señor Jesús no hubo una voluntad rebelde que quebrantar. En su corazón no había nada que someter. ¿No fue ésta una de las razones de que, en el lenguaje de la profecía, dijera: “...yo soy un gusano y no un hombre.” (Sal.22:6). ¡Un gusano no tiene poder para resistir! Y fue por no haber resistencia alguna en El, que pudo decir: “..Mi comida es que yo haga la voluntad del que me envió..” (Juan 4:34). Más aún, fue porque su armonía con el Padre era perfecta en todo lo que dijo: “El hacer tu voluntad, oh Dios mío, me ha agradado; y tu ley está en medio de mi corazón” (Sal.40:8). Nótese la última cláusulas y obsérvese Su incomparable excelencia. Dios ha de poner Sus leyes en nuestros espíritus, y escribirlas en nuestros corazones (véase Hebreos 8:10), pero Su ley estaba ya en el corazón de Cristo.

¡Qué hermosa y notable ilustración del agradecimiento y el gozo de Cristo es la que se halla en Mateo 11. En este pasaje vemos, primeramente, la débil fe de un heraldo (vs 2,3). En segundo lugar, el descontento del pueblo, a quien no agradó el gozoso mensaje de Cristo ni la solemne predicación de Juan (versículos 16-20). Después, vemos también la falta de arrepentimiento de aquellas ciudades privilegiadas en que nuestro Señor había hecho sus obras más portentosas (vs.22-24). ¡Y finalmente leemos: “...Te alabo, oh Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has escondido estas cosas de los sabios y entendidos, y las has revelado a los niños” (Mat.11:25)! Nótese que el pasaje paralelo en Lucas 10 empieza diciendo: “En aquella misma hora Jesús se alegró en espíritu, y dijo: yo te alabo, etc..” ¡Ah, esto sí que era sumisión en su más pura forma! He aquí a Aquel por quien los mundos fueron hechos, en los días de Su humillación y frente a Su rechazamiento, inclinándose en agradecido y gozoso acatamiento ante

la voluntad del “Señor del cielo y de la tierra”.

¿Cuál ha de ser nuestra actitud con respecto a la soberanía de Dios? Respondamos finalmente: la de... Adoración.

Se ha dicho, con razón, que “el verdadero culto está basado en el reconocimiento de una GRANDEZA que se aprecia en grado superlativo en la soberanía, no habiendo otro estrado en que los hombres adoren realmente” (J.B. Moody). En presencia del Rey Divino en Su trono, aun los serafines “cubren sus rostros”.

La soberanía divina no es la soberanía de un déspota tiránico, sino la voluntad puesta en acción por Aquel que es infinitamente sabio y bueno. Puesto que Dios es infinitamente sabio, no puede errar, y puesto que es infinitamente justo, no comete injusticia. He aquí la maravillosa esencia de esta verdad. El mero y solo hecho de que la voluntad de Dios es irresistible e irrevocable, me llena de temor; pero una vez me doy cuenta de que El solamente quiere lo bueno, mi corazón se llena de gozo.

Esta es, pues, la respuesta conclusiva a la cuestión que es trata en el presente capítulo: ¿Cuál ha de ser nuestra actitud hacia la soberanía de Dios? La actitud que nos corresponde adoptar es la de temor reverente, obediencia implícita, y resignación y sumisión sin reserva alguna. Pero no solamente esto: el reconocimiento de la soberanía de Dios, y el reconocimiento y comprensión de que el Soberano mismo es mi Padre, ha de abrumar mi corazón y hacer que me incline ante El en devota adoración. En todo momento mis palabras han de ser: “Así, Padre, pues que así agradó en tus ojos”. Terminamos con un ejemplo que ilustrará perfectamente lo que queremos decir.

Hace aproximadamente dos siglos, la piadosa Madame Guyon, después de haber pasado diez años encarcelado en una celda muy por debajo del nivel del suelo, alumbrado solamente por una vela a la hora de las comidas, escribió estas palabras:

Cual ave prisionera, en incansable trino ausente de los vientos, elevo al Rey mi canto; contenta entre mis rejas, feliz en mi destino porque así le ha placido al Dios tres veces Santo. No tengo cosa alguna en que ocupar mi mente; cantando paso el día, segura en mi recreo que mi canción escucha el Ser Omnipotente que tragara mis alas, al que agradar deseo.

Aunque muros de piedra mis libertades vedan y aprisionen mi vida, en mi canto de euforia mi corazón es libre: jamás cadenas pueden aherrojar mi alma en su vuelo de gloria.

¡Oh, cuán grato este vuelo a la dulce presencia, liberta en el Maestro cuyo designo adoro!
¡Tu voluntad yo amo; en tu real Providencia el espíritu es libre, y en tus delicias moro!

Capítulo 10

LA SOBERANÍA DE DIOS EN LA REPROBACIÓN

Exposición:

En el presente estudio examinaremos siete pasajes que representan al Padre haciendo su selección de entre los hijos de los hombres y predestinando a ciertos de ellos para ser conformados a la imagen de Su Hijo. El lector pensador naturalmente preguntará: ¿Y qué de los que no fueron designados a vida eterna?. La respuesta que normalmente se da a esta pregunta,

aún por los que profesan creer lo que las Escrituras enseñan en relación con la soberanía de Dios es: Que Dios pasa por alto a los “no-elegidos“, dejándoles solos para seguir sus propios caminos y al fin los hecha al “Lago de Fuego” porque ellos rehusaron Su camino y rechazaron al Salvador. Pero esto es sólo parte de la verdad. La otra parte, la que es más ofensiva a la mente carnal, es ignorada o no aceptada.

En vista de la solemnidad del tema y del hecho de que casi todos hoy día, aún de los que profesan ser calvinistas rechazan y repudian esta doctrina, y es en vista del hecho de que este es uno de los puntos del estudio que ciertamente causará mucha controversia, sentimos que un estudio cuidadoso del tema es apropiado. Que esta rama de la soberanía de Dios es profundamente misteriosa, lo admitimos, y aún así, no hay suficiente razón por la cual la debamos rechazar. El problema es que en estos tiempos hay muchos que reciben el testimonio de Dios, sólo hasta donde ellos pueden comprenderlo. En términos claros, lo que estamos considerando es:

“¿Ha predestinado Dios a ciertas personas para la condenación?”

Que muchos serán condenados eternamente está claro en las Escrituras. Que cada uno será juzgado según sus propias obras y cosechará según haya sembrado es igualmente cierto: “Porque la condenación de los tales es justa” (Rom.3:8). Lo que vamos a probar es que Dios mismo decretó que estos “no-elegidos” escogerían el camino que ahora siguen.

De lo que hemos dicho en el capítulo anterior en relación a la elección de algunos para salvación, es lógico, aún si estuviera muda la Escritura sobre este punto, que hay un rechazamiento de los otros. Cada elección, evidente y necesariamente implica un rechazo. Si hay a quienes: “Dios ha escogido desde el principio para salvación” (2Tes.2:13), entonces hay otros a quienes Dios no ha escogido para salvación. Si hay algunos que el Padre le dio a Cristo (Juan 6:37), entonces tiene que haber otros a quienes el Padre no le dio a Cristo. Si hay unos cuyos nombres están escritos en el libro de la vida del Cordero (Apoc.21:27), entonces tiene que haber otros cuyos nombres no están escritos ahí. Esto es lo que comprobaremos.

Ahora bien, todos reconocen que desde la fundación del mundo Dios preconoció y previó a todos los que recibirían a Cristo como su Salvador, así como los que no. Entonces al conceder el nacimiento de tales personas que El sabía de antemano iban a rechazar a Cristo, los creó para condenación. Dirá alguien: “No, aunque Dios previó que estos rechazarían a Cristo, El no decretó que así harían”. Esto es evitar la verdad del asunto. Dios tenía una razón definida en crear al hombre, un propósito en crear a cada individuo, y en cuanto al destino de Sus criaturas, El propuso que unos pasarían la eternidad en El Cielo y que otros la pasarían en el Lago de Fuego. Si El previó que al crear a cierta persona, dicha persona iba a despreciar y rechazar al Salvador, y aún así sabiendo esto de antemano, trajo a la existencia a tal persona, entonces es claro que El designo y ordeno a esa persona para perdición. La fe es el don de Dios y el propósito de darla solamente a algunos, envuelve el propósito de no darla a otros. Sin fe no hay salvación- “El que cree no es condenado...el que no cree es condenado” etc., entonces, si hay descendientes de Adán que no son incluidos en el propósito de darles la fe, es que ellos son apartados para condenación.

No solo son lógicas estas conclusiones, sino también la historia las confirma. Antes de la encarnación Divina, por el espacio de casi dos mil años, la vasta mayoría de la humanidad quedó sin los medios de gracia, sin oír la predicación de la Palabra de Dios y sin ninguna revelación escrita de Su Voluntad. Por largos siglos Israel era la única nación a quien Dios dio el privilegio de recibir una revelación especial de El mismo: “En las generaciones pasadas Dios permitió que todas las naciones anduvieran en sus propios caminos” (Hech.14:16). “Solamente a vosotros he

conocido de todas las familias de la tierra” (Amós 3:2). Como consecuencia, todas las demás naciones estaban también destituidas de “la fe que viene por el oír” (Rom.10:17). No sólo ignoraban quien es Dios, sino que también desconocían como agradarle.

Ahora, ¿si Dios se había propuesto la salvación de ellos, no les hubiera revelado la manera de obtenerla? ¡Pero es claro que no lo hizo!.

Si la Deidad puede, siendo consistente con Su justicia, misericordia y benevolencia, negar a algunos los medios de gracia, y guardarles en ignorancia sin fe (por razón de los pecados de sus antepasados), ¿por qué debe de considerarse como incompatible con Sus perfecciones el excluir a estos de la gracia misma y de la vida eterna que viene con la gracia?, viendo que El es el Señor y soberano tanto del fin para el cual los medios existen, y de los medios que producen el fin.

¿No es evidente también en nuestros días, que hay muchos que viven en países donde el Evangelio es predicado, países llenos de iglesias, quienes mueren como extraños a Dios y a Su Santidad?. Es cierto que los medios de gracia estaban a su alcance, a la mano, pero muchos de ellos no lo supieron. Miles nacen en hogares donde les enseñan desde la infancia que todos los cristianos son hipócritas y que los predicadores son unos charlatanes. Otros aprenden desde la cuna, estando en el catolicismo romano, que el cristianismo evangélico es herejía mortal y que es peligroso leer la Biblia. Otros que nacen dentro de la religión conocida como “ciencia cristiana” no saben más del evangelio que un pagano. La gran mayoría mueren en total ignorancia del Camino de Paz. Ahora bien, ¿no estamos obligados a concluir que fue la voluntad de Dios no comunicarles la gracia?. Si hubiera sido la voluntad de Dios en el tiempo rehusarles Su gracia, tuvo que haber sido Su voluntad desde la eternidad pasada, siendo que Su voluntad tanto como Su persona, son lo mismo ayer, hoy, y por los siglos. Que no se nos olvide que la providencia son nada menos que las manifestaciones de Su decretos. Lo que Dios hace en el tiempo es lo que se propuso en la eternidad, Su voluntad es la única causa de todos Sus hechos. Es por esta razón, que vemos, que si dejó a algunos en incredulidad final, deducimos que fue su Consejo determinado hacerlo desde antes de la fundación del mundo.

La Confesión de fe de Westminster dice: “Dios, desde la eternidad, por el consejo sabio y santo de Su propia voluntad, predestinó libre e inmutablemente, todo lo que sucede”. El fallecido Sr. F.W. Grant, un estudiante meticoloso y escritor, comentó sobre estas palabras lo siguiente: “Es una divina y perfecta verdad que Dios ha ordenado para Su propia gloria, todo lo que sucede”. Ahora bien, ¿Si esto es verdad, no queda establecida la doctrina de la reprobación? ¿Qué tipo de evento, en la historia humana, ha sucedido más que este? Que hombres y mujeres pasan de este mundo a la eternidad sin esperanza, a una eternidad de sufrimiento. Si Dios ha predestinado todo lo que acontece, entonces es necesario entender que El debe haber decretado que innumerables seres humanos pasen de este mundo como perdidos para sufrir eternamente en el lago de fuego. ¿No es esta la conclusión inevitable?.

Puede ser que el lector diga, que todo esto es lógico pero que es puro intelectualismo. Bueno, queremos decir que además de lo lógico de nuestros argumentos, hay muchos pasajes en la Santa Escritura que hablan clara y definitivamente sobre este punto; pasajes que son fáciles de entender, tan fuertes que no se pueden pasar por alto. Lo que nos deja sorprendidos es que tantos hombres buenos han refutado la innegable verdad que estos pasajes enseñan.

TEXTOS QUE COMPRUEBAN LA DOCTRINA DE LA REPROBACION

“Por mucho tiempo Josué tuvo guerra con todos estos reyes. No hubo ciudad que hiciese la paz con los hijos de Israel, excepto los heveos que moraban en Gabaón. Todo el resto lo

tomaron en batalla, esto provenía de Jehová quien endurecía el corazón de ellos, para que resistiesen con la guerra a Israel, a fin de que fuesen destruidos sin que se les tuviese misericordia; para que fuesen desarraigados, como Jehová había mandado a Moisés”. (Jos.11:18-20).

No hay palabras más claras que estas. Aquí vemos un gran número de cananitas, cuyos corazones son endurecidos por el Señor, personas quienes el Señor propuso destruir, personas a quienes El no demostró ninguna misericordia. Claro que fueron malos, inmorales, idólatras, etc., pero ¿eran peores ellos que aquellos caníbales idólatras de las islas lejanas a quienes Dios dio el

Evangelio por boca de John G. Patton? ¡Seguro que no! Entonces ¿Por qué no mando Jehová a Israel que instruyera a los cananitas a obedecer Sus leyes y servir al único Dios verdadero? Ciertamente la respuesta correcta es que El los tenía marcados para destrucción. Y si fueron marcados para destrucción, entonces así era su destino desde toda la eternidad.

2. “Todo lo ha hecho Jehová para su propio propósito; y aún al impío para el día malo” (Prov.16:4).

Que el Señor ha hecho todo, quizá todos los acepten, que El ha hecho todo para él mismo, no es tan aceptado; que Dios nos hizo, no para nuestro propio bien, sino para El, no para nuestra felicidad sino para Su propia gloria, “Se afirma, sin embargo, repetidamente en la Escritura (Apoc.4:11). Y Proverbios 16:4; va aún más allá al declarar explícitamente que el impío es hecho para el día malo, que este fue el propósito al darle la existencia. ¿Pero, por qué? ¿No nos dice el apóstol Pablo en la epístola a los Romanos (9:17) “Para esto mismo te levanté, para mostrar en ti mi poder y para que mi nombre sea proclamado por toda la tierra”. Dios ha hecho al impío para que, como propósito principal, El pueda demostrar su poder, es decir, demostrarlo dominando y destruyendo al enemigo más fuerte.

“Entonces yo les declararé: Nunca os he conocido. ¡Apartaos de mí, obradores de maldad!.

En estudios anteriores a este, fue demostrado que las palabras “conocer” y “preconocer”. Cuando se aplican a Dios en las Escrituras, tienen referencia no solo a Su conocimiento, es decir al simple conocimiento, sino a su conocimiento de aprobación. Por ejemplo: Cuando Dios dijo a Israel: “A vosotros solamente he conocido de todas las familias de la tierra” (Amós 3:2), es evidente que quiso decir “sólo ustedes son mis favorecidos”. Cuando leemos en Romanos 11:2; “Dios no rechazó a su pueblo, el cual conoció de antemano“, es obvio que el significado de estas palabras es: Que Dios no ha rechazado finalmente al pueblo a quien El escogió como objetos de su amor, (Conf. Deut.7:7,8). De la misma manera. Y es la única manera en que entendemos Mat.7:23; En el día del juicio el Señor les dirá a muchos “nunca los conocí”. Vean que no es que no tuvo conocimiento de ellos, sino que ellos nunca fueron los objetos de Su aprobación. Compare este pasaje con el de Juan 10:14; “Conozco (amo) Mis ovejas y las Mías me conocen (aman)”. Las ovejas, Sus elegidos, los de menor número, estos son conocidos; pero los reprobados, los “no-elegidos“, los de mayor número, no son conocidos, ni desde antes de la fundación del mundo fueron conocidos, “nunca los conocí.”

En Romanos 9, la doctrina de la soberanía de Dios en relación con los elegidos y con los reprobados se trata en detalle. Una exposición detallada de este capítulo tan importante está fuera de nuestro alcance en este estudio, pero tomaremos el espacio necesario para tratar esa parte del capítulo que más claro habla de la reprobación:

“Porque la Escritura dice al Faraón: Para esto mismo te levanté, para mostrar en ti mi poder, y para que mi nombre sea proclamado por toda la tierra”. (Rom.9:17).

Estas palabras hacen referencia a los versículos 13 y 14. En el versículo 13, se declaran,

el amor de Dios para Jacob y Su ira para Esaú. En el versículo 14, está la pregunta: “¿Acaso hay injusticia en Dios?” Y aquí en el versículo 17 el apóstol sigue contestando la pregunta. No podríamos encontrar un mejor comentario sobre el pasaje, que el que ofrece Calvino: “Hay dos cosas para considerar, la predestinación del Faraón para la ruina, la cual está en el consejo escondido de Dios, y el propósito de esta predestinación, hacer notorio el nombre de Dios. Siendo que muchos intérpretes tratando de modificar este pasaje más bien lo pervierten, nosotros debemos primero observar que la palabra usada para expresar “levanté“, en el hebreo es “designado”. Y por esta palabra entendemos que Dios para mostrar que la terquedad del Faraón no le podía impedir la salvación de Su pueblo, no solamente afirma que su ira había sido vista de antemano por Dios y que Dios había preparado el medio para restringirla, sino que El así lo había “designado” con propósito para este fin, para exhibir una evidencia ilustrativa de Su propio poder”. Observen que Calvino, llama la atención a la fuerza que la palabra hebrea tiene, y que Pablo traduce “te levanté”. Como esta es la palabra sobre la cual la doctrina y el argumento de la interpretación del versículo dependen, queremos clarificar que Pablo cita del Antiguo Testamento Éxodo 9:16 y al hacerlo deja a la Septuaginta (la versión más usada en aquel entonces), y la cual él cita muy frecuentemente, y sustituye una cláusula para la primera como aparece en la Septuaginta. En lugar de “por esta razón te he preservado“, Pablo traduce “para este fin te levanté”.

Pero ahora debemos considerar con más detalle el caso del Faraón el cual nos presenta un resumen y ejemplo de la gran controversia entre el hombre y su Creador. “Porque hasta ahora yo habría podido extender mi mano para herirte a ti y a tu pueblo con una plaga tal que ya habrías sido eliminado de la tierra. Pero por esto mismo te he dejado con vida, para mostrar mi poder y para dar a conocer mi nombre en toda la tierra” (Exo.9:15,16). Sobre estas palabras queremos comentar lo siguiente....

Primero: Sabemos que el Faraón fue herido por Dios, herido en medio de su maldad, herido no por enfermedades que siempre acompañan a la edad avanzada, ni herido por lo que los hombres llaman “accidente“, sino que fue herido por la acción inmediata de la mano de Dios.

Segundo: Está claro que Dios levantó al Faraón para esto: para herirlo (por “herirlo” en lenguaje del Nuevo Testamento, quiere decir “destruirlo”). Dios nunca hace nada sin tener antes un designio. Al darle al Faraón la existencia, al preservarlo desde su infancia y juventud, al ponerle sobre el trono de Egipto, Dios tuvo un propósito en mente. Que tal fue el propósito de Dios, se ve claramente en Sus palabras a Moisés antes de descender a Egipto a demandar del Faraón que el pueblo de Jehová tuviera libertad para hacer un viaje de tres días en el desierto para Adorarlo: “Y Jehová dijo a Moisés: Cuando estés de regreso en Egipto, haz en presencia del faraón todas las señales que he puesto en tu mano. Sin embargo, yo endureceré su corazón, y él no dejará ir al pueblo.” (Exo.4:21). No solamente ocurrió así, sino que el designio de Dios en este acontecimiento fue declarado mucho tiempo antes. 400 años antes de este hecho, Dios había dicho a Abraham: “Ten por cierto que tus descendientes serán extranjeros en una tierra que no será suya, y los esclavizarán y los oprimirán 400 años. Pero yo también juzgaré a la nación a la cual servirán, y después de esto saldrán con grandes riquezas”. (Gén.15:13,14). De estas palabras vemos que la nación y su rey fueron considerados en un solo juicio y que el propósito de Dios hacia ellos fue formado mucho antes de dar al faraón la existencia.

Tercero: Un examen del modo de proceder de Dios con el faraón demuestra que el rey egipcio era en verdad “un vaso preparado para destrucción”. Puesto que el trono de Egipto, con el control del gobierno en sus manos, Faraón se sentó como cabeza de la nación que ocupó el primer lugar entre las naciones del mundo. No hubo otro monarca sobre la tierra capaz de

controlarlo u ordenarlo al Faraón. A tal altura fue levantado este reprobado por Dios, y tal cosa era necesaria para prepararlo para su destino final, porque es una verdad evidente que Dios ha establecido que “Antes de la quiebra esté el orgullo; y antes de la caída, la altivez de espíritu”. Además, y este es un punto muy importante, Dios quitó del Faraón la única cosa que podía servirle como freno. El dar al Faraón poderes sin límite de rey era lo mismo que ponerle arriba de toda influencia y control legal. Pero además Dios quitó a Moisés de su presencia y de su reino. Si Moisés, quien era experto en el modo de pensar de los egipcios por haber sido criado en la misma casa del Faraón, hubiera quedado cerca del trono, entonces su ejemplo e influencia habrían sido un poderoso freno sobre la iniquidad y la tiranía del rey. Esta debió ser una de las razones por las que Dios mandó a Moisés a Madián, porque fue durante su ausencia que el inhumano rey formó sus edictos crueles. Dios se propuso al quitar este freno, darle al Faraón plena oportunidad de llenar la copa con sus pecados y prepararlo para su merecido fin.

Cuarto: Dios le “endureció el corazón así como dijo que lo iba a hacer” (Exo.4:21). Aconteció de acuerdo con la Escritura que declara “Como una corriente de agua es el corazón del rey en la mano de Jehová, quien lo conduce a todo lo que quiere”. Como cualquier rey, el corazón del Faraón estaba en la mano de Jehová, y Dios tenía el derecho y el poder para inclinarlo en contra de lo correcto. Dios determinó no dejar al Faraón ceder a las demandas de Moisés, de dejar ir a Israel. Y para lograr esto Dios endureció el corazón del Faraón.

Quinto: Es de mucho valor notar como la vindicación de los hechos de Dios para con el Faraón ha sido atestiguada. ¡Qué interesante es notar que el testimonio del Faraón mismo está a favor de Dios y en contra del rey!. En Éxodo 9:15 y 16, aprendemos como Dios contó al Faraón el propósito por el cual él había sido levantado, y en el versículo 27 del mismo capítulo leemos que el Faraón dijo: “He pecado esta vez. Jehová es el justo; yo y mi pueblo somos los culpables”. Fíjense que esto dijo después de saber que Dios le había levantado para “herirlo”, después del juicio de Dios, después de haber endurecido el mismo su propio corazón. Ya para este tiempo el Faraón estaba listo para su fin, estaba preparado para decidir si era Dios quien le había injuriado a él o era él quien buscó injuriar a Dios; y confesó que había “pecado” y que Dios era “justo”. Tenemos el testimonio de Moisés quien estaba bien enterado del asunto; Moisés oyó en el principio acerca del propósito de Dios en relación al Faraón, era testigo del proceder de Dios con el Faraón, había observado la paciencia divina demostrada hacia este vaso de destrucción, y al final había sido testigo del juicio en el Mar Rojo. ¿Cuál fue la impresión que tuvo Moisés? ¿Protesta que fue una injusticia? ¡No! lejos de eso. Más bien dice: “¿Quién como tú, oh Jehová, entre los dioses? ¿Quién como tú, majestuoso en santidad, temible en hazañas dignas de alabanza, hacedor de maravillas? (Exo.15:11).

¿Fue movido Moisés por un espíritu vindicativo cuando vio al enemigo de Israel “herido” por las aguas del Mar Rojo?. Seguramente no. Pero observen esto, los santos en el cielo después de haber sido testigos de los juicios de Dios juntos cantan “el cántico de Moisés, el siervo de Dios, y el cántico del Cordero, diciendo: “Grandes y maravillosas son tus obras, Señor Dios Todopoderoso. Justos y verdaderos son tus caminos, Rey de las naciones”. Aquí está el clímax, la plena y final vindicación del proceder de Dios con el Faraón: los santos en el cielo cantando el cántico de Moisés, en el cual ese siervo de Dios celebró glorificando a Dios por haber “herido” al Faraón y su ejército, declarando que en tal hecho Dios nos es injusto sino justo y verdadero. Y nosotros también tenemos que creer que el juez de toda la tierra hizo bien en crear y destruir este vaso de destrucción, el Faraón.

El caso del Faraón establece el principio e ilustra la doctrina de la reprobación. Si Dios en verdad reprobó al Faraón, entonces podemos concluir que El reprueba a otros a quienes El no

predestinó para ser conformados a la imagen de Su Hijo. El apóstol saca esta idea de la historia del Faraón en el capítulo nueve de Romanos, después de hacer referencia al propósito de Dios al levantar al Faraón diciendo “de manera que”. El caso del Faraón es presentado para comprobar la doctrina de la reprobación como contraparte de la doctrina de la elección.

Para concluir, queremos decir que al formar al Faraón Dios no actuó ni justo ni injustamente sino Soberanamente. Como el alfarero es soberano en cuanto a la formación de los vasos, Dios es soberano en cuanto a la formación de los agentes morales.

Versículo 18; “De manera que de quien quiere, tiene misericordia; pero a quien quiere, endurece”. La frase “de manera que” anuncia la conclusión general que el apóstol deduce de todo lo que dijo en los tres versículos anteriores a este, donde niega que Dios haya sido injusto al amar a Jacob y aborrecer a Esaú, y aplica este principio en el ejemplo ilustrativo del proceder de Dios con el Faraón. Pablo basa todo en la voluntad soberana del Creador. Dios ama a uno y aborrece al otro, concede misericordia a algunos y a otros los endurece, sin tratar de justificarse sobre alguna base, salvo su propia voluntad soberana.

La parte del versículo 18, que es más repugnante a la mente carnal es la referencia al “endurecimiento” (“al que quiere, endurece”), y es aquí en esta frase donde tantos expositores han adulterado la verdad. El punto de vista más común es el que enseña que el apóstol está hablando de un “endurecimiento judicial”, ejemplo; un abandono al pecador por parte de Dios porque el objeto de Su desagrado primero había rechazado a Dios y a la verdad. Los que sostienen esta interpretación apelan a ciertos textos como Romanos 1:19-26; donde dice: “Dios los abandonó” (entregó). Esto es, que abandonó a los que le conocían pero no le glorificaron como Dios (v.21, vea el contexto). Apelan también a 2Tes.2:10-12;. Pero debe notar el lector que la palabra “endurecer” no aparece en estos textos. Nosotros declaramos que Romanos 9:1-18; no hace ninguna referencia a un endurecimiento judicial. El apóstol no está hablando de los que dejaron de creer en la verdad, sino que está tratando el tema de la soberanía de Dios, una soberanía que no solamente ejerce misericordia como le agrada sino que también endurece a quien le place. La frase es “al que quiere” no “a los que rechazaron la verdad”. El endurece, y tomando como ejemplo al Faraón, establece el sentido de estas palabras. El caso del Faraón en sí es tan claro, pero el hombre ha hecho lo mejor que puede para esconder la verdad que en él es ejemplificada.

“Pero a pesar de haber hecho tantas señales delante de ellos, no creían en él; para que se cumpliese la palabra del profeta Isaías que dijo: Señor, ¿quién ha creído a nuestro mensaje? ¿A quién se ha revelado el brazo del Señor?. Por eso no podían creer,(¿y por qué no?) porque Isaías dijo en otra ocasión: El ha cegado los ojos de ellos y endureció su corazón, para que no vean con los ojos ni entiendan con el corazón, ni se conviertan, y yo los sane”. (Juan 12:37-40).

Ahora bien lector, el asunto es:

¿Vas a creer lo que Dios te ha revelado en Su Palabra?

No necesitas hacer un estudio profundo o pasar un tiempo prolongado escudriñando la Escritura, lo que debes tener es una actitud propia de un niño, para poder entender esta doctrina.

Versículo 19:“Luego me dirás: “¿Por qué todavía inculpa? Porque, ¿quién ha resistido a su voluntad?” ¿No es esta la misma queja del hombre moderno?. La línea de pensamiento que sigue el apóstol es esta:

Siendo que todo depende de la voluntad de Dios, la cual es irreversible, y siendo que por esta voluntad El puede hacer todo como soberano, (hacer misericordia o imponer castigo) ¿por qué no tiene misericordia de todos, haciéndoles obedientes y libres del castigo?.

Vean que el apóstol no dice que Dios no debe enojarse porque no tiene base para Su

enojo, ni tampoco dice que los hombres pueden resistir a la voluntad divina. Tampoco nos quiere decir que hemos malentendido Sus palabras, sino que nos quiere hacer entender que no tenemos derecho alguno de hacer tal objeción. La objeción es inadmisibles porque es ¡Altercar con Dios! Es quejarse de lo que Dios ha hecho.

Las palabras que el apóstol pone aquí en la boca de quien propone tales objeciones son claras y directas y es casi imposible el malentenderlas. Lector, para ti:

¿Qué quieren decir estas palabras?.

¿Será que el apóstol no supo que esta doctrina iba a causar tal objeción?. Si lo que hemos escrito no causa la misma objeción en la mente carnal, o no hemos presentado correctamente la doctrina como se halla en el capítulo nueve de Romanos, o la naturaleza humana ha cambiado.

Versículo 20; “Antes que nada, oh hombre, ¿quién eres tú para que contradigas a Dios? ¿Dirá el vaso formado al que lo formó: “¿Por qué me hiciste así?”.

El apóstol, entonces, no dice que la objeción no es válida, sino que corrige al que propone la objeción, recordándole que es sólo un hombre y por eso es incorrecto el que contradiga a Dios. Además le recuerda que únicamente es una “cosa labrada” y por eso es una locura y blasfemia hablar contra el que le formó. Antes de dejar este versículo quiero llamarles la atención a la última parte: “¿Por qué me hiciste así?”. Estas palabras nos ayudan a determinar correctamente el tema. Fíjense en la palabra “así”. ¿Cuál es su sentido en el contexto? Bueno, en el caso de Esau no dice: ¿Por qué me hizo así? (un objeto de la ira). En el caso del Faraón: ¿Por qué me hizo así? (¿por qué me endureció?) ¿Qué otro sentido podríamos dar a estas palabras?.

Es de suma importancia recordar que el tema del apóstol en este pasaje es el de la soberanía de Dios en Su proceder con los que ama (los vasos de honra y misericordia) y con los que aborrece (los vasos de deshonra e ira).

Versículos 21-23: “¿O no tiene autoridad el alfarero sobre el barro para hacer de la misma masa un vaso para uso honroso y otro para uso común?. ¿Y qué hay si Dios, queriendo mostrar su ira y dar a conocer su poder, soportó con mucha paciencia a los vasos de ira que han sido preparados para destrucción?. ¿Y qué hay si él hizo esto, para dar a conocer las riquezas de su gloria sobre los vasos de misericordia que había preparado de antemano para gloria”.

En estos versículos el apóstol presenta una respuesta conclusiva a las objeciones del versículo 21. Primero dice: ¿O no tiene autoridad el alfarero sobre el barro?. Notamos que la palabra traducida “poder” en el versículo 22 donde indica “fuerza”. En el versículo 21 la palabra indica “privilegio soberano”. La misma palabra es usada en Juan 1:12; “les dio derecho de ser hechos hijos de Dios”, y la cual, como es sabido, quiere decir “privilegio” (“right”) en Juan 1:12 y Romanos 9:21.

Versículo 21: “¿O no tiene autoridad el alfarero?”. Es indiscutible que el alfarero es nada menos que Dios mismo. El versículo anterior sostiene esta conclusión”...contradigas a Dios?”. Hay quienes tratan de quitar la fuerza de las palabras razonando que el alfarero humano hace ciertos vasos para usos menos honrosos que otros, pero todos tienen un servicio muy útil. Pero el apóstol no escribe que el alfarero hace de la misma masa un vaso para uso “honroso” y otro para uso “menos honroso”, sino que habla de “honra” y de “deshonra”.

Antes de pasar al siguiente versículo permítanme dar un resumen de este y los anteriores: En el versículo 19 hay dos preguntas:

“¿Por qué, todavía inculpa?” y

“¿Quién ha resistido a su voluntad?”

Se dan a estas dos preguntas tres respuestas:

1). En el versículo 20, el apóstol niega el derecho a la criatura de juzgar el proceder del

Creador (“¿Quién eres tú para que contradigas a Dios?”). El apóstol insiste en que no debe sospecharse de la rectitud de la voluntad Divina, sea cual sea su voluntad, El tiene el derecho.

2). En el versículo 21 el apóstol declara que el Creador tiene el derecho de disponer de Sus criaturas como juzga conveniente (“¿O no tiene autoridad el alfarero?”). Aquí la palabra griega es *exousia*. En el versículo 22 la palabra es *dunaton*. En la frase “no tiene exousa el alfarero” el sentido es el ejercicio de los derechos de Dios en consistencia con su justicia.

3). En los versículos 22 y 23 el apóstol da la razón por la cual Dios procede en maneras diferentes con Sus criaturas: por un lado es “para mostrar Su ira” y “hacer notorio Su poder“, por el otro lado es “Para hacer notorias las riquezas de Su gloria”. Ciertamente Dios tiene este derecho porque es el Creador. ¿Pero ejerce este derecho? ¡Sí! (los versículos 13 y 17: “Para esto mismo te levanté”).

Versículo 22; “¿Y qué hay si Dios, queriendo mostrar su ira y dar a conocer su poder, soportó con mucha paciencia a los vasos de ira que han sido preparados para destrucción?. Aquí el apóstol no dice por qué Dios actúa como actúa. Observen que aquí en el versículo 22 hace mención de “vasos de ira” antes de mencionar a los “vasos de misericordia”. ¿Por qué en este orden? Respondemos: Porque son los vasos de ira los individuos por quienes se hace la objeción del versículo 19. Se dan dos razones por haber hecho vasos de deshonra:

“para mostrar su ira” y

“para hacer notorio “Su poder”.

Estas dos razones se aplican debidamente en el caso del Faraón.

Un punto que no debemos dejar a un lado: la palabra “preparados”. La explicación que comúnmente se da, es que los vasos se preparan a sí mismos para destrucción por su propia perversidad. El argumento es que no hay necesidad de que Dios les prepare para destrucción porque ellos ya están preparados a causa de su depravación. Ahora, si por “destrucción” entendemos “castigo“, entonces es verdad que los no elegidos se auto-preparan para ser juzgados según sus obras. Pero el asunto es: ¿es este el sentido que le da el apóstol?. Y sin titubear respondemos que no.

La pregunta es:

¿Se preparó Esaú a sí mismo antes de su nacimiento?.

¿Se preparó el Faraón para destrucción, o le endureció Dios antes de mandar las plagas?. (vea Éxodo 4:21).

Romanos 9:22; es claramente la continuación del pensamiento del versículo 21, y el versículo 22 es parte de la respuesta del apóstol a las preguntas del versículo 20. Entonces, siguiendo la línea, tiene que ser Dios quien prepara los vasos de ira para destrucción. Si alguien pregunta como es que Dios los prepara, contestamos: “objetivamente”. Es decir, los prepara con Sus decretos preordenatorios. Y si luego pregunta: ¿Por qué? La respuesta es: “para Su propia gloria“, la gloria de Su justicia, poder e ira”. Roberto Haldane dijo: “El peso de la respuesta del apóstol se halla en que el gran propósito de Dios en la elección y en la reprobación de los hombres, es aquella que es eminente sobre todas las cosas en la creación del hombre, a saber, Su propia gloria”.

Versículo 23: “¿Y qué hay si él hizo esto, para dar a conocer las riquezas de su gloria sobre los vasos de misericordia que había preparado de antemano para gloria”.

El único punto que nos llama la atención en este versículo es el hecho de que los vasos de misericordia son preparados de antemano para gloria. Muchos me llamarán la atención a que en el versículo previo no se dice que los vasos de ira son preparados de antemano, y esta omisión

indica que ellos se preparan a sí mismos en el tiempo en vez de que Dios los prepare en la eternidad. Pero esta conclusión no sigue la línea de razonamiento del apóstol. Debemos ver otra vez el versículo 21 y notar la ilustración que allí se da. El barro es materia inánime, corrupta, descompuesta y representa muy bien a la humanidad caída. Y siendo que el apóstol contempla el proceder soberano de Dios con la humanidad en vista de su caída, no habla de vasos preparados de antemano para destrucción por la razón obvia que no fue sino hasta después de la caída que ellos llegaron a ser “en sí mismos” lo que se simboliza con el barro.

Para contradecir este argumento erróneo sólo es necesario aclarar que lo que dice el texto no es que los vasos “se preparan” para destrucción (lo cual sería la palabra usada si así fuera el sentido) sino que son “preparados” para destrucción que es a la luz de todo el contexto: la Predestinación soberana a la destrucción por el Creador. Las palabras de Calvino sobre este versículo son muy agudas: “Hay vasos preparados para la perdición, es decir, fabricados para que sirvan de ejemplo a la venganza y el furor de Dios. Aún cuando en este segundo miembro de la frase dice expresamente que es Dios quien prepara a Sus elegidos para la gloria, habiendo dicho antes que los reprobados son vasos preparados para perdición, no obstante, no hay duda de que la preparación de unos y de otros depende del consejo secreto de Dios, porque de otro modo Pablo hubiera dicho que los réprobos se precipitan en la perdición; mas quiere decir que antes de nacidos, ya están destinados a ser condenados”.

Estamos de acuerdo con Calvino: Rom.9:22; no dice que los vasos de ira se prepararon a sí mismos, sino que son preparados para destrucción y el contexto demuestra que es Dios quien los prepara objetivamente por Sus decretos eternos. Romanos 9, contiene una mayor y mejor exposición de la doctrina de la reprobación, pero hay todavía otros pasajes que hacen referencia a ella. Veremos otros ejemplos:

“Qué, pues? Lo que Israel busca, eso no alcanzó, pero los elegidos sí lo alcanzaron; y los demás fueron endurecidos” (Rom.11:7).

Este texto presenta dos clases de personas:

“La elección” y “los demás”. Uno “alcanzó” y el otro fue “endurecido”. Citaré a Juan Bunyan: “Estas son palabras solemnes que hacen distinción entre unos y otros, la elección y el resto, los escogidos y los rechazados. Por “los demás” se entiende a los “no elegidos” y si son no elegidos, entonces, son lo opuesto, son “reprobados”.

Escribiendo a los Tesalonicenses el apóstol declara: “Porque no nos ha puesto Dios para ira, sino para alcanzar salvación por medio de nuestro Señor Jesucristo”. (1Tes.5:9).

El decir que Dios “No nos ha puesto para ira” implica que hay otros que El ha puesto para ira, y si no fuera que las mentes de tantos que profesan ser cristianos, fueran tan ciegas, podrían ver claramente esta verdad.

“Piedra de tropiezo y roca de escándalo. Aquéllos tropiezan, siendo desobedientes a la palabra, pues para eso mismo fueron destinados”. (1Ped.2:8).

La frase “pues para eso mismo” hace referencia al tropezar en la Palabra y a la desobediencia. Dios afirma que hay quienes han sido “destinados” (la misma palabra griega que aparece en 1Tes.5:9), para desobediencia. Es nuestro deber aceptar el testimonio de la Santa Escritura. No es nuestro deber entender sino creer todo lo que Dios ha dicho.

“Pero éstos, maldiciendo lo que no entienden, como animales irracionales que por naturaleza han sido creados para presa y destrucción, también perecerán en su perdición”. (2Ped.2:12).

Muchos tratan de evadir el mensaje claro de este pasaje. Nos dicen que los “animales

irracionales” son los que son creados para “presa y destrucción” y no las personas comparadas con ellas. Lo que es necesario para refutar toda este engaño es preguntar: “¿Cuál es la correlación entre “estos” y los “animales irracionales?”.

¿Qué nos indica la palabra “como” en la frase “animales irracionales?” ¿No está claro que “estos” (hombres) como “animales irracionales” son los que, como animales, son “hechos para presa y destrucción”? Las últimas palabras del versículo repiten el mismo concepto: “perecerán en su perdición”.

“Porque algunos hombres han entrado encubiertamente, los cuales desde antiguo habían sido destinados para esta condenación. Ellos son hombres impíos, que convierten la gracia de nuestro Dios en libertinaje y niegan al único Soberano y Señor nuestro, Jesucristo”. (Judas 4).

Algunos han tratado de escapar a lo obvio de este versículo, sustituyéndolo con otra versión. La palabra griega “prographo” aquí traducida por la frase “habían sido destinados” se puede traducir mejor por la frase “fue escrito de antemano”. Preguntan: ¿En dónde fue escrito de antemano acerca de estos hombres?. Seguramente no fue en el Antiguo Testamento, porque allí no se lee nada de hombres que entran encubiertamente en las asambleas cristianas. El único libro en el cual podríamos leer de ellos tendría que ser el libro de los decretos divinos. No se puede eludir el hecho de que ellos estaban marcados por Dios para esta condenación.

“Y le adorarán todos los habitantes sobre la tierra, cuyos nombres no están inscritos en el libro de la vida del Cordero, quien fue inmolado desde la fundación del mundo”. (Apoc.13:8; conf. 17:8).

Aquí hay una declaración cierta que hay quienes cuyos nombres no están inscritos en el libro de la vida. Por esto prestarán servicio al anticristo.

Hemos presentado diez pasajes que implican o enseñan explícitamente la reprobación. Afirman:

(1) Que el impío es hecho para el día malo.

(2) Que Dios forma ciertos vasos para deshonra.

Que su decreto les hace a propósito para destrucción.

Que fueron desde antes (de la fundación del mundo) destinados a esta condenación.

Por lo tanto (a la luz de las Escrituras) afirmamos nosotros también (después de casi veinte años de estudio cuidadoso y mucha oración) que la Palabra de Dios enseña sin disputa la predestinación y la reprobación. Como dijo Calvino “la elección eterna es la predestinación divina de algunas para salvación y de otros para destrucción”.

Ya que hemos establecido lo que es la reprobación (como la establece la Santa Escritura), pasamos a mencionar uno o dos puntos importantes para evitar el abuso y las ideas erróneas:

PRIMERO: La doctrina de la reprobación no quiere decir que Dios se propuso tomar a criaturas inocentes, hacerlas impías, y luego condenarlas. La Escritura dice “Mira, he hallado sólo esto: que Dios hizo al hombre recto, pero los hombres se han buscado muchas otras razones.” (Ecl.7:29). Dios no ha creado criaturas pecaminosas para poder destruirlas. A Dios no se le puede inculpar del pecado de Sus criaturas. La responsabilidad y la criminalidad son del hombre.

El decreto de Dios de la reprobación contempló a la masa Adámica como caída, pecaminosa, corrupta y culpable, y sobre esto se propuso salvar a algunos para servir como monumentos de Su gracia soberana. A otros, determinó destruirlas como ejemplos de Su justicia y severidad. Al determinar destruir a estos, no les hizo ninguna injusticia. Habían caído en Adán, su representante legal, por eso nacieron con una naturaleza pecaminosa, y por esta razón les deja

en su estado pecaminoso. Y así prefieren estar porque no tienen deseos de ser santos (aman más las tinieblas que la luz). ¿Cómo puede haber injusticia si Dios por lo tanto los deja a la dureza de su corazón? (Sal.81:12).

SEGUNDO: La doctrina de la reprobación no implica que Dios rehúsa salvar a personas que buscan sinceramente la salvación. La verdad es que los reprobados realmente no desean al Salvador. En El no ven nada atractivo para desearle. No vienen a Cristo. ¿Por qué entonces debe Dios esforzarse a venir?. No se niega a nadie que viene a El. ¿Cómo, pues, puede Dios ser injusto en predestinar la condenación justa de ellos?. Recuerden, Dios es el creador del impío pero no de su iniquidad: El es el autor de su ser, pero no es el que le infunde su pecado.

Algunos calumniosamente dicen que nosotros creemos que Dios anima a la criatura a pecar, como el jinete pica con las espuelas al caballo mal dispuesto. Pero, en efecto, Dios sólo:

Pronuncia esta palabra” “dejadlos” (Mat.15:14);

Afloja un poco las riendas de su refrenamiento;

Retiene la influencia de la Palabra salvadora. Y el hombre apóstata, prestísimo en su afán, por su propia cuenta cae en la iniquidad.

TERCERO: De esta manera, el decreto de la reprobación de ningún modo contunde con la bondad de Dios. Aunque los no-elegidos no sean los objetos de la benevolencia de Dios de la misma forma que son los elegidos, no obstante, no están del todo excluidos de ella. Gozan de las buenas cosas de la providencia (bendiciones no permanentes) en común con los propios hijos de Dios y a veces en grado superior a ellos. Mas la providencia no mejora al reprobado, ¿les guía la bondad de Dios al arrepentimiento? No, al contrario ellos, menospreciando Su bondad, paciencia y longanimidad, más por su dureza y corazón no arrepentido atesoran para sí ira para el día del juicio (Rom.2:4,5;). ¿Cómo, entonces, pueden quejarse por no ser hechos objetos de la benevolencia en las edades venideras de la eternidad?. Además, si al dejar a la totalidad de los ángeles caídos en su apostasía no contunde con la misericordia y la bondad de Dios (2Ped.2:4), mucho menos puede contender con las perfecciones divinas al dejar a muchos de la humanidad en sus pecados y condenarlos por eso.

FINALMENTE: Esta precaución: Es imposible para nosotros, sea quien sea, durante esta vida presente, asegurar quienes son los réprobos. No podemos juzgar así a ningún hombre, no importa que tan vil sea. El pecador más malo puede estar incluido en la elección de gracia y un día ser vivificado por el Espíritu de gracia. Nuestra comisión es clara: ¡Predicad el Evangelio a toda criatura!. Si hemos obedecido, entonces seremos irreprochables. Si los hombres no prestan atención, la culpa es de ellos; con todo, “para Dios somos olor fragante de Cristo en los que se salvan y en los que se pierden, olor de muerte para muerte”. (2Cor.2:15,16).

Ahora, debemos considerar un número de pasajes que son citados con frecuencia con el propósito de mostrar que Dios no ha formado ciertos vasos para destrucción ni tampoco les ha designado para la condenación.

“¿Y por qué moriréis, casa de Israel?” (Eze. 18:31).

Sobre este pasaje no podríamos hacer un mejor comentario que el que hizo Augusto Toplady: “Este es el pasaje que muy a menudo, erróneamente usan los arminianos, como si fuera un martillo que con un solo golpe pudiera hacer polvo a la doctrina. Pero resulta que la “muerte” aquí mencionada no es ni muerte espiritual ni muerte eterna (como es muy evidente en todo el contexto). La muerte de que habla el profeta es muerte “política”, la muerte de la prosperidad nacional, de la tranquilidad y la seguridad. El sentido de la pregunta es este: ¿Qué es lo que te

hace amar la esclavitud, el destierro, la ruina cívica? Claro que es el dejar de adorar las imágenes, sólo haciendo esto puedes salvarte de la calamidad, y restaurarte a la respetabilidad como nación. ¿Son las miserias de la desolación públicas tan atractivas como para determinar por donde caminarás? ¿Por qué moriréis casa política de Israel?. Así arguye el profeta y añade estas palabras: “Ciertamente, yo no quiero la muerte del que muere, dice el Señor Jehová. ¡Arrepentíos y vivid!” (vs.32). Se incluye en estas palabras lo siguiente:

PRIMERO: La cautividad de los judíos no aumentó la felicidad de Dios.

SEGUNDO: Si los judíos dejan la idolatría y se apartan de las imágenes no morirán en un país extraño y hostil, sino que vivirán en paz en su propia tierra, gozando de la libertad como pueblo independiente” (fin de la cita). A esto queremos añadir: la muerte política es el sentido de Ezequiel 8:31,32; ¡porque ya estaban muertos espiritualmente!

Mateo 25:41; se cita con frecuencia para mostrar que Dios no ha formado vasos para destrucción: “Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles”.

Este es uno de los versículos principales que se usan para refutar la doctrina de la reprobación. Sin embargo, opinamos que la palabra a la cual se da más énfasis en la oración, no es la palabra “para” sino la palabra “diablo”. Este versículo (vea el contexto) presenta la severidad y el juicio que espera a los perdidos. En otras palabras, este versículo describe la solemnidad del fuego eterno más que la de aquellos que serán arrojados al fuego. Si el fuego es preparado para el diablo y sus ángeles, ¡Qué horrible ha de ser! Si el lugar del tormento eterno al cual los condenados serán arrojados es el mismo lugar en el cual el enemigo principal de Dios sufrirá, ¡Qué tan horrible tiene que ser!

Vuelven a preguntar: Si Dios ha escogido sólo a ciertas personas para salvación, ¿por qué?, entonces, manda Dios que todos los hombres en todo lugar se arrepientan? (Hech.17:30). Respondemos: El; hecho de que Dios manda que todos se arrepientan es nada menos que un acto por el cual El ejerce Su soberanía como gobernador moral del pueblo. ¿Cómo podría haber hecho menos, siendo que todos han pecado contra El?. Además el hecho de demandar arrepentimiento demuestra la universalidad de la responsabilidad del hombre. Esta Escritura en ninguna manera dice que es el deseo de Dios “dar arrepentimiento” (Hech.5:31) a todos los hombres en todo lugar. Que el apóstol Pablo no creía que Dios da arrepentimiento a cada alma es claro en las palabras de 2Tim. 2:25; “corrigiendo con mansedumbre a los que se oponen, por si quizás Dios les conceda que se arrepientan para comprender la verdad”.

Vuelven a preguntar: Si Dios ha “designado” solamente a ciertas personas para vida eterna, entonces ¿por qué leemos que El quiere que “Todos los hombres sean salvos, y lleguen al conocimiento de la verdad” (1Tim.2:4).

Respondemos: las expresiones “todos” y “todos los hombres” como la palabra “mundo” se usan muchas veces en un sentido general y relativo. Examinen con cuidado los pasajes siguientes: Mar.1:5; Juan 6:45; 8:2; Hech. 21:28; 22:15; 2Cor. 3:2;), encontrarán la prueba de nuestro argumento. 1Tim.2:4;, no puede enseñar que Dios quiere la salvación de todos los hombres porque si así fuera, todos serían salvos sin excepción. “Sin embargo, si El determina una cosa, ¿quién lo apartará” (Job.23:13).

Vuelven a preguntar: ¿No repite la Escritura muchas veces que Dios no hace acepción de personas?.

Respondemos: ¡Sí! sin duda la elección de gracia aprueba esto:

Los siete hijos de Isaí aunque mayores y físicamente superiores a David, no son escogidos para ocupar el trono, mas el niño pastor es exaltado al trono.

Los escribas y los maestros de la Ley, no son los escogidos, sino unos pescadores para ser

los apóstoles del Cordero; La verdad divina está escondida de los sabios y entendidos y es revelada a los pequeños; (humildes).

La mayoría de los sabios y nobles pasan ignorados, mientras los débiles, los menospreciados son llamados y salvos. Las rameras y los publicanos son constreñidos a venir a la fiesta evangélica, mientras el fariseo, justo en su propia estimación es dejado a perecer en su moralidad inmaculada. Verdad es que Dios no hace acepción de personas porque de otro modo, no aceptaría a ninguna.

La doctrina de la reprobación es “palabra dura” para la mente carnal, pero, pregunto: ¿es más dura que la del castigo eterno?. Que la Escritura si enseña la doctrina, lo hemos demostrado y no es nuestro el escoger entre las verdades de la Palabra de Dios. Todos los que están inclinados a recibir aquellas doctrinas que van de acuerdo con su modo de pensar y rechazar las doctrinas que no pueden entender perfectamente, deben recordar esas palabras exhortativas de nuestro Señor: “¡Oh insensatos y tardos de corazón para creer todo lo que los profetas han dicho!” ¡Eran insensatos por ser tardos de corazón, no por ser torpes de cabeza!.

Escuchemos otra vez el lenguaje de Calvino: “Llamamos predestinación al eterno decreto de Dios, por el cual ha determinado lo que quiere hacer de cada uno de los hombres. Porque El no los crea a todos con la misma condición, sino que ordena a unos para la vida eterna, y a otros para condenación perpetua. Por tanto, según el fin para el cual el hombre es creado, decimos que está predestinado a vida o a muerte” (de Institución, libro III, cap.21, titulado “la elección con la que Dios ha predestinado a unos para salvación y a otros para perdición”).

Rogamos a nuestros lectores que tomen en serio estas palabras de Calvino. Una lectura cuidadosa de ellas mostrará que lo que hemos promovido en este estudio no es “Hiper-calvinismo” sino “calvinismo” real, puro y sencillo. Nuestro propósito al decir esto es para hacerles ver que lo que muchos condenan por ignorancia como “Ultra-calvinismo” es simplemente lo que Calvino enseñó. Este calvinismo, lo repetimos aquí porque nosotros juntos con ese Gran Teólogo, hemos hallado esta doctrina en la Palabra misma de Dios.

Martín Lutero, en su obra excelente “De Servo Arbitrio” (El libre albedrío es un esclavo) escribió: “Todas las cosas surgen de, y dependen de los decretos divinos por los cuales fueron predestinados, quienes iban a recibir la Palabra de Vida y quienes la rechazarían, quienes serían salvados de sus pecados y quienes serían endurecidos en los suyos, quienes serían justificados y quienes no. Esta es la verdad misma que arrasa al libre albedrío desde sus cimientos. El amor de Dios para algunos hombres y Su ira para otros es inmutable e irreversible”.

Juan Fox, cuyo “Libro de los Mártires” era en un tiempo la obra inglesa de más fama (¡Lástima que no sea así ahora que estamos viendo el crecimiento del catolicismo romano) escribió: “La Predestinación es el eterno decreto de Dios, que El propuso en sí mismo en relación a todo lo que le pasa a los hombres, sea para salvación o para condenación”.

El Catecismo de Westminster (1688), Aprobado y aceptado por la Asamblea General de la Iglesia Presbiteriana, declara: “Dios, por un decreto eterno inmutable, por puro amor., para la alabanza de Su gracia, para ser manifestado en tiempo debido, eligió a algunos en Gloria, y escogió en Cristo a algunos hombres para vida eterna y eligió también los medios necesarios: también Su poder soberano y según el consejo inescrutable de Su propia voluntad (por la cual extiende o retiene Su favor como le agrada), ha pasado por alto y predestinado al resto a deshonra e ira, para la alabanza de la gloria de Su justicia”.

Juan Bunyan, autor de “El Progreso del Peregrino“, escribió un volumen completo sobre la reprobación. De ese libro citamos esto: “La Reprobación de la persona toma lugar antes de su venida al mundo, antes de hacer bien o mal. Este es el testimonio de Romanos 9:11. Allí vemos

dos en el seno de su madre, los dos reciben su destino, no solamente antes de hacer bien o mal, sino antes de tener la capacidad de hacerlo. Su destino, repito, para uno es vida eterna, para el otro no; uno es elegido y el otro reprobado, uno escogido y el otro rechazado”. En otro de sus libros titulado “Llanto desde el infierno” (“Sighs From Hell”) escribió Bunyan “Aquellos que siguen rechazando y hacen poco caso de la Palabra de Dios son aquellos (en su mayoría) que son destinados para ser condenados”.

Jonathan Edwards, (1743) en su comentario sobre Romanos 9:22; (“Y qué hay si Dios, queriendo mostrar su ira y dar a conocer su poder, soporto con mucha paciencia a los vasos de ira que han sido preparados para destrucción”) dice “¡Qué terrible parece la Majestuosidad de Dios en la horridez de la ira! ¡Y este (debemos aprenderlo bien) es el propósito que tiene en la condenación de los impíos!”.

Augusto Toplady, autor del Himno “Roca de la Eternidad” y muchos otros himnos sublimes, escribió “Dios, desde toda la eternidad decretó dejar en sus pecados a algunos hijos de la raza caída de Adán y excluirlos de la participación de los beneficios de Cristo”. En otro lugar escribió: “Nosotros de acuerdo con las Escrituras afirmamos que hay una predestinación de ciertos individuos a la vida, para la alabanza de la gracia divina, y también que hay una predestinación de ciertos individuos para muerte, para la gloria de la justicia divina, tal muerte seguramente sufrirán y justamente, por sus pecados”.

George Whitefield, aquel titán espiritual del siglo XVIII, usado por Dios para bendición de muchos, escribió: “Sin duda las doctrinas de la elección y de la reprobación se mantienen juntas. Yo declaro creer en la Doctrina de la reprobación; que Dios propone dar gracia salvadora, por Cristo, solamente a cierto número y que el resto de la humanidad, desde la caída de Adán, son dejados por Dios, justamente para continuar pecando y para que al fin sufran aquella muerte la cual es su paga merecida.

El Dr. Hodge, tal vez el comentarista mejor conocido y más leído, dice sobre la frase (“preparados para muerte”) (Rom. 9:22): “La otra interpretación da por sentado que la referencia es a Dios y que la palabra griega para “preparados” (por Dios) para destrucción”. Esta interpretación, dice Hodge, “Es aceptada no solo por la mayoría de los Agustinos sino también por muchos Luteranos”.

Si fuera necesario podríamos dar citas de las obras escritas de Wycliff, Huss, Ridley, Hooper, Cranmer. Ussher, Juan Trapp, Tomás Goodwin, Tomás Manton, (Capellán de Cromwell), Juan Owen, Witsius, Juan Gill, (predecesor de Spurgeon) y un ejército de otros más. Mencionamos esto para demostrar que muchos de los más eminentes santos del pasado, los que fueron usados en gran manera por Dios, sostenían y enseñaban esta doctrina que ahora es tan olvidada por hombres que no soportan la sana enseñanza. Esta doctrina es odiada por personas de pretensiones vanas, quienes (a pesar de su ortodoxia orgullosa y tan aplaudida piedad) no son siquiera dignos de desatar los zapatos de aquellos fieles y audaces siervos de Dios.

“¡Oh la profundidad de las riquezas, y de la sabiduría y del conocimiento de Dios! ¡Cuán incomprensibles son sus juicios e inescrutables sus caminos!. Porque: ¿Quién entendió la mente del Señor? ¿O quién llegó a ser su consejero? ¿O quién le ha dado a él primero para que sea recompensado por él?. Porque de él y por medio de él y para él son todas las cosas. A él sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén”. (Rom.11:33-36).

“De El” (Su voluntad es el origen de todo lo que existe);

“Por El” (El es el Creador y controlador de todo);

“En El” (Todas las cosas le glorificarán al final).

Capítulo 11

EL VALOR DE ESTA DOCTRINA

“Toda la Escritura es inspirada por Dios y es útil para la enseñanza, para la reprensión, para la corrección, para la instrucción en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente capacitado para toda buena obra” (2Tim.3:16,17).

“Doctrina” es “enseñanza”, y es por medio de la doctrina o enseñanza que nos son dadas a conocer las grandes realidades de Dios y de nuestra relación con El: de Cristo, del Espíritu, de la salvación, de la gracia, de la gloria. Es por medio de la doctrina (a través del poder del Espíritu) que los creyentes son alimentados y edificados, y cuando ésta se descuida, el crecimiento en la gracia y el testimonio eficaz por Cristo cesan inevitablemente. Es, pues, muy triste que hoy día la doctrina sea popularmente considerada como “poco práctica”, cuando, de hecho, es la esencia básica de la vida práctica. Hay una relación inseparable entre lo que cree y lo que se práctica: “Porque cual es su pensamiento en su mente, tal es él...” (Prov.23:7). La relación existente entre la verdad divina y el carácter cristiano es la que hay entre causa y efecto: “Y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres” (Juan 8:32). Les libertará de la ignorancia, les libertará del prejuicio, les libertará del error, les libertará de las asechanzas de Satanás, les libertará del poder del mal; mas si la verdad no es “conocida”, no se disfrutará de tal libertad. Obsérven el orden de las palabras en el pasaje con que hemos empezado. Toda Escritura es útil primeramente para “enseñar”, para adoctrinar! Este mismo orden es el que se observa en todas las epístolas, particularmente en los grandes tratados doctrinales del apóstol Pablo. Léase la epístola a los Romanos, y se descubrirá que no hay una sola admonición en los primeros cinco capítulos. En la epístola a los Efesios no hay exhortación alguna hasta que se llega al capítulo cuatro. El orden seguido es, primeramente, exposición doctrinal, y luego admonición o exhortación para la disciplina del andar cotidiano.

La adopción de la llamada “predicación práctica” en lugar de la exposición doctrinal, a la cual ha venido a suplantar, es la causa y raíz de muchas de las malignas enfermedades que afligen actualmente a la Iglesia de Dios. El que haya tanta superficialidad, tan escasa penetración, tan reducido conocimiento de las verdades fundamentales del cristianismo, se debe a que son muy pocos los creyentes que están arraigados en la fe, debido a no haber oído la exposición de las doctrinas de la gracia o a no haber hecho un estudio personal de las mismas. Mientras el alma no esté confirmada en la doctrina de la inspiración divina de las Escrituras, en su inspiración plenaria y literal, no habrá ningún fundamento firme en que la fe pueda descansar. Mientras el alma ignore la doctrina de la justificación no puede tener una certeza real y consciente de ser acepta en el Amado. Mientras el alma no esté familiarizada con las enseñanzas de la Palabra en cuanto a la santificación, está expuesta a recibir todos los errores del perfeccionismo u otras enseñanzas equivocadas. Y así podríamos continuar citando todas las doctrinas cristianas. Es la ignorancia de la doctrina lo que ha hecho que la Iglesia visible sea impotente para enfrentarse con la creciente marea de infidelidad. Es la ignorancia de la doctrina la principal responsable de que miles que profesan ser cristianos sean atraídos por los numerosos falsos “ismos” de la actualidad. Ha llegado ya el momento en que la mayoría de nuestras iglesias “..no soportarán la sana doctrina...” (2Tim.4:3). Es cierto, desde luego, que la doctrina, como todo en la Escritura, puede estudiarse desde un punto de vista meramente frío e intelectual, y que, enfocándolo así, la enseñanza y el estudio doctrinal no alcanzarán el corazón, y serán

naturalmente “secos” e inútiles. Pero la doctrina, aceptada con todas sus implicaciones y estudiada con un corazón preparado, conducirá siempre a un conocimiento más profundo de Dios y de las inescrutables riquezas de Cristo.

Por consiguiente, la doctrina de la soberanía de Dios no es un mero dogma metafísico sin ningún valor práctico, sino que es una enseñanza destinada a influir poderosamente en el carácter cristiano y en el andar de cada día. La doctrina de la soberanía de Dios es básica en la teología cristiana, y su importancia es, quizá, solamente superada por la de la inspiración divina de las Escrituras. Es el centro de gravedad del sistema de la verdad cristiana; el sol a cuyo alrededor giran todos los orbes menores; el hilo que, sujetándolas y dándoles unidad, ensarta, como perlas, todas las demás doctrinas. Es la plomada que sirve para examinar todo credo; la balanza en que se ha de pesar todo dogma humano. Está designada para ser el áncora de la esperanza de nuestras almas en medio de tormentas de esta vida. La doctrina de la soberanía de Dios es un tónico divino para reanimar nuestros espíritus. Está destinada y expresamente formada para moldear los afectos del corazón, y para guiar debidamente la conducta. Produce gratitud en la prosperidad y paciencia en la adversidad. Proporciona consuelo para el presente y seguridad para el futuro desconocido. Es y hace todo lo que acabamos de decir, y muchos más, porque da a Dios (Padre, Hijo y Espíritu Santo) la gloria que se le debe, y coloca a la criatura en el lugar que le corresponde ante El: en el polvo.

Consideraremos ahora el valor de esta doctrina en detalle.

Hace más profunda nuestra veneración por el carácter divino.

La doctrina de la soberanía de Dios, según es revelada en las Escrituras, presenta una visión sublime de las perfecciones divinas. Sostiene sus derechos como Creador. Insiste en que “...para nosotros hay un solo Dios, el Padre, de quien proceden todas las cosas, y nosotros vivimos para él; y un solo Señor, Jesucristo, mediante el cual existen todas las cosas, y también nosotros vivimos por medio de él” (1Cor.8:6). Declara que sus derechos son los del “alfarero” que da forma al barro haciendo vasos del tipo que quiere y para el uso que desea. Su testimonio es: “...tú has creado todas las cosas, y por tu voluntad tienen ser y fueron creadas” (Apoc.4:11). Afirma que nadie tiene derecho a “replicar” a Dios, y que la única actitud que corresponde a la criatura es la de una reverente sumisión ante El. Es, por tanto, de gran importancia práctica el comprender verdaderamente la supremacía absoluta de Dios, pues a menos que adoptamos la actitud que ante su excelsa soberanía nos corresponde, El no será jamás honrado en lo que de El pensemos ni ocupará en nuestros corazones y vidas el lugar debido.

Nos habla del carácter inescrutable de su sabiduría. Muestra que, aunque Dios es infinito en su santidad, ha permitido que el mal entrase en su hermosa creación; que si bien es poseedor de todo potestad, ha permitido que el diablo haga guerra contra El por lo menos desde hace seis mil años; que si bien es la perfecta personificación del amor, no perdonó a su propio Hijo; que si bien es el Dios de toda gracia, no todos son hechos participantes de dicha gracia. “¡Oh la profundidad de las riquezas, y de la sabiduría y del conocimiento de Dios! ¡Cuán incomprensibles son sus juicios e inescrutables sus caminos!” (Rom.11:33).

Da a conocer el carácter irrevocable de su voluntad. “...dice el Señor que hace estas cosas, que son conocidas desde la eternidad” (Hch.15:18). Desde el principio, Dios tuvo el propósito de glorificarse “...en la iglesia y en Cristo Jesús, por todas las generaciones de todas las edades, para siempre. Amén” (Efe.3:21). Con este fin, creó el mundo y formó al hombre. Su plan omnisciente no fue frustrado porque éste cayera, pues en el Cordero “...quien fue inmolado desde la fundación del mundo” (Apoc.18:8), echamos de ver que la caída estaba prevista. Tampoco la

impiedad de los hombres caídos estorba Su propósito, según se aprecia claramente en las palabras del salmista: “Ciertamente la ira del hombre te traerá reconocimiento, y te ceñirás con los sobrevivientes de las iras” (Sal.76:10). La voluntad de Dios no puede ser resistida, porque El es el Omnipotente. “Sus propósitos tuvieron origen en la eternidad, y se van cumpliendo inmutablemente hasta la eternidad. Se extienden a todas sus obras, y señorean todos los acontecimientos. El ‘hace todas las cosas según el consejo de su voluntad’” (Dr. Rice). Ni el hombre ni el diablo pueden resistir con eficacia, pues está escrito: “¡Jehová reina, tiemblan los pueblos!...” (Sal.99:1).

Engrandece su gracia. La gracia es favor inmerecido; por tanto, y puesto que se manifiesta a los que no la merecen, a los que son reos del infierno, a los que no tienen ningún derecho sobre Dios, es libre, y al ser libre, puede mostrarse al más grande de los pecadores. Del mismo modo, al ser ejercida para con los que están destituidos de dignidad o mérito, es igualmente soberana; es decir, Dios la concede a quien quiere. La soberanía divina ha ordenado que algunos sean condenados por sus pecados, para mostrar que todos merecían tal fin. Pero la gracia interviene y escoge, de entre una humanidad perdida, un pueblo para el nombre de Dios, para ser por toda la eternidad monumento de Su favor inescrutable. La gracia soberana revela a Dios quebrantando la oposición del corazón humano, subyugando la enemistad de la mente carnal, y llevándonos a amarle porque El nos amó primero.

Es el fundamento sólido de toda verdadera religión.

Esto se desprende naturalmente de lo que antes hemos dicho bajo le primer encabezamiento. Si la doctrina de la soberanía divina es la única que coloca a Dios en el lugar que le corresponde, es lógico también pensar que sólo ella puede ofrecer una base firme sobre la cual la religión práctica pueda edificar. No habrá progreso alguno en las cosas de Dios, si antes no hay un reconocimiento personal de que El es Supremo, de que ha de ser confesado y servido como Señor. En vano leemos las Escrituras si no acudimos a ellas con ardiente deseo de saber cada más de la voluntad de Dios para nosotros; cualquier otro motivo sería egoísta, inadecuado e indigno. Toda oración que elevemos a Dios será mera presunción carnal si no es ofrecida “conforme a Su voluntad”; no hacerlo así es pedir “mal”, es pedir para gastar en nuestros deleites. Todo servicio en que nos ocupemos será “obra muerta” si no lo hacemos para la gloria de Dios. La religión viva consiste principalmente en la percepción y práctica de la voluntad divina; práctica tanto activa como pasiva. Somos predestinados para ser “hechos conformes a la imagen de su Hijo”, cuya comida fue siempre hacer la voluntad de Aquél que le envió; y la medida en que cada uno de los santos, en su vida diaria, es hecho “conforme” de una manera práctica, viene determinada en gran parte por su respuesta a la palabra de nuestro Señor: “Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón”.

Repudia la herejía de la salvación por las obras.

"Hay un camino que al hombre le parece derecho, pero que al final es camino de muerte" (Prov.14:12). El camino que “parece derecho” y que termina en “muerte”, muerte eterna, es la salvación por los esfuerzos y méritos humanos. La creencia en la salvación por las obras es común a la naturaleza humana. Quizá no siempre adopte la forma más burda de las penitencias papistas, o ni siquiera la de “arrepentimiento” protestante: es decir, la del pesar por el pecado, lo cual no es, de ninguna manera, el significado pleno del arrepentimiento bíblico. Todo lo que dé al hombre un lugar, por insignificante que éste sea, no es más que una variedad del mismo género maligno. Decir como por desgracia dicen muchos predicadores, que Dios quiere hacer su

parte si tú quieres hacer la tuya, es una lamentable e inexcusable negación del Evangelio de Su gracia. Declarar que Dios ayuda a los que se ayudan, es repudiar una de las verdades más preciosas enseñadas en la Biblia, y sólo en la Biblia; a saber, que Dios ayuda a los que no pueden ayudarse a sí mismos, los cuales lo han intentado una y otra vez, cosechando el fracaso como único resultado. Decir que la salvación del pecador depende de la acción de su propia voluntad, es otra forma del dogma que deshonra a Dios, el dogma de la salvación por el esfuerzo humano. Si pensamos un momento, veremos que todo movimiento de la voluntad es una obra: es algo que procede de mí, algo que yo hago. Pero la doctrina de la soberanía de Dios pone la segur a la raíz de este árbol malo declarando: “Por lo tanto, no depende del que quiere ni del que corre, sino de Dios quien tiene misericordia” (Rom.9:16). Quizá alguno diga que tal doctrina llevará a los pecadores a la desesperación, a lo cual sólo tenemos que decir una palabra: Amen. Esta es la clase de desesperación que el autor desearía ver en cada corazón. Mientras el pecador confíe en sus propias fuerzas, no caerá en brazos de la misericordia soberana; pero un vez que el Espíritu Santo le convenza de que no hallará ayuda alguna en sí mismo, reconocerá que está perdido, y clamará: “Dios, sé propicio a mí, pecador”, y este clamor será oído. Si se permite al autor dar testimonio personal, dirá que el transcurso de su ministerio ha descubierto que los sermones que han recibido más reconocimiento y bendición en la salvación de los perdidos han sido aquellos en los que ha predicado la depravación humana, la impotencia del pecador para hacer algo por sí mismo, y la dependencia del alma de la misericordia soberana de Dios para salvación. Repetimos, pues, que una experiencia de absoluta impotencia es el primer requisito previo de cualquier conversión genuina. No hay salvación para un alma, mientras no mire lejos de sí, mientras no fije sus ojos en algo, o mejor dicho, en Alguien que no está en ella.

Es profundamente humillante para la criatura.

Esta doctrina de la soberanía absoluta de Dios es un potente ariete contra el orgullo humano, y en esto radica su más agudo contraste con las “doctrinas de los hombres”. El espíritu de nuestra época es esencialmente un espíritu de jactancia y glorificación humana. Los éxitos del hombre, sus adelantos y progresos, su grandeza y autosuficiencia, son el santuario donde el mundo adora hoy día. Empero la verdad de la soberanía de Dios, con todo su corolario, quita toda base para la jactancia humana, y en su lugar instila el espíritu de humildad. Esta verdad declara que la salvación es del Señor: del Señor en su origen, en su acción, y en su consumación. Recalca que es El quien no sólo ha de ofrecer, sino también obrar; quien no sólo ha de comenzar su obra salvadora en nuestras almas, sino también perfeccionarla; quien no sólo ha de llamarnos, sino también mantenernos y sustentarnos hasta el fin. Enseña que la salvación es por gracia por la fe, y que todas nuestras obras (antes de la conversión), tanto las buenas como las malas, nada cuentan para ser salvos. Nos dice que no somos “los cuales nacieron no de sangre, ni de la voluntad de la carne, ni de la voluntad de varón, sino de Dios” (Juan 1:13). Y todo esto es muy humillante para el corazón del hombre, que siempre quiere contribuir al precio de su redención, y hacer algo que le permita jactarse y sentirse satisfecho de sí mismo.

Pero si esta doctrina nos humilla, redundará en cambio para alabanza de Dios. Si, a la luz de la soberanía divina, hemos visto nuestra indignidad e impotencia, clamaremos ciertamente con el salmista: “...¡Todas mis fuentes están en ti!” (Sal.87:7). Si por naturaleza éramos “hijos de ira”, y por nuestra forma de vivir, rebeldes contra el gobierno divino y justamente expuestos a la “maldición” de la ley, al no tener Dios obligación alguna de rescatarnos de la ardiente indignación, ¿cómo no derretirán nuestros corazones la gracia y el amor de dar a su Hijo amado por nosotros!, ¿cómo no hará que al comprenderlo digamos con agradecida adoración: No a

nosotros, oh Jehová, no a nosotros, sino a tu nombre da gloria por tu misericordia y tu verdad” (Sal.115:1). ¡Cuán prestamente cada uno de nosotros ha de reconocer: “Por la gracia de Dios soy lo que soy”! Cuán llena de maravillosos sentimientos será nuestra alabanza al exclamar:

“Por qué, Señor, se me llevó a oír tu dulce voz,
Por qué se me hizo entrar a mí, mientras había lugar
Habiendo miles por doquier que escogen lo peor,
Y antes prefieren sucumbir que en tu mansión posar.
Fue el mismo amor que preparó el celestial festín,
Quien dulcemente me tomó y me obligó a entrar;
Pues de otra forma yo jamás hubiese ido hasta allí,
Y en mi pecado y corrupción habría muerto ya”.

(Isaac Watts)

Ofrece una experiencia de certeza absoluta.

Dios es infinito en poder, y por tanto es imposible resistir a su voluntad u oponerse al cumplimiento de sus decretos. Semejante declaración podrá llenar de alarma al pecador, pero en el santo no despierta sino alabanza. Comprobaremos esta verdad añadiendo unas palabras más: Mi Dios es infinito en poder, por tanto “no temeré lo que me pueda hacer el hombre”. Mi Dios es infinito en poder, por tanto “en el día que temo, yo en ti confío”. Mi Dios es infinito en poder, por tanto “en paz me acostaré y dormiré; porque sólo tú, oh Jehová, me haces vivir seguro” (Sal.4:8). A través de los tiempos ésta ha sido la fuente de la confianza de los santos. “No hay como el Dios de Jesurún! El cabalga sobre los cielos en tu ayuda, y sobre las nubes en su majestad. El eterno Dios es tu refugio, y abajo están los brazos eternos...”(Deut.33:26,27). ¿No fue esta sensación de seguridad lo que hizo que el Salmista, movido por el Espíritu Santo, escribiera: “El que habita al abrigo del Altísimo morará bajo la sombra del Todopoderoso. Diré yo a Jehová: “¡Refugio mío y castillo mío, mi Dios en quien confío!” Porque él te libraré de la trampa del cazador y de la peste destructora. Con sus plumas te cubrirá, y debajo de sus alas te refugiarás; escudo y defensa es su verdad. No tendrás temor de espanto nocturno, ni de flecha que vuele de día, ni de peste que ande en la oscuridad, ni de plaga que en pleno día destruya. Caerán a tu lado mil y diez mil a tu mano derecha, pero a ti no llegará. Ciertamente con tus ojos mirarás y verás la recompensa de los impíos. Porque a Jehová, que es mi refugio, al Altísimo, has puesto como tu morada...” (Sal.91).

“Circúndame temores, plagas, muertes,
empero hasta que El quiera he de vivir;
mientras el Dios de amor no lo decrete,
ni la flecha que vuela podrá herir”.

(John Ryland)

¡Oh, cuán preciosa es esta verdad! Heme aquí, “oveja” infeliz, desvalida y torpe, pero segura en manos de Cristo. ¿Y por qué esta seguridad? ¡Nadie me puede arrebatar de esta mano, porque es la mano del Hijo de Dios, que posee toda potestad en el cielo y en la tierra! Tampoco tengo fortaleza propia; y ante las asechanzas del mundo, el demonio y la carne me encomiendo al cuidado y vigilancia del Señor, y digo con el apóstol:”...porque yo sé a quien he creído, y estoy convencido de que él es poderoso para guardar mi depósito para aquel día” (2Tim.1:12). ¿Y cuál

es la base de mi confianza? ¿Cómo sé que es poderoso para guardar mi depósito? Lo sé porque Dios es todopoderoso, Rey de reyes y Señor de señores.

Ofrece consuelo en los pesares.

La doctrina de la soberanía de Dios es un manantial de consolación que rebosa e infunde gran paz al cristiano. La soberanía de Dios es un fundamento que nada ni nadie puede conmovier, más firme que los cielos y la tierra. ¡Qué bendición saber que no hay un solo rincón del universo que esté fuera de Su alcance!; como dijo el salmista: ¿A dónde me iré de tu Espíritu? ¿A dónde huiré de tu presencia? Si subo a los cielos, allí estás tú; si en el Seol hago mi cama, allí tú estás. Si tomo las alas del alba y habito en el extremo del mar, aun allí me guiará tu mano, y me asirá tu diestra. Si digo: “Ciertamente, las tinieblas me encubrirán, y se hará noche la luz que me rodea”, aun las tinieblas no encubren de ti, y la noche resplandece como el día. Lo mismo te son las tinieblas que la luz” (Sal.139:7-12). ¡Qué bendición saber que la fuerte mano de Dios está sobre todos y sobre todo! ¡Qué bendición saber que ni un gorrión cae al suelo sin que El se dé cuenta! ¡Qué bendición saber que aun nuestras aflicciones no vienen por casualidad, ni proceden del diablo, sino que son ordenadas y mandadas por Dios! “para que nadie sea turbado en medio de estas tribulaciones; porque vosotros mismos sabéis que hemos sido puestos para esto” (1Tes.3:3). Pero nuestro Dios es infinito, no solamente en poder, sino también en sabiduría y bondad. Y en esto estriba lo precioso de esta doctrina. ¡Dios quiere solamente lo que es bueno, y Su bondad es irrevocable e irresistible! Dios es demasiado sabio para errar y demasiado amante para hacer derramar a sus hijos una sola lágrima innecesaria. Por tanto, si Dios es perfecta sabiduría y perfecta bondad, ¡cuán bendita certeza es la de que todo está en su mano, y es moldeado por su voluntad conforme a su propósito eterno! “Si él arrebatara, ¿quién lo hará desistir? ¿Quién le dirá: “¿Qué haces?”” (Job.9:12). Sin embargo, ¡cuán consolador es saber que es El, y no el diablo, quien “arrebatara” a aquellos que amamos! ¡Qué paz para nuestros pobres y frágiles corazones cuando se nos dice que el número de nuestros días está determinado por El (Job 7:1; 14:5); que la enfermedad y la muerte son mensajeros suyos, sujetos siempre a sus órdenes; que es el Señor quien da y el Señor quien quita!

Engendra un espíritu de apacible resignación.

Acatar la voluntad soberana de Dios es uno de los grandes secretos de la paz y la felicidad. No puede haber verdadera sumisión y contentamiento si no somos quebrantados en espíritu, es decir, hasta que queramos y nos agrade que el Señor haga de nosotros su voluntad. No queremos decir con estas palabras que sea necesario un espíritu de acatamiento fatalista; todo lo contrario: La exhortación dada a los santos es “...comprobéis cuál sea la voluntad de Dios, buena, agradable y perfecta (Rom.12:2).

En el capítulo anterior hemos tocado este tema de la resignación ante la voluntad de Dios, y allí, además del Modelo supremo, citamos el ejemplo de Elí y Job; mas ahora quisiéramos añadir nuevos ejemplos. ¡Qué palabras las de Levítico 10:3!: “Entonces Moisés dijo a Aarón: — Esto es lo que habló Jehová diciendo: “Y Aarón calló”. ¡Fíjense en las circunstancias!: “Nadab y Abihú, hijos de Aarón, tomaron cada uno su incensario, pusieron en ellos fuego, pusieron sobre él incienso y ofrecieron delante de Jehová fuego extraño que él no les había mandado. Entonces salió fuego de la presencia de Jehová y los consumió. Y murieron delante de Jehová. Entonces Moisés dijo a Aarón: —Esto es lo que habló Jehová diciendo: “Me he de mostrar como santo en los que se acercan a mí, y he de ser glorificado en presencia de todo el pueblo.” Y Aarón calló”. Dos de los hijos del sumo sacerdote habían sido muertos, muertos por una visitación del juicio

divino, y probablemente estaban embriagados en aquel momento; además, esta prueba le sobrevino a Aarón repentinamente, sin tener la más remota idea de lo que había de ocurrir; pero “calló”. ¡Preciosa ejemplificación del poder de la gracia plenamente suficiente de Dios!

Consideramos ahora una expresión salida de labios de David: “El rey dijo a Sadoc: —Haz volver el arca de Dios a la ciudad; pues si hallo gracia ante los ojos de Jehová, él me hará volver y me permitirá ver el arca y su morada. Pero si dice: “No me agradas”, heme aquí; que él haga de mí lo que le parezca bien” (2Sam.15:25). También aquí las circunstancias con las que se enfrentaba el que de esta forma hablaba, eran en extremo penosas para el corazón humano. David estaba abrumado por el pesar. Su propio hijo quería arrojarlo del trono, y buscaba su propia vida. No sabía si volvería a ver a Jerusalén y al Tabernáculo. Pero estaba tan entregado a Dios, tenía tan plena certeza de que Su voluntad era lo mayor, que aunque significara la pérdida del trono y la de su vida, estaba contento de que El hiciera lo que quisiera: “Haga de mí lo que le parezca bien”.

No hay necesidad de multiplicar los ejemplos, pero bueno será reflexionar sobre este último caso. Si en medio de las sombras de la dispensación del Antiguo Testamento, David estaba contento de que Jehová hiciese lo que quisiera, ahora que el corazón de Dios ha sido plenamente revelado en la cruz, ¡cuánto más deberíamos nosotros deleitarnos en el cumplimiento de Su voluntad! Ciertamente no hemos de vacilar en decir:

"El mal que El bendice es nuestro bien,
Y el bien no bendecido es nuestro mal;
Y aun lo más malo nos ayuda a bien,
Si es de Su bendita voluntad”.

Inspira un canto de alabanza.

No podía ser de otro modo. ¿Por qué yo, que por naturaleza nada tengo que me distinga de las indiferentes e impías muchedumbres que me rodean, había de ser escogido en Cristo antes de la fundación del mundo, y ahora bendecido con toda bendición espiritual en lugares celestiales en El? ¿Por qué fui yo, que en otro tiempo era un extraño y rebelde, escogido para tan portentosos favores? ¡Ah, es algo cuya profundidad no puedo sondear! Tal gracia, tal amor, “sobrepaja a todo entendimiento”. Pero aunque mi mente no pueda discernir una razón para ello, mi corazón sí que puede expresar su gratitud en alabanza y adoración. Mas no solamente debo estar agradecido a Dios por su gracia para conmigo en el pasado, sino que su continuo proceder hacia mí me llena también de gratitud. ¿Cuál es el sentido de las palabras: “¡Regocijaos en el Señor siempre!” Fíjense en que no dice: “Regocijaos en el Salvador”, sino que hemos de regocijarnos en el Señor” como Señor, como Dueño de toda circunstancia. ¿Es necesario recordar al lector que cuando el apóstol escribió estas palabras él mismo estaba prisionero en manos de las autoridades romanas? Ya antes había padecido una larga serie de aflicciones. Peligros en tierra y en la mar, hambre y sed, azotes y apedreamientos, habían sido su experiencia. Había sido perseguido por los que estaban fuera: los que debieran haberle apoyado le habían abandonado. ¡Y aun escribe: “¡Regocijaos en el Señor siempre!” ¿Cuál era el secreto de su paz y su felicidad? ¡Ah! ¿Acaso él no había escrito: “Y sabemos que Dios hace que todas las cosas ayuden para bien a lo que le aman, esto es, a los que son llamados conforme a su propósito” (Rom8:28). Pero, ¿cómo “sabía” él, y cómo “sabemos” nosotros, que todas las cosas están bajo el control del Soberano Supremo, porque El las dirige, y porque El no tiene sino pensamientos de amor hacia los suyos; lo cual significa que “todas las cosas” están ordenadas por El de tal manera

que contribuyen a nuestro bien último. Es por esta causa que hemos de dar “gracias siempre de todo al Dios y Padre en el nombre de nuestro Señor Jesucristo” (Efe.5:20). Sí, dar gracias por “todo”, pues, como se ha dicho muy bien, “nuestros disgustos no son sino Sus designios”. Para aquél que se deleita en la soberanía de Dios, las nubes tienen, no solamente un “baño de plata”, sino que son de plata maciza, sirviendo la oscuridad tan sólo para poner de relieve la luz:

"Oh santos temerosos, el ánimo alentad;
Las nubes de tinieblas que os infunden pavor,
Llenas están de gracia; de cierto se abrirán,
Vertiendo en vuestras almas el celestial amor".

(William Cowper)

Garantiza el triunfo final del bien sobre el mal.

Desde el día en que Caín mató a Abel, el conflicto entre el bien y el mal en la tierra ha sido un penoso problema para los santos. En todas las épocas los justos han sido aborrecidos y perseguidos, mientras los impíos han desafiado a Dios, al parecer, impunemente. El pueblo de Dios, en su mayor parte, nunca ha gozado de riquezas materiales, mientras que los del mundo, en su prosperidad temporal, han florecido como el verde laurel. Cuando uno mira a su alrededor y observa la opresión de los creyentes y el éxito terrenal de los infieles, y nota cuán pocos son aquellos u cuán numerosos éstos; cuando ve la aparente derrota del bien, y el triunfo de la violencia y el mal; cuando oye el rugir de la batalla, los gritos de los heridos, y las lamentaciones de los afligidos cuando descubre que casi todo aquí bajo está en confusión, en caos y en ruinas, parece como si Satanás estuviese llevando la mejor parte en la batalla. Pero cuando uno mira arriba, en vez de mirar a su alrededor, el ojo de la fe ve claramente un trono, un trono al que las tormentas de la tierra no afectan, un trono “fijo”, estable y seguro, en el que se sienta Aquél cuyo nombre es el Omnipotente, y que “realiza todas las cosas conforme al consejo de su voluntad” (Efe.1:11). Esta es, pues, nuestra confianza: Dios está en el trono. El timón está en sus manos y, siendo Todopoderoso, su propósito no puede fallar; “..él es Unico; ¿quién le hará desistir? Lo que su alma desea, él lo hace” (Job 23:13). Aunque la mano regidora de Dios es invisible para los sentidos, es real para la fe, esa fe que El no puede fracasar. Lo que a continuación insertamos procede de la pluma de nuestro hermano Mr. Gaebelin.

"En Dios no puede haber fracaso. <Dios no es hombre para que mienta, ni hijo de hombre para que se arrepienta. El dijo, ¿y no lo hará? Habló, ¿y no lo cumplirá?> (Núm.23:19). Todo se cumplirá. La promesa hecha a su propio y amado pueblo, de que vendría en su busca para llevarlos a la gloria, no quedará incumplida. De cierto que vendrá a tomarlos a Sí mismo. Las palabras solemnes habladas a las naciones de la tierra por los diferentes profetas, no fallarán. “¡Acercaos, oh naciones, para oír; escuchad, oh pueblos! Oiga la tierra y su plenitud, el mundo y todo lo que produce. Porque Jehová tiene furor contra todas las naciones, e ira contra todo el ejército de ellas. El las destruirá por completo; las entregará a la matanza> (Isa.34:1,2). Llegará la hora en que <Los ojos altivos del hombre serán humillados, y la soberbia del ser humano será postrada. Sólo Jehová será enaltecido en aquel día> (Isa.2:11). El día de Su manifestación, cuando Su gloria cubrirá los cielos, y Sus pies se posarán de nuevo sobre esta tierra, vendrá ciertamente. Su reino no faltará, ni ninguno de los acontecimientos prometidos con relación al fin del siglo y la consumación.

"En estos tiempos oscuros y de prueba, ¿cuán bueno es recordar que El está en el trono, el trono que nada ni nadie puede conmovier, y que El no dejará de hacer todo lo que ha dicho y

prometido. <Buscad en el libro de Jehová y leed: Ninguno de éstos faltará...> (Isa.34:16). Por la fe -bendita visión- podemos mirar hacia aquel momento glorioso, cuando su Palabra y su voluntad serán cumplidas, cuando, por la venida del Príncipe de paz, la justicia y la concordia reinarán al fin. Y mientras esperamos ese momento supremo y bienaventurado en que se cumplirá la promesa que nos ha sido dada, pongamos en El nuestra confianza, andemos en comunión con El, y descubriremos cada día que El no deja de sostenernos y guardarnos en todos nuestros caminos”.

Ofrece un lugar de reposo para el corazón.

Mucho de lo que podríamos decir aquí ya ha sido presentado bajo otros epígrafes anteriores. Aquel que está sentado en el Trono del Cielo, Aquel que gobierna las naciones y que ha ordenado, y dirige ahora, todos los acontecimientos, es no sólo infinito en poder, sino también en sabiduría y bondad. El que señorea sobre toda la creación es Aquel que fue “manifestado en carne” (1Tim.3:16). ¡Ah! ¡He aquí un tema que ninguna pluma humana podría desarrollar debidamente! La gloria de Dios no consiste meramente en que El es Supremo, sino en que siendo el Altísimo se humilló en amor humilde para llevar la carga de sus propias criaturas pecadoras; pues está escrito que “...Dios estaba en Cristo reconciliando al mundo consigo mismo...” (2Cor.5:19). La Iglesia de Dios fue ganada “con Su propia sangre” (Hch.20:28). Su reino está establecido sobre la base de la misericordiosa auto-humillación del propio Rey. ¡Oh cruz portentosa! Por ella, Aquel que allí padeció se ha convertido, no en el Señor de nuestros destinos (que ya lo era antes), sino en el Señor de nuestros corazones. Es por esto que no nos inclinamos ante el Soberano Supremo con terror servil, sino que en adoración clamamos: “Digno es el Cordero, que fue inmolado, de recibir el poder, las riquezas, la sabiduría, la fortaleza, la honra, la gloria y la alabanza” (Apoc.5:12).

He aquí, pues, la refutación de la impía acusación de que esta doctrina es una calumnia horrible contra Dios, y que es peligroso dársela a conocer a su pueblo. ¿Puede ser “horrible” y “peligrosa” una doctrina que da a Dios el lugar que en verdad le corresponde, que mantiene sus derechos, que magnifica su gracia, que le da toda la gloria y que quita de la criatura todo motivo de jactancia? ¿Puede ser “horrible” y “peligrosa” una doctrina que ofrece a los santos seguridad en medio del peligro, que les provee de consuelo en medio del dolor, que engendra en ellos paciencia en medio de la adversidad, que les inspira alabanza en todo tiempo? ¿Puede ser “horrible” y “peligrosa” una doctrina que nos asegura el triunfo del bien sobre el mal, y que provee para nuestros corazones un lugar de reposo seguro en las perfecciones del propio Soberano? No, y mil veces no. En lugar de ser “horrible” y “peligrosa”, esta doctrina de la soberanía de Dios es gloriosa y edificante; y si en verdad la hemos comprendido, nos hará exclamar con Moisés: “¿Quién como tú, oh Jehová, entre los dioses? ¿Quién como tú, majestuoso en santidad, temible en hazañas dignas de alabanza, hacedor maravillas?” (Exo.15:11).

CONCLUSIÓN

“Aleluya: porque el Señor nuestro Dios Todopoderoso reina” (Apocalipsis 19:6).

Como conclusión, consideremos ahora una o dos de las objeciones que suelen oponerse a

la doctrina de la soberanía divina. Si Dios no solamente ha predeterminado la salvación de los suyos, sino que también ha predestinado las buenas obras en que han de andar (Efe. 2:10), ¿qué incentivo nos queda para luchar por la piedad práctica? Si Dios ha fijado el número de los que han de ser salvos, siendo los demás vasos de ira preparados para muerte, ¿qué estímulo tenemos para predicar el Evangelio a los perdidos? Contestemos estas preguntas ordenadamente.

La soberanía de Dios y el crecimiento del creyente en la gracia.

Si Dios ha predestinado todo lo que acontece, ¿de qué nos sirve “ejercitarnos” para “la piedad” ? (1Tim.4:7). Si Dios ha preparado de antemano las buenas obras en que tenemos que andar (Efe.2:10), ¿por qué hemos de procurar “governarnos en buenas obras”? (Tito 3:8). Esto no hace sino plantear de nuevo el problema de la responsabilidad humana. En realidad, sería suficiente responder; porque Dios nos lo ha mandado así. En ninguna parte de la Escritura se inculca o alienta un espíritu de indiferencia fatalista. El contentarse con lo alcanzado es algo que se condena explícitamente en la Biblia. Lo que todo creyente ha de decir es: “Prosigo al blanco, al premio de la soberana vocación de Dios en Cristo Jesús” (Filip.3:14). Este era el objetivo del apóstol, y debe ser el nuestro. En vez de estorbar el desarrollo del carácter cristiano, la debida comprensión y apreciación de la Soberanía de Dios contribuirá a su desarrollo. Exactamente de la misma manera que la desesperación del pecador, cuando se da cuenta de que no puede recibir ayuda alguna de sí mismo, es el requisito previo de una conversión genuina, así también la pérdida de toda confianza en sí mismo es el primer elemento esencial para que el creyente crezca en la gracia. De la misma forma que el pecador se desespera al conocer su impotencia, y se echa en brazos de la misericordia divina, así también el cristiano, consciente de su propia fragilidad, se vuelve hacia el Señor en busca de poder. Es cuando somos débiles que somos fuertes (2Cor. 12:10); es decir, hemos de ser conscientes de nuestra flaqueza antes de acudir al Señor en busca de ayuda. Mientras el cristiano se crea suficiente, mientras se imagine que por la simple fuerza de su voluntad puede resistir a la tentación, mientras ponga la menor confianza en la carne, como cuando Pedro se jactó de que aunque todos abandonaran al Señor, él no lo haría, ciertamente fracasará y caerá. Sin Cristo nada podemos hacer (Juan 15:5). La promesa de Dios dice: “El da esfuerzo al cansado, y multiplica las fuerzas al que no tiene ninguna”- propias- (Isa.40:29).

El asunto que se nos plantea ahora es de gran importancia práctica, y tenemos el más profundo interés y anhelo en expresarnos clara y sencillamente. El secreto del desarrollo del carácter cristiano está en darnos cuenta y reconocer nuestra propia impotencia, volviéndonos al Señor en busca de ayuda. El hecho conciso es que por nosotros mismos somos absolutamente incapaces de cumplir un solo precepto o de obedecer un solo mandamiento de los que se nos presentan en las Escrituras. Se nos dice, por ejemplo: “Amad a vuestros enemigos”; mas por nosotros mismos no podemos hacerlo, y, ni mucho menos sentirlo. “Por nada estéis afanosos”; pero, ¿quién puede evitar o impedir la ansiedad cuando las cosas van mal? Estos no son sino ejemplos entresacados de docenas y docenas que podríamos citar. ¿Se burla, pues, Dios de nosotros mandándonos hacer lo que sabe que no podemos hacer? La mejor respuesta que hemos hallado para esta pregunta es la de Agustín: “Dios da mandamientos que no podemos obedecer, para que sepamos que hemos de pedirle”. El darnos cuenta de nuestra impotencia debe lanzarnos en brazos de Aquel que tiene toda potestad. Aquí, pues, es donde sirve de ayuda tener una visión y percepción de la soberanía de Dios, pues revela Su suficiencia al tiempo que demuestra nuestra insuficiencia.

La soberanía de Dios y el servicio cristiano.

Si Dios ha determinado antes de la fundación del mundo el número exacto de los que han de ser salvos, ¿por qué debemos preocuparnos del destino eterno de aquellos con los cuales entramos en contacto? ¿Qué lugar queda para el celo en el servicio cristiano? ¿Acaso la doctrina de la soberanía de Dios y su consecuencia la predestinación, no desalentará a los siervos del Señor haciendo que no sean fieles en el evangelismo? Antes al contrario, en vez de desalentar a sus siervos, el reconocer la soberanía de Dios será, precisamente, su aliento. Imaginemos por ejemplo, a uno que ha sido llamado a hacer obra de evangelista, y que sale creyendo en el libre albedrío y en la suficiencia del pecador para venir a Cristo. Predica el Evangelio tan fiel y celosamente como sabe, pero halla que la mayoría inmensa de sus oyentes son absolutamente indiferentes y no experimentan la menor inclinación hacia Cristo. Descubre que los hombres, en su mayor parte, están completamente inmersos en las cosas del mundo, y que son pocos los que tienen preocupación por una vida futura. Les suplica que se reconcilien con Dios, y les hace ver la necesidad de la salvación de su alma. Pero de nada sirve. El desaliento lo vence por completo, y se pregunta: ¿Por qué todo esto? ¿Renunciará, o quizás haría mejor en cambiar de misión y de mensaje? Si los hombres no responden al Evangelio, ¿no sería mejor dedicarse a cosas más populares y aceptadas en el mundo? ¿Por qué no ocuparse en esfuerzos humanitarios, en obras sociales, en la campaña en pro de la pureza?, ¡cuántos hombres que en otro tiempo predicaban el Evangelio se ocupan ahora en estas actividades!.

¿Qué es, pues lo que Dios tiene para su siervo desalentado? En primer lugar, la necesidad de aprender de la Escritura que El no está tratando ahora de convertir al mundo, sino que en esta era está “tomando de los gentiles” pueblo para Su nombre (Hech. 15:14). O sea, ha de comprender adecuadamente el plan de Dios para esta dispensación. ¿Cuál es el remedio de Dios para el desaliento ante el aparente fracaso de nuestro trabajo? El remedio, es la certeza de que Su propósito no puede fracasar, de que Sus planes no pueden fallar, y de que Su voluntad se ha de cumplir. Nuestra labor no tiene por objeto hacer que se cumpla lo que Dios no ha decretado. Insistimos: ¿cuál es la palabra de aliento de Dios para aquel que está completamente desalentado ante la falta de respuesta a sus llamamientos y la ausencia de fruto de su labor? La de que nosotros no somos responsables de los resultados; estos dependen de Dios, y de su acción. Pablo puede plantar”, y Apolos “regar”, pero es Dios quien “ha dado el crecimiento” (1Cor.3:6). Nosotros hemos de obedecer a Cristo y predicar el Evangelio a toda criatura, hacer énfasis en el mensaje que dice: “Todo aquel que en él cree”, y luego dejar que el Espíritu Santo aplique la palabra con poder vivificante a quien El quiera, descansando en la promesa cierta de Jehová: “Porque como desciende de los cielos la lluvia y la nieve, y no vuelve allá, sino que harta la tierra, y la hace germinar y producir, y da simiente al que siembra, y pan al que come, así será mi palabra que sale de mi boca: no volverá a mi vacía, antes hará lo que Yo quiero (quizá no haga lo que nosotros queremos), y será prosperada en aquello para que la envié” (Isa.55: 10,11). ¿No fue esta certeza la que sostuvo al amado apóstol cuando declaró: “Por tanto, todo lo sufro por amor de los escogidos”? (2Tim. 2:10). Más aún: ¿no es esta misma lección la que hemos de aprender del ejemplo bendito del Señor Jesús? Cuando leemos que El dijo al pueblo: “Aunque me habéis visto, no creéis”, se apoyó en la voluntad soberana de Aquel que le había enviado, diciendo: “Todo lo que el Padre me da, vendrá a mí; y al que a mí viene, no le echo fuera” (Juan 6:36,37). Sabía que su labor no sería en vano. Sabía que la Palabra de Dios no volvería a El “vacía”. Sabía que los “escogidos de Dios” vendrían a El y le creerían. Y esta es la certeza que llena el alma de todo siervo que con inteligencia reposa sobre la bendita verdad de la soberanía de Dios.

¡Ah, compañero en la obra cristiana! Dios no nos ha enviado a “disparar un arco a la ventura”. El éxito del ministerio que El ha puesto en nuestras manos no ha sido dejado a merced

de la inconstancia de las voluntades de aquellos a quienes predicamos. ¡Cuán gloriosamente alentadoras y sustentadoras, si nos apoyamos en ellas con fe sencilla, son para el alma aquellas palabras de nuestro Señor: “También tengo otras ovejas (obsérvese que dice “tengo”, no “tendré”; “tengo”, porque le han sido dadas por el Padre antes de la fundación del mundo) que no son de este redil (es decir, el redil judío que antes existía); aquellas también me conviene traer, y oirán mi voz” (Juan 10:16). No dice simplemente, “es posible que oigan mi voz”, ni “lo harán si quieren”. No hay ningún “si”, ningún “quizá”, ninguna incertidumbre en todo ello. “oirán mi voz” es Su promesa positiva, sin reservas, absoluta. ¡He aquí, pues, donde ha de descansar la fe! Querido amigo, continúa la búsqueda de las “otras ovejas” de Cristo. No te desalientes porque los “cabritos” no atienden a Su voz cuando predicas el Evangelio. Sé fiel, sé bíblico, persevera, y que Cristo te use como portavoz suyo para llamar a sí algunas de sus ovejas perdidas. “Así que, hermanos míos amados, estad firmes y constantes, creciendo en la obra del Señor siempre, sabiendo que vuestro trabajo en el Señor no es en vano” (1Cor. 15:58).

Falta ahora que presentemos unas cuantas reflexiones finales, y habremos terminado nuestra feliz tarea.

La elección soberana de Dios en favor de algunos para salvación, es una provisión MISERICORDIOSA. La respuesta adecuada a todas las acusaciones impías de que la doctrina de la predestinación es cruel, horrible e injusta, es que si Dios no hubiera escogido a algunos para salvación, ninguno habría sido salvo, pues “no hay quien busque a Dios” (Rom. 3:11). Esto no es una simple deducción gratuita que nosotros hayamos inventado, sino la enseñanza concreta de la Sagrada Escritura. Atiendan cuidadosamente a las palabras del apóstol en Romanos 9, donde este tema se debate a fondo: “Si fuere el número de los hijos de Israel como la arena del mar, los escogidos serán salvos... Y como antes dijo Isaías: Si el Señor de los ejércitos no nos hubiera dejado simiente, como Sodoma habríamos venido a ser, y a Gomorra seríamos semejantes” (Rom. 9:27-29). La enseñanza de este pasaje no deja lugar a dudas; si no hubiese sido por la intervención divina, Israel hubiera venido a ser como Sodoma y Gomorra. Si Dios hubiese abandonado a Israel a su propio albedrío, la depravación humana hubiera seguido su curso hasta llegar a su trágico y esperado final. Pero Dios dejó una “simiente”. Antiguamente, las ciudades del llano habían sido borradas por su pecado, y no quedó nadie para sobrevivirlas; igual le hubiera ocurrido a Israel si Dios no hubiese “dejado” o salvado un remanente, todos los descendientes de Adán perecerían en sus pecados. Por lo cual decimos que la elección soberana de Dios en favor de algunos para salvación, es una provisión misericordiosa. Y nótese que al escoger a quienes escogió. Dios no hizo injusticia alguna a los demás que fueron dejados, pues ninguno tenía el menor derecho a ser salvo. La salvación es por gracia, y el ejercicio de la gracia es cosa de pura soberanía; Dios podía salvar a todos o a ninguno, a muchos o a pocos, a uno o a diez mil, según mejor le pareciera. Si se argumentara que, ciertamente “lo mejor” hubiera sido salvar a todos, la respuesta habría de ser que nosotros no tenemos capacidad para juzgar. Nosotros podemos creer también que “lo mejor” hubiera sido que Dios jamás hubiese creado a Satanás, que nunca hubiese permitido que el pecado entrara en el mundo, o que de haber entrado El hubiera terminado el conflicto entre el bien y el mal mucho tiempo antes de ahora. Pero, los caminos de Dios no son los nuestros, Sus sendas son “inescrutables”.

Dios predestina todo lo que acontece. Su dominio soberano se extiende al universo entero y está sobre toda criatura. “Porque de El y por El, y en El, son todas las cosas” (Rom.11:36). Dios toma la iniciativa en todas las cosas, lo regula todo, y todo ayuda a Su gloria eterna. “No tenemos mas de un Dios, el Padre, del cual son todas las cosas, y nosotros en El; y un Señor Jesucristo, por el cual son todas las cosas, y nosotros en El” (1Cor.8:6). Y también: “Conforme al

propósito del que hace todas las cosas según el consejo de su voluntad” (Efe.1:11). Si hay algo que sin duda pueda atribuirse a la casualidad, es el echar suertes, pero aún en esto la Palabra de Dios declara explícitamente que “la suerte se echa en el seno; más de Jehová es el juicio de ella” (Prov. 16:33).

La sabiduría de Dios en el gobierno de nuestro mundo será vindicada por completo ante todas sus criaturas inteligentes. Dios no es un espectador ocioso que desde un mundo distante observa lo que está ocurriendo en esta tierra, sino que El mismo está disponiendo todas las cosas para el clímax final de Su propia gloria. Aún ahora está realizando Su propósito eterno, no solo en contra de la oposición humana y satánica, sino valiéndose de ella. Hasta qué punto todos los esfuerzos hechos para resistir a Su voluntad han sido impíos y fútiles, se verá un día tan plenamente como en la antigüedad El destruyó al rebelde Faraón y a sus huestes en el mar Rojo.

Como bien se ha dicho: “El fin y objeto de todo es gloria de Dios. Es perfecto y divinamente cierto que Dios ha ordenado para su propia gloria todo lo que acontece’. Si queremos evitar toda posibilidad de error de este pensamiento, hemos de recordar tan solo quién es este Dios, y cuál es la gloria que El busca. Este Dios es Aquel que es Dios y Padre en quien el amor divino vino buscando no lo suyo, de Aquel que fue entre nosotros como “El que sirve”. Es aquel Dios que, por ser suficiente en sí mismo, no puede recibir de sus criaturas mas gloria de la que tiene. Es Aquel Dios de quien procede todo bien y todo don perfecto, en quien no hay mudanza ni sombra de variación, a quien sus criaturas sólo pueden darle lo que es suyo. “La gloria de este Ser se halla en la demostración de su propia bondad, justicia, santidad y verdad; en el hecho de manifestarse como se ha demostrado y se manifestará en Cristo eternamente. A la gloria de este Dios, necesariamente han de servir todas las cosas: buenas o malas. El lo ha ordenado; y los que ahora parecen ser obstáculos serán removidos, El descansará en su amor’ para siempre; bien que solamente la eternidad bastará para comprender la revelación. ‘Dios será todo en todos’: cinco palabras maravillosas que describen un fin inefable” (F.W. Grant sobre la “expiación”, bastardilla nuestra).

Hemos de confesar apenados que lo que hemos escrito constituye tan sólo una presentación incompleta e imperfecta de este importantísimo tema. No obstante, si da por resultado una más clara comprensión de la majestad de Dios y su misericordia soberana, nos consideraremos ampliamente recompensados por nuestros esfuerzos. Si el lector ha recibido bendición en la lectura de estas páginas, no deje de dar gracias al Dador de todo bien y todo don perfecto, tributando toda alabanza a su gloria inimitable y soberana.

“¡Cuán infinito eres, oh Dios, en perfección! ¡Cuán indignos nosotros!, ¡cuan débiles gusanos! Reverencie toda raza tus deseos soberanos; busque ansiosa en tu nombre la excelsa salvación.

Contempla de continuo tu divina omnisciencia, con sus luengas edades la vasta eternidad; nada es nuevo o antiguo ante tu inmensidad, todo es presente eterno ante tu omnipotencia.

Nuestras vidas transcurren por sendas variables, y sobre ellas se abaten mil afanes mezquinos; mas tu consejo eterno dirige a sus destinos tus decretos preciosos, sagrados e inmutables.

“Aleluya: porque el señor nuestro Dios Todopoderoso reina” (Apocalipsis 19:6).
